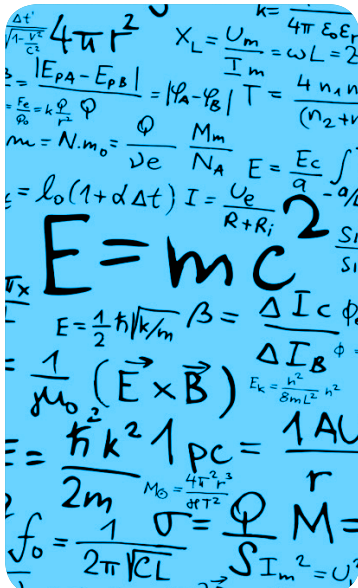


MÁSTERES de la UAM

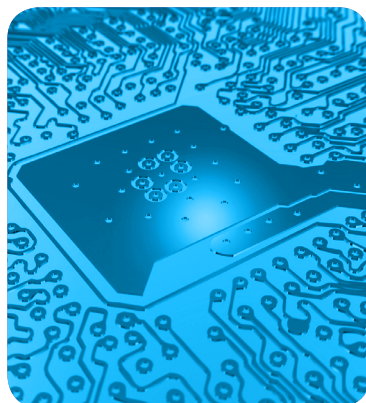
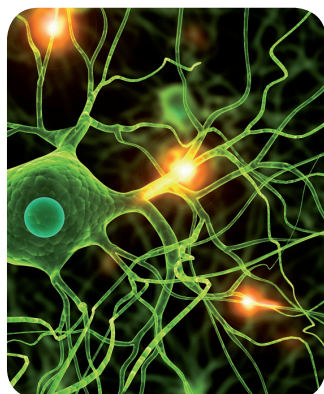
Facultad de Filosofía y
Letras/13-14

Máster en Filosofía
de la Historia.
Democracia y
Orden Mundial



**Un anillo de hierro.
El dominio y el mal
del nacionalsocialismo**

Javier Leiva Bustos



ÍNDICE

1. Introducción: nacionalsocialismo como totalitarismo	3
2. Terror e Ideología: los pilares del control nacionalsocialista.....	16
2.1. Terror: la pérdida de la libertad.....	16
2.2. Ideología: la concienciación de la sociedad	28
3. Laboratorio de dominación total: el campo de concentración	39
4. Un nuevo rostro del mal: la <i>banalidad del mal</i>	52
5. Conclusión: una advertencia a la humanidad	70
6. Bibliografía	74

A mi hermano Sergio, por sus risas

A mi padre Javier, por su comprensión

A mi madre Pilar, por su apoyo

A ella, Tamara, por su consuelo

A todos, gracias

INTRODUCCIÓN: NACIONALSOCIALISMO COMO TOTALITARISMO

El totalitarismo, entendiendo por éste el sistema político bajo el que podríamos aunar al nacionalsocialismo y al estalinismo, irrumpió en el siglo XX como una radical novedad histórica, como un fenómeno históricamente nuevo que hundía sus raíces en una forma de terror y en una ideología conducentes a elaborar una configuración social en la que cualquier ámbito se encontraría absolutamente politizado y estrictamente vigilado por un único aparato partidista, comandado por la figura de su líder. No pocos han sido los que lo han considerado como el «horizonte insuperable de nuestro tiempo»¹, el mal político inaugurado durante el pasado siglo. En su pretensión de dominio universal, busca establecer sobre la faz de la Tierra una ley que sea universalmente válida, pero esta ley a la que alude no se mueve ya sobre el terreno del Derecho, sino que refiere a la Naturaleza o a la Historia. Se crea con ello una legalidad totalitaria cuya aplicación no recae sobre los individuos, sino sobre una «Humanidad» que, se pretende, debe ser homogénea. En palabras de Hannah Arendt:

El régimen totalitario es «ilegal» en la medida en que desafía a la ley positiva; pero no es arbitrario en la medida en que obedece con estricta lógica y ejecuta con escrupulosa compulsión las leyes de la Historia o de la Naturaleza. La pretensión monstruosa del dominio totalitario, pero de apariencia incontestable, es que, lejos de ser «ilegal», bebe directamente de las fuentes de autoridad de que todas las leyes positivas –basadas en la «ley natural», o en la costumbre y la tradición, o en el hecho histórico de la revelación divina– reciben su legitimación última. Lo que aparece como ilegal al mundo no-totalitario constituiría, a fuerza de inspirado en las fuentes mismas, una forma superior de legitimidad, una capaz de suprimir la mezquina legalidad de las leyes positivas que no pueden producir justicia en ningún caso singular, concreto, y por ello impredecible, sino que sólo pueden impedir la injusticia. La legalidad totalitaria, ejecutando las leyes de la Naturaleza o de la Historia, no se molesta en traducirlas a los criterios de bien y mal de los seres humanos individuales, sino que las aplica directamente a la «especie», a la humanidad. De las leyes de la Naturaleza y la Historia se espera que, si son ejecutadas con rigor, produzcan como su fin una única «Humanidad», y es esta expectativa la que subyace a la pretensión de dominio universal de todos los gobiernos totalitarios.²

Dentro de la interpretación totalitaria, Naturaleza e Historia dejan de ser fuentes estabilizadoras de autoridad de las leyes positivas y de las acciones humanas para pasar a ser ellas mismas movimientos, convirtiendo a sus leyes en leyes del movimiento, que «aunque pueda requerirse intelligen-

¹ FORTI, S., *El totalitarismo. Trayectoria de una idea límite*, Herder, Barcelona, 2008, p. 29.

² ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», en *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós Editores, Madrid, 2005, p. 409.

cia para percibir las o comprenderlas, nada tienen que ver con la razón ni con la permanencia»³. En otras palabras, el propio significado de «ley» viene a ser modificado por el totalitarismo: ya no denota el marco de estabilidad en el cual se desarrollan las actividades de los ciudadanos, sino que es expresión de estos movimientos en sí mismos.

Si concebimos, como hace Arendt, lo político como el lugar de expresión de la pluralidad de opiniones y de la diversidad de hombres, como el *espacio público* que es quintaesencia de la libertad, entonces el totalitarismo, a través de su modificación del sentido de la legalidad misma, de su afán de dominación y de su búsqueda de una humanidad uniforme y sin fisuras, se revela decididamente incompatible con lo político, además de como su experiencia destructiva. Supone la completa erradicación de cualquier espacio de pluralidad dentro de la sociedad, la liquidación de lo *político* como espacio de alteridad, la producción de una población sumisa, indiferenciada y sin vestigio alguno de pensamiento autónomo o disidente respecto al que ha sido marcado por el Partido. En su esencia, «el totalitarismo es la más radical negación de la libertad»⁴.

Desde la creación del concepto y de su ulterior uso por parte del régimen de Mussolini —si bien no por ello podemos considerar el fascismo italiano como un totalitarismo, como se deduce de los rasgos que serán presentados a continuación—, el totalitarismo ha manifestado su pretensión de suprimir el carácter plural propio de la política en múltiples aspectos. En primer lugar, el semblante del sistema político totalitario refleja ya la antítesis del Estado de derecho. Las características prototípicas del liberalismo clásico, como son la separación de poderes, el pluralismo político, la presencia de instituciones representativas o las garantías constitucionales de las libertades de los individuos —de pensamiento, de credo, de expresión, de movilidad, de residencia, etc.— son negadas *de facto* por un régimen que cuenta entre sus objetivos políticos prioritarios la centralización del poder y el sometimiento de la comunidad. La seguridad, la pervivencia y el progreso del Estado son situados por encima del bienestar y los derechos de cualquier sujeto particular; dentro del pensamiento totalitario, sólo el Estado es autárquico, nunca los hombres por sí solos, quienes necesitan de la organización política para satisfacer sus necesidades y por ello deben someterse al garante de sus condiciones de vida, esto es, al Estado mismo.

El totalitarismo persigue el dominio pleno y continuo de cada individuo que compone la sociedad en todas y cada una de las esferas de su existencia. Fusiona e identifica la vida privada y la vida pública, de manera que en todo momento se pertenece y se sirve al Estado, pero sobre todo busca erradicar la libertad y espontaneidad humanas, en la medida que pueden dar origen a pensamientos heterodoxos y no controlados por el sistema. Guiado por el cumplimiento de una meta ideológica, la cual tiende para los seguidores y fanáticos del movimiento hacia la más alta y definitiva forma de

³ *Ibid.*, p. 410.

⁴ *Ibid.*, p. 395.

«libertad», y por la consecución de una supuesta sociedad utópica al final de todo el proceso, bajo la égida del totalitarismo quedan permitidas y justificadas la supresión de libertades personales y la negación de actividades sociales y políticas al margen del régimen, así como prácticamente cualquier forma de opresión y de violencia. «Los individuos y los grupos deben ser integrados en un sistema cerrado, obligatorio para todos y para todo, que encarna o prepara el orden futuro del Estado y de la sociedad; y en este sentido, deben convertirse en “hombres nuevos” cuya aprobación, entusiasmo y hasta dinámica revolucionaria están fundamentados e impulsados por una fe misionaria ideológica»⁵. Los movimientos totalitarios afirman restaurar una totalidad misteriosamente irracional en el hombre y han basado su superioridad «en cuanto portaban una *Weltanschauung*, mediante la cual tomaban posesión del hombre en su totalidad»⁶. Su pretensión consiste en la destrucción de la capacidad política del individuo, anular por todos los medios posibles su acceso a la esfera y el debate públicos en los que puede intervenir la persona en tanto ciudadano. Todo ello con un doble objetivo: en primer lugar, aislarle políticamente, hacer de él alguien abandonado por el mundo, que no encuentre la compañía de los otros para salvarlo de su soledad, que llegue a sentirse solo incluso en la compañía de sí mismo; y en segundo lugar, sumergir a la persona en su soledad y en su desesperación, hacerle experimentar una no-pertenencia al mundo y que pierda su propio yo, sintiéndose abandonado definitivamente por todos. Sólo así el totalitarismo puede obtener al individuo atomizado que requiere para la consecución de su dominio; un individuo sumergido en el desarraigo, la superfluidad y en el sentimiento de no tener lugar reconocido en el mundo e incluso no pertenecer a él. A esta persona, el régimen totalitario se le abre mesiánicamente como su única salvación, como su última posibilidad de pertenecer a la comunidad y de encontrarse en compañía de sus congéneres, quienes no son más que otra serie de individuos atomizados que han visto en el movimiento la misma oportunidad salvífica que él. En último término, «el individuo es triturado, absorbido y anulado por el Estado, que se erige como una unidad *compacta* en la cual las singularidades se disuelven y los hombres se hacen *masa*»⁷.

Por tanto, los movimientos totalitarios no organizan a los individuos, sino a unas masas compuestas por individuos aislados y atomizados que se funden en un único cuerpo colectivo (*Volk*, nación, raza, etc.) y se constituyen en una comunidad a la que se inculca una lealtad absoluta e incondicional hacia el Partido y su líder. Como movimientos de masas propios de la sociedad moderna, dependen de la fuerza del número; esto es, en términos de Arendt: «los regímenes totalitarios, mientras se hallan en el poder, y los dirigentes totalitarios, mientras se hallan con vida, “gobiernan y

⁵ BRACHER, K.D., «El controvertido totalitarismo: experiencia y actualidad», en *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Alfa, Barcelona, 1983, p. 40.

⁶ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2010, pp. 468-469.

⁷ TRAVERSO, E., *El totalitarismo*, Eudeba, Buenos Aires, 2001, p. 21.

se afirman con el apoyo de las masas” hasta el final»⁸. Unas masas que no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común ni se han integrado antes en organización alguna. Las masas son aquellos numerosos conjuntos de personas que antes habían permanecido neutrales y políticamente indiferentes, que no habían aparecido hasta ahora en la escena política y que, por lo tanto, fueron fácilmente atraídos mediante novedosos métodos de propaganda política y de una ideología que proporcionaba seguridad y una respuesta simple a las incertidumbres del pasado, del presente y del futuro. Ya fuera a través de una perspectiva biologicista, como el nazismo, o historicista, como el estalinismo, la ideología de los emergentes movimientos totalitarios llenaba el deseo de coherencia de la realidad que ansiaba el individuo atomizado. Progresivamente, el Partido y sus diferentes ramificaciones penetran en el tejido social hasta llegar a lo más hondo de su corazón, buscando, una vez que las masas han sido previamente excluidas de la esfera de actuación política, la movilización completa de los ciudadanos –al mismo tiempo que los someten y los reclutan–, a fin de que se adhieran a la visión del mundo adoptada por el régimen y se orienten no a la restauración de un orden social previo sino a la conquista de una revolución que traerá consigo un nuevo orden. Finalmente, la dominación de estas masas queda garantizada a través de una inédita forma de organización política, alejada de un sistema puramente jerárquico para apoyarse ahora en una acumulación y duplicación de instancias administrativas –Partido, Estado, sindicatos, policía, ejército, grupos paramilitares, etc. – que acaban enfrentándose entre sí y cuyas disputas son dirimidas por la figura de un líder carismático que personaliza el poder. De esta forma, «los movimientos totalitarios mostraron que las masas políticamente neutrales e indiferentes podían ser fácilmente mayoría en un país gobernado democráticamente, que, por eso, una democracia podía funcionar según normas activamente reconocidas sólo por una minoría». Dicho en otras palabras, tanto el nazismo como el estalinismo lograron demostrar al mundo, de la manera más drástica posible, que en el seno de una democracia una minoría podía controlar a la mayoría, contando con el consentimiento y el apoyo general de ésta.

Sin embargo, una vez se han consolidado en el poder, los regímenes totalitarios no pierden de vista su objetivo último de dominación mundial, el cual, acorde a las leyes de la Naturaleza o de la Historia, consideran que habrá de venir con el tiempo, por muy lejano que éste pueda parecer. Dentro de su pretensión de adaptar el mundo a la *Weltanschauung* propugnada por su ideología, no basta únicamente la dominación total de los habitantes de la propia nación. La libertad del hombre se configura como la principal amenaza del totalitarismo en la medida que otorga a aquél cierto carácter de imprevisibilidad, y por extensión la existencia de cualquier otro país no-totalitario, donde el ser humano no esté plenamente controlado en todas las facetas de su vida, representa una amenaza directa a la coherencia del mundo defendida por la ideología del régimen. «El peligro real

⁸ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2010, p. 432.

es el hecho de que el mundo ficticio y patas arriba del régimen totalitario no puede sobrevivir indefinidamente si el mundo exterior entero no adopta un sistema similar, permitiendo así que toda la realidad se vuelva un todo coherente, no amenazado ni por la impredecibilidad subjetiva del hombre ni por la cualidad contingente del mundo de los hombres, que siempre deja algún espacio a lo accidental»⁹. Es debido a esta finalidad de mantener a toda costa la coherencia de un orden falaz del mundo por lo que el totalitarismo requiere de una dominación total así como de un imperio universal, y por lo que está dispuesto a cometer toda una serie de crímenes sin precedentes en la historia de la humanidad. El rígido e inalterable seguimiento de la ideología, su «mortal seriedad», como expresa acertadamente Hannah Arendt, llevó tanto en el gobierno de Hitler como en el de Stalin, en su extremo de consecuencia lógica, a la conclusión de que estaba permitido matar hasta la exterminación a sectores enteros de población en nombre del Estado.

El totalitarismo significó entonces el nacimiento de una nueva forma de organización política en el siglo XX que, si bien puede compartir algunas características –con evidentes diferencias cualitativas– con otros sistemas, carecía completamente de precedentes. Lejos queda de la tiranía descrita por Platón o Aristóteles, del despotismo expuesto por Montesquieu, de los gobiernos absolutistas o de los más modernos regímenes autoritarios. El totalitarismo subordina al Estado todo aspecto de la vida individual, y aunque sus técnicas de gobierno puedan parecer autoritarias, van mucho más allá: «intenta amoldar la vida privada, el alma, el espíritu y la moral de los ciudadanos a una ideología oficial y dominante que penetra en cada escondrijo y grieta de la sociedad»¹⁰. A diferencia de otras dictaduras convencionales, el sistema totalitario establece un férreo control político, social, económico y cultural sobre su población, encabezado por un líder carismático que a través de la movilización logra superar el problema de la «rutinización» planteado por Weber, y se distingue por una transformación de la sociedad que busca la producción del «hombre nuevo», ya sea el hombre ario del nazismo o el comunista soviético de la URSS.

Por su parte, a finales de la década de los cincuenta del pasado siglo, los politólogos de la escuela anglosajona fijaron una suerte de dicotomía para diferenciar los regímenes totalitarios de los autoritarios, que bien podría resumirse brevemente en los siguientes aspectos. En primer lugar, a pesar de su centralización del poder, los sistemas autoritarios conservan una residual estructura pluralista, mientras que el totalitarismo viene animado por la voluntad de hacer desaparecer toda forma de pluralismo real. En segundo lugar, el autoritarismo se vincula al valor del orden y de la soberanía estatal; el totalitarismo lleva la crisis hasta sus últimas consecuencias y se sirve del órgano estatal, al que opone primero el Partido y luego el movimiento, como representante de la totalidad. En tercer lugar, el autoritarismo se limita a pedir obediencia; el totalitarismo desea legitimarse a través del

⁹ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», p. 424.

¹⁰ GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Los totalitarismos*, Síntesis, Madrid, 2012, p. 41.

consenso de las masas, a las que dirige y moviliza para adherirlas a su ideología. En cuarto lugar, el autoritarismo tiende a conservar los valores y jerarquías tradicionales; el totalitarismo supone una revolución de los valores y de las relaciones sociales, introduciendo un nuevo sistema normativo e ideológico. En quinto lugar, los autoritarismos inculcan mentalidades, un modo de pensar basado más en elementos emotivos que lógicos o racionales; el pilar del totalitarismo es la ideología, un sistema coherente y articulado elaborado y apoyado por intelectuales, capaz de entusiasmar a la población, de unirla y de crear una identificación entre el jefe y las masas. Por último, los autoritarismos son generalmente conservadores, manteniendo el monopolio de poder de las clases tradicionales y el equilibrio social vigente; los totalitarismos son revolucionarios, introduciendo una gran carga subversiva en la organización institucional y social¹¹. A estas contraposiciones puede sumarse la establecida por el politólogo británico Leonard Schapiro en su obra *El totalitarismo* (1972): la movilización intensa e incesante de la población que define al totalitarismo, frente a la desmovilización de las masas perseguida por el autoritarismo.

A la luz de estos rasgos, el autoritarismo aparece como un modelo político en busca de la estativación, mantener la situación vigente; su presente mira únicamente hacia el pasado. Por su parte, el totalitarismo surge como un modelo revolucionario que busca transformar la sociedad para crear una nueva y cuyo presente mira hacia el futuro. La diferencia fundamental queda resumida en que si bien con el autoritarismo no se logra un control «total», el totalitarismo sí logra alcanzarlo, o, por lo menos, pone en funcionamiento toda una maquinaria política, social, económica y cultural para obtenerlo; ahí radica su novedad.

Al margen de herramientas y definiciones comparativas, el totalitarismo posee también una serie de rasgos identitarios propios. No obstante, dichos rasgos han sido discutidos tras la publicación de *Los orígenes del totalitarismo* desde diferentes ámbitos –filosófico, histórico, politológico, etc.–, con el objeto de hallar una lista definitiva que englobe conceptualmente todos y cada uno de los atributos presentes en él; proyecto que, hasta la fecha, sigue sin dar una respuesta que satisfaga a todas las partes. La tesis de Arendt destacaba como los principales elementos la «unicidad y novedad del nazismo y el estalinismo; omnipresencia, pero no monolitismo, de la estructura institucional; centralidad de una ideología que pretende ser la expresión de las leyes eternas de la naturaleza y de la historia; capilaridad del terror que, pretendiendo materializar la ideología, mantiene el régimen en constante movimiento; abandono de la racionalidad instrumental, plenamente evidenciado en los campos de exterminio»¹². Sin embargo, quizá el análisis más conocido sea el denominado «síndrome totalitario», elaborado desde la ciencia política –a partir del enfoque arendtiano– por

¹¹ FORTI, S., *El totalitarismo. Trayectoria de una idea límite*, pp. 101-103.

¹² *Ibid.*, pp. 83-84. A estos rasgos cabría añadir que, como detallaremos en el Capítulo 3, para Hannah Arendt los campos de exterminio constituyen el corazón del sistema totalitario, pues es en ellos donde se experimenta de manera directa la modificación de la realidad humana.

Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski en su *Dictadura totalitaria y autocracia* (1965) y que se consolidó como el primer intento orgánico de reconstruir un modelo capaz de identificar la especificidad de dominación totalitaria o de, por lo menos, definir el «grado» de totalitarismo presente en un determinado régimen político. Ciertamente es que, a día de hoy, existen obras que presentan una mayor carga y profundidad filosófica, o que podemos enunciar un número mayor de características; sin embargo, esta enumeración de rasgos ayuda a realizar una primera aproximación bastante acertada de lo que deberíamos entender por un gobierno al que pretendamos describir como totalitario, más allá de que podamos profundizar en algunos de los aspectos señalados por sus autores. Partiendo de esta premisa, todo totalitarismo debe comenzar por tener los siguientes seis atributos:

1. Una *ideología oficial*, promovida al rango de verdad absoluta, bien perfilada, imbuida de una fuerte dimensión milenarista, salvífica y semirreligiosa, que se extiende sobre todas las esferas de la sociedad a través de la propaganda y es aceptada por todos sus miembros; que abarca todos los aspectos de la actividad y existencia humanas; que critica radicalmente el estado de cosas existentes, rechazando todo compromiso con el orden social vigente; y que lucha por su transformación hasta alcanzar la prometida realización plena de la humanidad.
2. Un *partido único* de masas, cuyos miembros se encuentran movilizados, adoctrinados, así como aceptan y promueven incondicionalmente sus directrices ideológicas; que supone una organización cuyo poder e instituciones corren paralelos a los del Estado; y que está estructurado de un modo jerárquico, encabezado por un dictador totalitario que dirige el aparato estatal-gubernativo y se sitúa por encima de éste.
3. *Control monopolístico de los medios de comunicación y de información de masas* por parte del Partido, incluyendo todas las actividades públicas –políticas, sociales, culturales, etc.–, basándose en la moderna y emergente tecnología, y contribuyendo a suprimir así la esfera privada de la población.
4. *Control monopolístico del uso de la violencia* por parte del Partido, englobando con ello todos los instrumentos de coerción y el control de todos los medios efectivos de combate armado.
5. *Terror difuso*, ejercido por una policía secreta y por un control policial de tipo terrorista a través de la coerción física y la coerción psicológica, que se dirige no sólo hacia los «enemigos demostrables» del régimen, sino también arbitrariamente contra clases enteras y grupos de la población, eliminando con ello cualquier tipo de crítica al régimen.
6. *Planificación y dirección centralizada de la economía*, realizada a través de la coordinación burocrática de antiguas entidades corporativas, incluyendo asociaciones y actividades.

Ahora bien, como dijimos, el análisis de Friedrich y Brzezinski se encuentra carente de algunos elementos y deja sin profundizar otros. En este sentido, es importante hacer notar que la figura del

líder totalitario se reviste de una importancia mayor de la que se puede deducir contemplándolo como el eslabón más alto de la cadena de mando del Partido; tampoco es únicamente el líder carismático y glorificado en torno al cual se ejerce un auténtico «culto a la personalidad»; sobre todo, el líder supone el vértice del sistema político, el motor del movimiento, quien marca el rumbo al que dirigirse, el timonel de la nave de la nación o el *Führer* cuya dirección hay que seguir, aquél cuya voluntad hay que obedecer y cuyas órdenes se convierten en leyes que hay que acatar, aquél que con un simple asentimiento de cabeza puede dictaminar el curso de una nación, convertir en cenizas a millones de personas o mandar correr un inflexible telón de separación con todo un continente. Rodeado de una magnificente aura de impenetrable misterio, el líder está dotado de la más absoluta infalibilidad en sus decisiones, no porque posea una inteligencia superior, sino porque es considerado el único que puede interpretar correctamente las fuerzas y las leyes de la Naturaleza o de la Historia —las cuales, pese a las apariencias de derrota o lejanía, están destinadas a cumplirse por sí mismas—. Desde este punto de vista, la liquidación de los enemigos del régimen totalitario «encaja en un proceso histórico en el que el hombre sólo hace o sufre lo que según leyes inmutables tenía que suceder de cualquier manera. Tan pronto como ha sido realizada la ejecución de las víctimas, la “profecía” se convierte en una coartada retrospectiva: sólo ha sucedido lo que ya había sido predicho»¹³. Justificados así por el cumplimiento de una ley inexorable, los dirigentes totalitarios son libres de hacer y obrar como quieran, contando con la lealtad de quienes les rodean.

Asimismo, es necesario hacer notar otros dos rasgos definitorios del concepto de totalitarismo que, si bien pudieran llegar a deducirse de la lista proporcionada por Friedrich y Brzezinski, no son explícitamente mencionados. En primer lugar, los regímenes totalitarios establecen un nuevo sistema jurídico-legal a partir de la aplicación del estado de excepción, suspendiendo con ello el antiguo Estado de derecho. El líder totalitario ve constantemente amenazada a la nación por el resto de países no-totalitarios, vistos como enemigos actuales o potenciales, de modo que su país debe estar en un constante estado de alerta. Se establece con ello una nueva doctrina jurídica basada en la voluntad del gobernante, que otorga poderes prácticamente ilimitados a una policía que gestiona el control de la sociedad mediante el uso del terror y de una legalidad vaga y ambigua, permitiendo el señalamiento y la persecución de todo aquél que pueda ser tenido por opositor o enemigo del régimen¹⁴. Los totalitarismos «manejan su propia concepción del Derecho negando la dignidad de la persona humana según el Derecho natural y afirmando que sólo existe un Derecho positivo que el

¹³ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 484.

¹⁴ Encontramos ejemplos de estos tanto en el estalinismo como en el nazismo. Dentro del régimen soviético, el conocido *Artículo 58* del código penal permitía el arresto de cualquier sospechoso de realizar cualquier tipo de actividad contrarrevolucionaria; arresto que conllevaba generalmente de manera automática una condena en los campos del Gulag. Por su parte, en las fronteras del III Reich, el propio Hitler en persona supervisó y contribuyó a que la definición de «judío» de las *Leyes de Núremberg* permaneciese en un alto grado de vaguedad, en especial por los que respectaba a la figura de los *Mischlinge* o al estatus de las personas de origen judío casadas con ciudadanos «de sangre alemana».

Estado otorga a los individuos. No existen derechos naturales en las personas por el sólo hecho de serlo, sino que esos derechos son otorgados por el Estado totalitario y pasan por lo tanto a ser derechos positivos»¹⁵.

El segundo rasgo que debe ser destacado es la creación de una nueva comunidad nacional-popular, una comunidad «total», sin fracturas ni divisiones, guiada por un novedoso sentir de unidad nacional inspirado en la exaltación de la sangre o del trabajador. Se trata, a través del control totalitario, de alcanzar «la fusión total del Estado y la sociedad, del partido y el pueblo, del individuo y lo colectivo, en el ideal de la unidad total»¹⁶. Se trata de una nueva idea de totalidad que refunda las relaciones políticas y sociales, «de modo que la identificación entre Estado, Movimiento y Pueblo suprima tanto la dimensión privada de la existencia como la vacía forma de un Estado separado del pueblo. Comienzan, pues, a arraigar no sólo el desprecio por el aparato estatal entendido como mera institución, sino también la exaltación de una política como “cultivo” de las fuerzas biológicas y como exaltación de una homogeneidad que anula todas las diferencias individuales»¹⁷. Al mismo tiempo, esta nueva comunidad supone simultáneamente la emergencia del modelo de un «Hombre Nuevo», que redefine los límites de lo humano. Este hombre nuevo encarna el ideal de una Hiperhumanidad, tomada por la única Humanidad verdadera, para cuya consecución es preciso eliminar la parte perjudicial y destructiva de la sociedad que impide su evolución, esto es, al conjunto de personas que no son consideradas dignas o merecedoras de entrar a formar parte del nuevo significado de «Humanidad». La unidad de la comunidad «total» exige, pues, la erradicación de todo rival y de cualquier alteridad¹⁸.

Los totalitarismos conciben la política como un campo de batalla, como una guerra donde cualquier adversario se convierte en un obstáculo a eliminar. Pero siempre debe existir un enemigo. Los

¹⁵ GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Los totalitarismos*, pp. 35-36.

¹⁶ BRACHER, K.D., «El controvertido totalitarismo: experiencia y actualidad», p. 57.

¹⁷ FORTI, S., *El totalitarismo. Trayectoria de una idea límite*, p. 50.

¹⁸ Expuestos estos nuevos rasgos, puede deducirse por qué no incluimos al fascismo italiano como un totalitarismo. Pese a que el fascismo comparte y sentó el precedente de algunos de los atributos del gobierno totalitarios, como el establecimiento de una nueva comunidad, el establecimiento de una ideología y de un partido único, la figura de un líder carismático, el control centralizado de la economía, etc., existen una serie de rasgos distintos y diferencias cualitativas que no pueden ser ignoradas. No tenemos tiempos para abordar como se debiera este asunto, pero baste señalar para ello algunos aspectos. En primer lugar, dentro del régimen de Mussolini el Partido Nacional Fascista siempre estuvo supeditado a la estructura del Estado, mientras que el Partido Nacionalsocialista –NSDAP– de Hitler utilizó al Estado de manera instrumental; de otro lado, la ideología fascista nunca logró penetrar ni logró una movilización de masas igual a la conseguida por la ideología nacionalsocialista; en Italia tampoco se impuso un régimen del terror como el que se propagó por el III Reich o la URSS; y su creación del «hombre nuevo» no obtuvo el alcance que lograron los ideales de la «raza aria» del nacionalsocialismo o del «trabajador soviético» de la URSS. Sin embargo, la mayor diferencia que podemos encontrar es que el fascismo italiano nunca tuvo la esencia íntegramente criminal que define al régimen totalitario. Prueba de ello lo encontramos tanto en el número de penas de muerte promulgadas como en el de sentencias, relativamente leves, cometidas por crímenes políticos. Hannah Arendt menciona en *Los orígenes del totalitarismo* como en Italia, entre 1926 y 1932, los tribunales especiales para delitos políticos impusieron sólo siete penas de muerte, 257 sentencias a diez o más años de cárcel, 1.360 sentencias de menos de diez años y fueron declarados inocentes 12.000 personas (Cfr. ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 435); unas cifras inconcebibles bajo las condiciones de terror nazi y bolchevique, donde encontramos cientos de miles de sentencias de penas de muerte y las condenas a campos de concentración –la mayoría de las cuales eran equivalentes a la pena capital– se contaban por millones.

regímenes totalitarios se apoyan en el permanente estado de excepción en el que se encuentra la nación para legitimar todas sus acciones. Al mismo tiempo que la unidad y la salud del pueblo exigen la exclusión de todo elemento «enfermo» o perturbador, «*necesitan* del otro, de un “mundo de enemigos”, para legitimar y poner en escena la ideología de la propia salud, superioridad y unidad»¹⁹. No puede existir la paz dentro del modelo político totalitario, sino que para mantener la ficción del mundo que establece su ideología necesita postular un permanente estado de guerra y de excepción; una situación que es precisamente la que impide que el líder totalitario vea desgastado su carácter carismático, al estar sometido a una renovación constante. El perpetuo dinamismo es condición *sine qua non* para la existencia de los totalitarismos, que «sólo pueden hallarse en el poder mientras estén en marcha y pongan en movimiento todo lo que exista en torno a ellos»²⁰; sólo así pueden lograr que su vigilancia nunca cese y que su control nunca descansa. En otras palabras, la dominación totalitaria solamente puede lograrse a través de un movimiento que se mantiene constantemente en marcha —como fueron el nacionalsocialista o el bolchevique—, ya que sólo éste supone la dominación permanente del individuo en todas las esferas de su vida. «La conquista del poder por los medios de la violencia nunca es un fin en sí mismo, sino sólo el medio para un fin, y la conquista del poder en un país determinado es sólo una grata fase transitoria, pero nunca la conclusión del movimiento. El objetivo práctico del movimiento consiste en organizar a tantos pueblos como le sea posible dentro de su marco y ponerlos y mantenerlos en marcha; un objetivo político que constituyera el final del movimiento simplemente no existe»²¹.

Podemos definir entonces brevemente el totalitarismo como el sistema o modo de gobierno inaugurado en el siglo XX a través de su plasmación en el nacionalsocialismo alemán y el estalinismo soviético, caracterizado por la creación de un contexto social, político, económico y cultural donde todas las facetas de la vida pública y privada se encuentran bajo el control estricto del Estado; su carácter institucional es omnipresente, aunque no monolítico; y cuenta con la existencia de un partido único que posee el monopolio del poder, controla al Estado —al que utiliza como fachada ante el resto de naciones no-totalitarias—, difunde la ideología oficial e imperante —a través de la propaganda, el adoctrinamiento, los avanzados medios de comunicación, etc.—, moviliza a las masas, somete a la población a través de un control terrorista, centraliza la economía, cuenta con diversas organizaciones subordinadas que monopolizan y politizan todos los aspectos de la vida social —pública o privada—, y se encuentra dirigido por la figura de un líder totalitario, carismático, que se erige como motor del movimiento y guía de una revolución permanente.

¹⁹ RÜHLE, V., «Pensar a la sombra de las víctimas. La reflexión filosófica y el “Tercer Reich”», en DUQUE, F. & ROCCO, V. (eds.), *Filosofía del Imperio*, Abada, Madrid, 2010, p. 210.

²⁰ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 432.

²¹ *Ibid.*, p. 456.

El nacionalsocialismo de Hitler cumplió todos estos aspectos de manera paradigmática. El totalitarismo nazi pretendió erigirse como el Nuevo Orden y reconstruir Europa desde un punto de vista político, económico y racial; para Goebbels, el objetivo de la revolución nacionalsocialista no debía ser otro que la creación de un Estado totalitario –a pesar de que raras veces se empleaba este término en los discursos oficiales de las filas del NSDAP– que permeara todos los aspectos de la vida pública. Después de que Alemania se convirtiera oficialmente en una nación en estado de excepción el 28 de febrero de 1933, tras el incendio del Reichstag –a través de la promulgación del «Decreto Presidencial de Emergencia para la Protección del Pueblo y del Estado» por parte del todavía canciller Adolf Hitler, que suponía la aplicación del Artículo 48 de la Constitución de Weimar–, todas las libertades individuales comenzaron a ser suprimidas en nombre de la seguridad del país. El III Reich, con el convencimiento de ser la resolución de un momento clave de la historia, comenzó un estado de revolución permanente que perduraría hasta 1945. La administración del Estado quedó en manos del Partido Nacionalsocialista, el cual movilizaba incesantemente a las masas para adscribir-las a su movimiento e inculcaba una ideología basada en los pilares del antibolchevismo, el antisemitismo, un nacionalismo pangermanista de tintes fuertemente racistas y un expansionismo imperial de potentes matices socialdarwinistas. Fue la amalgama de estos elementos lo que distinguió la mentalidad nacionalsocialista, destacando por encima de todo la preponderancia del enfoque racial y su biologización extrema de aspectos como el antisemitismo; una biologización que influyó incluso en el terreno de la política a través de propuestas de higiene social como fueron los proyectos eugenésicos de esterilización y control de población o los de eutanasia de discapacitados físicos y psíquicos, los cuales se cobraron la vida de más de 125.000 personas –incluyendo las de más de 5.000 niños–. El nacionalsocialismo también desplegó por todos los rincones de la población una maquinaria del terror y de la violencia, recubierta por un dispositivo pseudolegal, orientado tanto a erradicar cualquier oposición al régimen como a la exclusión y exterminio de colectivos enteros de población y grupos étnicos considerados ajenos a la comunidad nacional; sectores de la población que se veían constantemente amenazados por la posible intervención de la *Gestapo*, la *Kripo*, etc., y sobre todo por la posibilidad de que estas instituciones, que disponían de sus vidas, les destinaran a un campo de concentración. En su aspecto institucional, a partir del dualismo Estado-Partido existía un conflicto de poderes que no sólo generaba una duplicación de organismos y funciones en la Alemania nazi, sino también multitud de rivalidades y competencias alentadas por Hitler para así aparecer como el *Führer* que dirimía las cuestiones relevantes del Estado, al tiempo que impedía una conspiración de los otros jefes del movimiento contra él. Combinando sus decisiones y su actuación política con un adecuado y sistemático alejamiento del pueblo, revistiéndose de una especie de aura mística y casi religiosa, Hitler se presentaba como el líder carismático e infalible que había sabido leer correctamente las leyes de la Naturaleza y de la Historia y las había sabido aplicar

en pos de la salvación de Alemania. Convertido en una especie de Dios descendido a la Tierra, de un nuevo Mesías, Hitler se convirtió en un símbolo nacional, haciendo de su personalidad lo que pasaría a convertirse en el «mito del *Führer*». Su objetivo último, acorde a la *Weltanschauung* promovida por su movimiento, era la creación de la denominada *Volksgemeinschaft*, una «comunidad popular» o «comunidad del pueblo», sin fisuras, biológicamente fuerte, basada en principios racistas y a cuyo servicio se encontraría el Estado.

Lo que a continuación se presenta es un análisis del método de dominación y de control sobre la población empleado por el totalitarismo nacionalsocialista, el cual se encuentra basado en lo que Hannah Arendt bautizó como el «anillo de hierro» del terror, adecuadamente combinado con la ideología. En *Los orígenes del totalitarismo*, encontramos que el terror total que caracteriza a un gobierno totalitario «no deja tras de sí una arbitraria ilegalidad y no destruye en beneficio de alguna voluntad arbitraria o del poder despótico de un hombre contra todos y menos aún en provecho de una guerra de todos contra todos. Reemplaza las fronteras y los canales de comunicación entre individuos por un *anillo de hierro* que los mantiene tan estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en un hombre de dimensiones gigantescas»²². Este terror elimina el espacio de movimiento de los ciudadanos del Estado, suprimiendo el prerequisite indispensable para el disfrute de la libertad. Sin embargo, el terror por sí sólo no es suficiente, sino que requiere de la ideología para guiar el comportamiento de sus súbditos y hacerles igualmente aptos tanto para el papel de ejecutor como para el papel de víctima, para cumplir ciegamente las órdenes del Estado o ser sacrificados si el bien de la nación lo precisa. La ideología se presenta como el despliegue lógico de una idea, reivindicando poseer el conocimiento y la correcta interpretación del devenir histórico y de la naturaleza; esto es, se presenta como la verdad absoluta del mundo que no puede ser contradicha. De este modo, «la coacción del terror, por un lado, que, con su anillo de hierro presiona a las masas de hombres aislados y las mantiene en un mundo que se ha convertido en un desierto para ellos, y la fuerza autocoactiva de la deducción lógica, por otro, que prepara a cada individuo en su aislamiento solitario contra todos los demás, se corresponden y se necesitan mutuamente para mantener constantemente en marcha el movimiento gobernado por el terror»²³.

El estudio que ofrecemos, no obstante, presenta una revisión y una actualización del enfoque arendtiano, en el sentido de examinar cuáles fueron los sectores de la población que sufrieron el sometimiento del *anillo de hierro* totalitario. En efecto, para la autora de *Los orígenes del totalitarismo* toda la población se ve sometida y controlada por la nueva forma de gobierno que toma como baluartes la ideología y el terror; una tesis que, aunque útil y aproximada, no acaba de reflejar de modo totalmente acertado la realidad. Dicho de otra manera, si bien es cierto que dentro de un

²² *Ibid.*, p. 624. El destacado es nuestro.

²³ *Ibid.*, p. 634.

régimen totalitario todos y cada uno de los ciudadanos del Estado se encuentran sometidos a un inflexible control, no todos los sectores de la población padecen el mismo sometimiento. Como ocurrió en el caso nacionalsocialista, la mayoría de la población se adaptó a las condiciones planteadas por el III Reich para llevar a cabo una vida relativamente normal y sosegada. Ciertamente es que se encontraban coaccionados, que carecían de importantes libertades y derechos, pero estuvieron dispuestos a aceptarlo en la búsqueda del futuro utópico prometido por Hitler. Quienes verdaderamente sufrieron en toda su dureza la aplicación del *anillo de hierro* fueron los grupos victimizados por el régimen, los opositores y enemigos del régimen, los calificados como *Gemeinschaftsfremde*, esto es: judíos, gitanos, homosexuales, discapacitados, asociales, rivales políticos... Estos colectivos pasaron a ser considerados como los elementos «enfermos» y dañinos de la sociedad, aquellos que hacían peligrar la unidad del *Volk* alemán, partes de la población que debían ser purgadas para garantizar la salud y bienestar del Reich. Fue sobre ellos, y no sobre toda la población, sobre los que recayó con más dureza el terrorífico puño de acero del nazismo.

TERROR E IDEOLOGÍA: LOS PILARES DEL CONTROL NACIONAL SOCIALISTA

2.1. TERROR: LA PÉRDIDA DE LA LIBERTAD

En sus diversos estudios acerca del totalitarismo Hannah Arendt define el terror como la esencia del gobierno totalitario²⁴. Mientras que la legalidad constituye la esencia de todo gobierno constitucional, así como la ilegalidad supone el eje del gobierno tiránico, el lugar de la ley positiva viene a ser suplantado dentro del totalitarismo por el terror total, el cual deja de ser un medio con el que eliminar a la oposición para pasar a dominar de forma suprema. Un terror que es empleado incluso cuando los diversos regímenes totalitarios ya se han establecido en el poder y han logrado sus objetivos psicológicos de dominación y adoctrinamiento de la población; «su verdadero horror estriba en que reina sobre una población completamente sometida»²⁵. El terror del totalitarismo aniquila todos los límites de las leyes humanas pero, al contrario que el despotismo o las tiranías, no lo hace en beneficio de la voluntad arbitraria de un único individuo, del poder despótico de un hombre contra todos, ni en función de establecer un *bellum omnium contra omnes*. Como mencionábamos en el apartado anterior, «el terror sustituye los límites y canales de comunicación entre los hombres individuales por un anillo de hierro que los presiona a todos ellos tan estrechamente, unos contra otros, que es como si los fundiese, como si fuesen un solo hombre»²⁶. A través de su ejercicio, el terror reduce la pluralidad de la ciudadanía a una única y férrea unidad, anulando los límites de la ley que proporcionan al individuo el espacio vital para ejercer su libertad. Por tanto, no restringe simplemente el libre albedrío, no sólo arrebató ciertas libertades esenciales ni tampoco arranca del corazón de los hombres su deseo de libertad; va mucho más allá. El terror totalitario, simple e implacablemente, «como siervo obediente del movimiento histórico y natural, tiene que eliminar del proceso no sólo la libertad en cualquier sentido específico, sino la misma fuente de la libertad que procede del hecho del nacimiento del hombre y reside en su capacidad de lograr un nuevo comienzo»²⁷; en otras palabras, «presiona unos contra otros a todos los hombres tal como son, de modo que desaparezca el espacio mismo de la acción libre —que es la realidad de la libertad—»²⁸.

²⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 623; ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», p. 411.

²⁵ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 477-478.

²⁶ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», p. 412.

²⁷ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 465.

²⁸ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», p. 412.

El terror supone la realización del movimiento, permitiendo que la fuerza de la Naturaleza o de la Historia –según nos refiramos al movimiento nacionalsocialista o bolchevique, respectivamente– discurra libremente a través de la humanidad sin encontrarse con el obstáculo de la acción libre y espontánea del ser humano. Con ello trata de «estabilizar» a los hombres, volverlos estáticos a fin de prevenir cualquier tipo de acto imprevisto. El totalitarismo no permite ningún tipo de interferencia con las leyes del movimiento, y aquellos que tratan de interferir en ellas e impedir su realización son señalados como el «enemigo objetivo» de la Naturaleza o de la Historia, de la raza o de la clase. Es, por tanto, el propio movimiento quien designa y singulariza al enemigo o enemigos de la Humanidad y contra los que hace desatar toda la potencia de su terror, en las figuras de la policía, los tribunales especiales, el campo de concentración, etc.; desde este punto de vista, el terror se limita a ejecutar las sentencias de muerte dictadas por la Naturaleza o la Historia. Nociones como la de culpa e inocencia se vuelven categorías sin sentido: «culpable» es quien se interpone en el camino del terror, es decir, «quien se alza en el camino del proceso natural o histórico que ha formulado ya un juicio sobre las “razas inferiores”, sobre los “individuos no aptos para la vida”, sobre las “clases moribundas y los pueblos decadentes”»²⁹. En consecuencia, «el terror congela a los hombres para abrir paso al movimiento de la Naturaleza o la Historia. Elimina a los individuos en aras de la especie, sacrifica a los hombres en aras de la humanidad –y no sólo a los que resultan ser víctimas del terror, sino de hecho a todos los hombres en la medida en que este movimiento, con su propio comienzo y su propio fin, sólo puede ser estorbado por el nuevo comienzo y el fin individual en que consiste la vida de cada hombre–»³⁰. Hasta que el anillo del terror, en su doble función –como esencia de gobierno y como principio del movimiento– no haya conquistado toda la tierra y fundido a todos los hombres individuales en una única y homogénea humanidad, la dominación totalitaria nunca podrá quedar plenamente realizada.

Ahora bien, cuando nos referimos al terror totalitario es imprescindible destacar un aspecto que viene a remarcar nuevamente el pensamiento de Hannah Arendt. Con la noción de terror no debemos dirigir nuestro pensamiento exclusivamente a las ideas de opresión sobre las masas de población o al ejercicio de un control y una dominación hasta ahora nunca vistos; en el fondo, es algo mucho más profundo y que afecta a la condición misma de la persona.

El terror en el sentido en que estábamos hablando de él no es tanto algo que la gente puede temer, cuanto un modo de vida que da por descontada la completa impotencia del individuo y que, con total independencia de sus propias acciones o méritos, prevé para él, ora la victoria, ora la muerte, una carrera profesional o un fin en un campo de concentración. El terror encaja a la perfección con la situación de es-

²⁹ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 623.

³⁰ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», pp. 411-412.

tas masas en permanente crecimiento, sin que importe si las masas son el resultado de sociedades en decadencia o de políticas calculadas.³¹

El terror, en esencia, configura el *modus vivendi* de la persona, sumiéndola en su aislamiento político y en la soledad personal, al tiempo que es engullida por una sociedad homogeneizadora moldeada por el sistema totalitario hasta hacer de ella un solo cuerpo orgánico.

Trasladando este encuadramiento teórico a la realidad cotidiana del III Reich, el terror nacionalsocialista comenzó por recubrirse de un fundamento pseudolegal a través del cual podía justificar y legitimar todas sus intervenciones. Esta «revolución legal» llevada a cabo por Hitler suponía una llamada al pueblo alemán para secundar la revolución nacional que había prometido, encaminada a restaurar la economía y salvar a la nación del peligro comunista. A raíz del incendio del Reichstag en la noche del 27 de febrero de 1933 el Partido Nacionalsocialista encontró la coartada perfecta para instaurar sobre la nación el estado de excepción con el objetivo de proteger a Alemania de la amenaza bolchevique, a quien se culpaba del suceso. En aplicación del Artículo 48 de la Constitución de Weimar, promulgó el «Decreto Presidencial de Emergencia para la Protección del Pueblo y del Estado» –popularmente conocido como «Decreto del Incendio del Reichstag»–, por el cual no sólo se suspendían las libertades y derechos básicos de los ciudadanos, sino que también se autorizaban todas las medidas que fueran necesarias para restaurar el orden y la seguridad pública de la nación. Traducido en términos prácticos, ello supuso otorgar a la policía poderes prácticamente ilimitados –saltarse las restricciones legales, realizar registros, pinchar los teléfonos, abrir el correo, someter a torturas o a prisión preventiva, condenar a la pena capital, etc.– para llevar a cabo una detención masiva de los enemigos del régimen, centrándose muy especialmente en la destrucción de los comunistas y los adversarios de la izquierda política; labor que quedó cumplida prácticamente en su totalidad en el transcurso de apenas dos años. A estas medidas vendrían a sumarse en el plano político la «Ley de Habilitación» (1933), que ponía fin al gobierno parlamentario y traspasaba todas las funciones legislativas al gobierno nazi, concediendo con ello plenos poderes a Hitler; o la «Ley de Autorización» (1934), por la que se cedía al *Führer* la capacidad legislativa con poderes de emergencia. Asimismo, desde el plano de la reestructuración social comienzan a proclamarse normas antisemitas como la «Ley para la Restauración de un Funcionariado Civil Profesional» (1933), que permitía «depurar» del funcionariado público a todas las personas de origen judío o que fueran considerados como «elementos indeseables», o las conocidas «Leyes de Núremberg» (1935). La justicia del nacionalsocialismo se volcó por entero en la identificación y persecución de los considerados como «enemigos del régimen», hecho que se reflejó en los llamados *Tribunales especiales* –encargados de delitos políticos o relacionados, posteriormente, con la guerra– y sobre todo en el

³¹ *Ibid.*, pp. 429-430.

temido *Tribunal del pueblo*, cuyo objetivo último era el exterminio de aquellos individuos opositores o no pertenecientes a la *Volksgemeinschaft* del Reich.

Con este telón jurídico de fondo, la gestión del terror pasó fundamental a manos de la Policía Secreta del Estado, la *Geheime Staatspolizei*, coloquialmente conocida como la Gestapo. Actuando a lo largo del periodo nazi como una policía ideológica basada en la teoría *völkisch* del Estado³², a través de su centralización, de su fusión con las SS y de todo el poder que logró reunir se elevó como algo más que un simple organismo del Estado para hacer cumplir la ley; «en ocasiones podía convertirse en legislador, juez, jurado y ejecutor»³³. Como máximo organismo que velaba por el control de la población, la Gestapo se encontraba libre de las tradicionales restricciones impuestas por la ley, la administración y la política del Reich; en opinión de Himmler, jefe de la policía y *Reichsführer SS*, sólo a través de una acción policial que se mantuviera al margen de los límites y trabas formales impuestos por el sistema judicial podía llevarse a cabo la misión de capturar a los enemigos del pueblo alemán y defender el orden social. Por lo tanto, operaba sobre la base de un principio completamente diferente al de la administración pública; sus acciones no se cimentaban en una serie de normas amparadas por la ley, sino sobre una serie de principios y requerimientos especiales. La Gestapo actuaba como el instrumento de la autoridad del *Führer*, sin necesidad de ninguna ulterior legitimación legal, de modo que «casi podía decidir por sí misma en qué había de consistir la ley, y actuaba en consecuencia, haciendo caso omiso de las objeciones»³⁴. No sólo hacía cumplir la ley, sino que llegaba a tener en su mano la potestad de decidir qué era legal y qué no lo era. Se inauguró con ello una nueva justicia policial que acabó prevaleciendo sobre la justicia ordinaria en todos los rincones de la sociedad, al tiempo que daba permisividad a una justicia popular a través de la cual la población dirimía sus conflictos con los sectores más desfavorecidos, como judíos o extranjeros, vistos como seres inferiores que no merecían regirse por el mismo código penal que los «alemanes puros»³⁵.

A través de sus actuaciones, la Gestapo alcanzó una fama tal de crueldad, omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia que la sola mención de su nombre era capaz de generar temor entre las diversas capas de la población. Los rumores acerca de sus actos intensificaban el miedo a la posibili-

³² Esta teoría *völkisch* manejada por la policía defendía que todo intento de imponer o sostener una teoría al margen del nacionalsocialismo era un «síntoma de enfermedad» que amenazaba con poner en serio riesgo la sana unidad del *Volk*, por lo que debía eliminarse cuanto antes, sin importar la intención que dicha idea o sus autores pudieran tener.

³³ GELLATELY, R., *La Gestapo y la sociedad alemana*, Paidós, Barcelona, 2002, p. 41.

³⁴ *Ibid.*, p. 69.

³⁵ La *Kristallnacht* supone quizás el mayor ejemplo de este tipo de justicia policial. Durante las noches que sacudieron Alemania del 9 al 11 de noviembre de 1938, la propia Gestapo actuó como cabecilla de operaciones tácticas en diversas regiones, además de permitir el linchamiento y la humillación públicos de miles de personas de origen judío a manos de enfervorizados fanáticos del nacionalsocialismo. Respecto a los casos de justicia popular, que contaban con el beneplácito de la policía, se observan en las vejaciones públicas que sufrían las mujeres que eran descubiertas manteniendo relaciones sexuales o sentimentales con judíos o extranjeros del Este, a las cuales se les rapaba el pelo y se las obligaba a desfilar con carteles ofensivos; o en los pogromos y el acoso sufrido por sectores victimizados de la sociedad, como los judíos, sometidos a abucheos y maltratos. En muchas ocasiones esta justicia popular resultaba más efectiva que los castigos habituales para aleccionar a la comunidad.

dad de ser delatado ante sus agentes bajo la sospecha del menor desvío. Entre sus métodos para obtener una confesión contaban con la intimidación, la extorsión, el chantaje, las amenazas, el lenguaje denigrante y despectivo, las torturas físicas y psicológicas o la prisión preventiva e indefinida. Si estos recursos resultaban insuficientes, no dudaban en acudir al engaño policial, los rumores y confidencias de los ciudadanos, los registros domiciliarios, el registro de pruebas falsas o, en casos extremos, llegar al eufemísticamente denominado «tratamiento especial» —es decir, la ejecución del prisionero—. Su brutalidad y la duración de sus interrogatorios, que podían prolongarse durante meses, no dejaban otra salida que firmar la declaración que ellos mismos habían redactado y asumir los cargos de los que uno era acusado. Incluso cuando el infractor era liberado podía ser sometido a un control tan exhaustivo y estricto que no resultaba excepcional que acabara optando por el suicidio, viendo en la muerte la única salida a la dominación a la que se veía sujeto. Conocida la desmedida violencia que empleaba para con sus enemigos, la Gestapo generó enseguida un clima de terror y temor tan extendido que incluso aquellos que no corrían en principio ningún riesgo llegaron a la conclusión de que, si era preciso, no dudarían en traicionarse mutuamente para sobrevivir.

Sin embargo, el aspecto más temible de la Gestapo es que tenía bajo su dominio el que posiblemente fuera el mayor instrumento de terror del régimen nacionalsocialista, una prerrogativa que era también empleada por la *Wehrmacht* y los *Einsatzgruppen* en los territorios conquistados del Este; un poder que por sí sólo hubiera sido capaz de tener atemorizada y subyugada a toda la población, sin necesidad de otro tipo de acompañamiento. Es lo que se conoció como el plan *Nacht und Nebel* —*Noche y Niebla*—. «Como su inquietante nombre indica, incitaba a apoderarse de las personas “que representaban un peligro para la seguridad de Alemania”, y a no ejecutarlas inmediatamente, sino hacerlas desaparecer sin dejar huella en la noche y en la niebla de lo desconocido, en alguna parte de Alemania. Ninguna información sobre su suerte debía ser transmitida a su familia, ni siquiera cuando —y siempre era éste el caso— se tratara sólo del lugar en que estaban enterradas»³⁶. En palabras del capitán general Wilhelm Keitel³⁷, toda agresión cometida contra el Estado alemán había de ser castigada con la muerte pues «si estas agresiones son castigadas con la cárcel, incluso con trabajos forzados a perpetuidad, se verá con ello un signo de debilidad. No se puede obtener un efecto de intimidación verdaderamente eficaz más que aplicando la pena de muerte o empleando medidas tales que ni sus padres, ni la población conozcan la suerte del criminal»³⁸. De una manera estrictamente oficial, la aplicación de este decreto estaba en manos del ejército alemán para hacer frente a

³⁶ SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Vol. II, Planeta (col. Booket), Barcelona, 2013, pp. 428-429.

³⁷ Mariscal de Campo alemán y comandante del *Oberkommando der Wehrmacht* (OKW, el «Alto Mando de la *Wehrmacht*»), Wilhelm Keitel se convirtió en el coordinador de las Fuerzas armadas alemanas durante la II Guerra Mundial. Tras firmar la rendición ante el Ejército Rojo el 9 de mayo de 1945, fue detenido cuatro días después por el ejército británico. En los Juicios de Núremberg, donde fue condenado a muerte, Keitel declaró que entre todos los crímenes de guerra que había realizado por orden de Hitler, el peor había sido la aplicación del Decreto *Nacht und Nebel*.

³⁸ SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Vol. II, p. 429.

los sabotadores y opositores de los territorios conquistados en Europa occidental y especialmente en las zonas del Este. No obstante, dado su contenido práctico, acababa constituyendo un recurso de fácil aplicación para los miembros de las SS y de la Gestapo, que podían valerse de esta práctica para hacer desaparecer a todo aquel con considerasen sospechoso sin tener que dar explicación alguna. El plan *Noche y Niebla* suponía el mecanismo de terror más mortífero de todo el III Reich en la medida que permitía de arrestar y ejecutar a cualquier individuo sin informar a nadie de su paradero; en este sentido, no sólo significaba la destrucción física de la persona, sino que también tenía por objetivo aniquilar la memoria, borrar su recuerdo dentro de la comunidad y de los seres que conoció, hacer como si nunca hubiera existido. Una erradicación capaz de poner un punto y final a la existencia de poblaciones enteras. El antiguo pueblo de Lidice es actualmente un solar arrasado después de que la *Wehrmacht*, en venganza por el atentado y muerte de Reinhard Heydrich, rodeara la pequeña localidad, quemase vivos a los hombres, trasladara a las mujeres a Ravensbrück, secuestrase a los niños, incendiara los edificios y dinamitase las ruinas; su homólogo francés Oradour-sur Glane, bajo la acusación de tener explosivos, corrió la misma suerte: sus habitantes fueron quemados vivos, los supervivientes, ametrallados y los hogares, graneros, granjas, iglesias, etc., destruidos. La noche y la niebla se cernieron para siempre sobre poblaciones como éstas y sobre otros millones de personas que compartieron durante el III Reich su mismo destino.

A pesar de esto, sigue siendo un mito demasiado arraigado la concepción de que toda la población de Alemania se veía coaccionada, sometida y atemorizada por igual. Lo cierto es que dentro de las fronteras del Reich, incluyendo los territorios que eran conquistados y anexionados, iban surgiendo distintas figuras de «enemigos objetivos de la nación», colectivos de personas o grupos étnicos que ponían en peligro el porvenir de la nueva Alemania y trataban de impedir la realización de las leyes del movimiento nacionalsocialista. Considerados como un «foco de infección» que amenazaba la salud del *Volk* alemán, el destino de estos «grupos victimizados» sólo podía ser dejar de formar parte de la *Volksgemeinschaft*, bien a través de su exilio, bien a través de su exterminio. De este modo, el terror totalitario del nazismo se comportaba de manera diferente según el sector al que se dirigiera: constante y casi omnipresente para algunos –como los judíos, comunistas o eslavos–, parcial e intermitente para otros –clérigos, personas descontentas con el régimen, etc. – y muy leve o casi inexistente para la gran mayoría de la población.

La Gestapo era plenamente consciente de que la mayor parte de la ciudadanía no suponía una amenaza para el Estado nazi, sino que debía concentrarse en la búsqueda y captura de grupos muy concretos, dejando intacto al resto de la sociedad. Atendiendo a este factor determinante, cabe afirmar que por lo que respecta al nacionalsocialismo tesis como la de Hannah Arendt quedan desactualizadas y requieren de una revisión. La verdad es que no todos los habitantes de la Alemania de Hitler estaban oprimidos con la misma tenacidad por el anillo de hierro del terror, sino que la ma-

yoría de la población apenas se vio afectado por esta lacra. William L. Shirer, en sus testimonios acerca del III Reich, lo relata de la siguiente forma:

La abrumadora mayoría de los alemanes parecían no estar preocupados en absoluto porque les hubiera sido arrebatada su libertad personal, porque tanto de su cultura hubiera sido destruido y reemplazado por una barbarie insensata, ni porque sus vidas y trabajos hubieran sido reglamentados hasta un grado jamás experimentado anteriormente ni siquiera por un pueblo acostumbrado durante generaciones a un elevado grado de reglamentación. En el fondo, a decir verdad, acechaba el terror de la Gestapo y el miedo al campo de concentración para aquellos que se salieran de la raya o que hubieran sido comunistas o socialistas, o demasiado liberales, o demasiado pacifistas, o que fueran judíos. [...] Sin embargo, el terror nazi en los primeros años afectaba a las vidas de pocos alemanes relativamente, y un observador recién llegado quedaba algo sorprendido al ver que la población de este país no parecía darse cuenta de que estaba siendo acobardada y oprimida por una dictadura brutal y sin escrúpulos. Al contrario, la apoyaban con un entusiasmo genuino. Algo los imbuía de una nueva esperanza, una nueva confianza y una asombrosa fe en el futuro de su nación.³⁹

Para comprender el terror que se desplegó en Alemania entre 1933 y 1945 debemos comprender su naturaleza selectiva y el tratamiento dual que ofreció a la población. El terror nazi no era un terror general, sino que sus fuerzas se dirigían prioritariamente hacia los enemigos políticos, sociales y raciales del régimen, mientras que las faltas por disconformidad o por desobediencia leve cometidas por alemanes podían quedar en una ligera amonestación, una pequeña reprimenda o incluso llegar a ser ignoradas. Si bien los grupos victimizados corrían un serio riesgo de caer en cualquier momento en las garras de la policía alemana, la Gestapo o la *Wehrmacht*, el ciudadano alemán corriente podía vivir relativamente tranquilo con tal de que no perteneciese ni se aproximase a ninguno de dichos grupos, eludiendo con ello la faceta más cruenta del terror totalitario. Aún así, no debe pensarse que el número de personas que padeció este tipo de terror resultó poco significativo. Baste hacer una lista de los colectivos clasificados como *Gemeinschaftsfremde* para poder percatarnos de ello: judíos, testigos de Jehová, clérigos, gitanos, gentes de color, homosexuales, eslavos, discapacitados físicos y psíquicos, enfermos crónicos, comunistas, socialistas, anarquistas, delincuentes comunes, vagabundos, borrachos, prostitutas y asociales. Posiblemente pueda quedar sin mencionar alguno de los grupos perseguidos pero, aun así, queda evidenciado que, a pesar de que el terror nazi dejó de lado en un primer momento a la mayoría de la población, siguió afectando a un porcentaje más que relevante de ésta.

Dentro de estos sectores de población que trataron de ser erradicados por el gobierno de Hitler, el primero de ellos fue la oposición política de izquierdas, en especial los comunistas. Como todo totalitarismo, una vez llegado al poder el nacionalsocialismo se encaminó primero hacia la destrucción de aquellos enemigos que desafiaban su ideología y que defendían un movimiento absolutamente

³⁹ *Ibid.*, p. 330.

incompatible con el suyo. Por ello, en los comienzos del III Reich, la Gestapo estuvo más interesada en perseguir a los adversarios políticos; tarea que se volvió más acuciante durante la II Guerra Mundial en los territorios conquistados del Este, como refleja la descripción deshumanizada y denigrante que se hace de la figura del bolchevique en los boletines distribuidos entre las tropas:

Todos aquellos que han mirado a la cara a un comisario rojo saben a qué se asemeja un bolchevique. No hay necesidad de expresiones teóricas. Sería un insulto a los animales presentar a estos hombres, que son en su mayoría judíos, como bestias. Ellos son la encarnación del odio satánico contra el conjunto de la humanidad noble. El aspecto de estos comisarios es el espejo de la revuelta de los infrahombres contra la nobleza de la sangre.⁴⁰

La Iglesia, tanto católica como protestante, fue también vista como un enemigo ideológico, en la medida que, a ojos de los nazis, pervertía el pensamiento, promovía la ignorancia y, sobre todo, volvía a la población contra la ideología nacionalsocialista al tener a Dios y Cristo como objetos de veneración en lugar de rendir culto al *Führer*. El clero no tardó en ser un nuevo objetivo de represión para asegurar su silencio y la fidelidad al régimen de sus feligreses, mientras que aquellos que osaban resistirse eran acusados de «promover la alta traición», «inmoralidad»⁴¹, «pederastia» o incluso «tráfico de divisas externas» y llevados a los campos de concentración. Destino similar sufrieron otros colectivos religiosos como los testigos de Jehová, que se negaron a rendir a Hitler el culto que reclamaba el Partido, o grupos étnicos como los gitanos, de los que se calcula que murieron entre 250.000 y 500.000. Entre los grupos contra los que los nazis desataron sus medidas más duras también figuran los «delincuentes reincidentes», los cuales, bajo el principio nacionalsocialista de determinismo biológico, eran vistos como criminales por naturaleza, por lo que debían tomarse medidas preventivas contra ellos, como la esterilización forzosa o el internamiento en los campos; los «asociales», aquellos cuyo modo de vida no estaba en consonancia con los nuevos ideales, como vagabundos, borrachos, prostitutas, portadores de enfermedades contagiosas, quienes eludían su trabajo, etc.; los «marginados sexuales», aquellos que tenían una modalidad sexual «desviada» que debía ser corregida para la protección de la raza aria, como eran para los nazis los homosexuales o las personas que mantenían relaciones interraciales; o las denominadas «*Lebensunwertes Leben*» –vidas indignas de ser vividas, o vidas que no vale la pena vivir–, como los minusválidos y discapacitados, muchos de los cuales fueron víctimas del programa de eutanasia conocido como *Aktion T-4*.

Los trabajadores extranjeros, que no eran sino trabajadores forzados –especialmente los procedentes del Este, en su mayoría polacos–, constituyeron también uno de los colectivos más discriminados por el nacionalsocialismo. A pesar de que en 1944 la mano de obra extranjera constituía un

⁴⁰ TRAVERSO, E., *A sangre y fuego*, Publicaciones de la Universitat de València, Valencia, 2009, p. 96.

⁴¹ La acusación de «inmoralidad» era una fórmula tabú con la que expresar el delito que constituía mantener relaciones homosexuales. Por supuesto, la mayoría de estas acusaciones hacia el clero resultaban falsas.

cuarto de la población activa de Alemania⁴², la situación de la mayoría se aproximaba a la de la esclavitud. Obligados a abandonar su país de origen y a reasentarse forzosamente en las diversas regiones del Reich, el objetivo de los nazis para estos trabajadores, a los que veían como subhombrés, era el «exterminio por el trabajo». A sus pésimas e insalubres condiciones de trabajo⁴³ se unían sus largas jornadas laborales, los maltratos, la falta de comida, el peligro de ser detenidos de improviso para su confinamiento en un campo de concentración, e incluso, en casos puntuales, el linchamiento y la ejecución públicas para aleccionar a extranjeros y a alemanes de que debían mantenerse alejados los unos de los otros.

Pero sin lugar a dudas fue sobre el pueblo judío donde el terror nazi dejó caer su furia con más intensidad. «Los judíos, considerados como la encarnación de la *Zivilisation*, grupo dirigente de la URSS, inspiradores del comunismo, antítesis viviente del *Lebensraum*, bacilo destructor de la raza aria, cerebro del movimiento comunista internacional, se hallaban en el corazón de una gigantesca guerra de conquista y devastación, tornándose así el catalizador de la violencia nazi»⁴⁴. Frente a la raza aria, definida por Hitler en *Mein Kampf* como garante de la cultura y «Prometeo de la humanidad», la raza judía significaba por contraposición la destructora de cultura, el «cáncer de la humanidad» que debía ser extirpado del mundo. Imbuidos con esta concepción, los nazis buscaron por todos los medios un III Reich *judenfrei*, libre de judíos. Tal y como revelan cada vez más las tesis funcionalistas, la *Shoah* no estuvo programada desde un comienzo, sino que al principio se buscó la expulsión de los judíos a través de boicots económicos, la arianización de la economía, su destitución de los puestos públicos y su marginación social, especialmente a través del establecimiento de las *Leyes de Núremberg*, que los acabó privando de su ciudadanía. La vida pública y privada de los judíos estuvo cada vez más restringida, provocando la disolución de cualquier relación con personas que antaño habían sido sus vecinos y amigos. Los delitos conocidos como «corrupción racial» fueron cada vez más severamente penados, castigados incluso con la pena capital. El mensaje lanzado por el NSDAP a la población era claro: evitar a los judíos en todas partes y bajo cualquier circunstancia. Los sucesos acontecidos durante el pogromo de la *Kristallnacht* no fueron sino un vaticinio de lo que estaba por venir: para mediados de 1940, y con la excusa de la II Guerra Mundial, se dictaminó que Alemania estaba lista para ejercer un nuevo tipo de violencia sobre los judíos: ya no bastaba su expulsión, enviarlos más allá de los Urales o a Madagascar; ahora era necesario su exterminio.

⁴² Más de 7.5 millones de personas, a las que deben añadirse más de dos millones de prisioneros de guerra del frente soviético.

⁴³ La mayoría de los varones se encargaba de tareas agrícolas o industriales, mientras que las mujeres eran destinadas a labores domésticas y, secundariamente, también a tareas agrícolas. En todo caso, los trabajadores extranjeros eran enviados a realizar las acciones más desagradables y más sacrificadas.

⁴⁴ TRAVERSO, E., *La violencia nazi*, FCE, Buenos Aires, 2002, p. 168.

La política del terror nazi, no obstante, no podría haber llegado a obtener todo su alcance a través del empleo único y exclusivo de sus organismos e instituciones propias. Para alcanzar toda su inmensidad y llegar a todos los recovecos de la sociedad necesitó de un factor más, que se tornó indispensable para su dominación: la cooperación pública. En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt otorga una gran preponderancia a la policía secreta, a la que define como «núcleo de poder» de la nación totalitaria:

La atención otorgada a la policía como órgano exclusivo de poder y el correspondiente desdén por el aparente gran arsenal de poder del ejército, que resultan característicos de todos los regímenes totalitarios, pueden ser parcialmente explicados por la aspiración totalitaria a una dominación mundial y su consciente abolición de la distinción entre un país extranjero y el país propio, entre los asuntos exteriores y los internos. [...] Como el dirigente totalitario conduce su política sobre la presunción de un eventual gobierno mundial, trata a las víctimas de su agresión como si fueran rebeldes, culpables de alta traición y, en consecuencia, prefiere dominar los territorios ocupados con la policía y no con fuerzas militares.⁴⁵

Sin embargo, en el caso del nacionalsocialismo, la afirmación de que la policía, sin la mención de cualquier otro elemento de apoyo, pueda llegar a ejercer una dominación plena sobre los territorios conquistados se convierte en una verdad a medias. Por un lado, resulta obvio que la Gestapo se erigía como el instrumento principal del terror y el sometimiento totalitarios, pero su actuación nunca hubiera logrado tanto protagonismo de no verse apoyado por los ciudadanos de a pie. La verdad sobre la Gestapo es que su poder no era tan grande como muchas veces se ha pretendido. A través de sus métodos y sus actuaciones, unido a la ayuda que recibió por parte de la población, la policía secreta alemana adquirió una fama de omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia que precedía a todas sus intervenciones; un poder que *de facto* estuvo muy lejos de obtener, pero su reputación de eficacia estaba tan extendida que inspiró a la nación alemana un miedo semejante al que hubiera generado de disponer de los medios que se le presuponían. Fue su control a través del miedo, aupado por los rumores y las leyendas que circulaban sobre ella, lo que le permitió a la Gestapo mantener su prestigio hasta el final. Las recientes investigaciones han desmitificado este aparato del terror nazi revelando que la Gestapo tenía unos recursos muy limitados para poder controlar a todos los habitantes del III Reich, y que los miembros que la componían no dejaban de ser hombres corrientes. Su ratio u horquilla de actuación descubre que había un agente de la policía secreta por cada 7.500 o 15.000, en función de la ciudad⁴⁶, dato a partir del cual se obtienen dos conclusiones: de un lado, que no fueron necesarios muchos oficiales de la Gestapo para controlar a toda la población alemana; de otro, que evidentemente se valió de una ayuda externa para ejercer su dominación.

⁴⁵ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 568.

⁴⁶ Cifras que no tienen en cuenta la presencia de trabajadores extranjeros, que no constaban en los censos de población, y que tampoco reflejan la existencia de zonas rurales donde la Gestapo no tenía ninguna jefatura. Estas cifras tampoco muestran que no todos los oficiales de la Gestapo se dedicaban al espionaje o a labores propiamente policiales, sino que un número muy significativo de ellos se dedicaba a labores puramente administrativas.

El papel desempeñado por los individuos normales y corrientes se tornó clave en la creación y mantenimiento del terror nazi. «Si bien es cierto que la dirección del Partido Nazi en Berlín puso en marcha y definió la política de terror, su ejecución y efectividad dependían de la decisión voluntaria y actuaciones concretas de los ciudadanos alemanes individuales»⁴⁷. Al igual que la Gestapo no era ubicua y su control sobre el individuo tampoco era por sí solo total, también es cierto que la mayor parte de los ciudadanos acabaron acomodándose al régimen hasta el punto de que algunos usaron en su propio beneficio los medios represivos que éste había puesto a su disposición. Ya fuera llevados por un profundo sentir patriótico, por la posibilidad de una ganancia económica o para dirimir – como ocurría en muchos casos – problemas personales con conocidos o familiares, no pocos se prestaron voluntarios para mantener informada a la Gestapo de las actividades ilícitas que observaran en su comunidad, generando con ello un clima omnipresente de sospecha donde «un vecino se convierte en un enemigo más mortal que los agentes policiales oficialmente designados»⁴⁸.

La denuncia se convirtió en el principal medio a través del cual la población alemana robusteció y jugó un papel fundamental en el aparato de terror nazi. Gracias al corpus de leyes y regulaciones promulgadas por el estado policial nazi, proliferaron las acusaciones entre personas que bien podían ser perfectos desconocidos o bien podían vivir puerta con puerta. La denuncia era contemplada como el vehículo a través del cual el ciudadano medio podía contactar con la autoridad del *Führer*, mostrándole su lealtad al sistema. Este tipo de delación permitía a la Gestapo introducirse en la esfera privada de los individuos, por lo que el Partido Nazi invitaba a todo el colectivo de la población a presentar denuncias independientemente del motivo, prefiriendo el exceso al defecto, a la vez que suponía una especie de acuerdo implícito para quienes lo hacían por motivos puramente personales: ellos hacían un favor al Estado suministrándole información y el Estado se lo devolvía eliminando el problema que tuviese. Cualquiera podía convertirse en un espía para el III Reich y cualquiera era susceptible de ser denunciado ante la Gestapo. Un aspecto que fue mencionado por Arendt pero al que no otorgó la suficiente relevancia a lo largo de su obra.

La sospecha mutua [...] cala todas las relaciones sociales en los países totalitarios y crea una atmósfera omnipenetrante al margen de la esfera especial de la policía secreta. En los regímenes totalitarios, la provocación, antaño especialidad del agente secreto, se convierte en un método de tratar con el vecino, que se ve forzado a utilizar todo el mundo, voluntaria o involuntariamente. Todo el mundo, de alguna forma, es el *agent provocateur* de todo el mundo [...] La colaboración de la población en la denuncia de los adversarios políticos y la prestación de servicio voluntario como agente provocador no carecen ciertamente de precedentes, pero en los países totalitarios se hallan tan bien organizadas que el trabajo de los especialistas es casi superfluo. En un sistema de espionaje ubicuo, donde todo el mundo puede ser un agente de policía y donde cada individuo se siente sometido constantemente a vigilancia; bajo circunstan-

⁴⁷ JOHNSON, E.A., *El terror nazi*, Paidós, Barcelona, 2002, p. 50.

⁴⁸ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 570.

cias, además, en las que las carreras profesionales son extremadamente inseguras y los ascensos y caídas más espectaculares son sucesos cotidianos, cada palabra se torna equívoca y queda sometida a una interpretación retrospectiva.⁴⁹

Evidentemente, la Gestapo era consciente de que esta facilidad para delatar a cualquier ciudadano suponía un incremento del número de denuncias falsas, al tiempo que tenía constancia de que la mayor parte de las acusaciones provenían de resentimientos personales, enemistades, aversiones, etc. La mayor parte de sus recursos estaban destinados a la lucha contra los grandes enemigos de la nación, ante los cuales la policía secreta no necesitaba por lo general la ayuda de los ciudadanos —y en caso de necesitarla aplicaba un juicioso y selectivo criterio para elegir a sus informantes—, sino que tenía sus propias medidas proactivas de actuación. Desde este punto de vista, las denuncias por parte de la población desempeñaban una doble función: primero, demostraba la lealtad al sistema que tenía el pueblo alemán; y segundo, y más importante, servían para que la propia población se autocontrolase a sí misma, mantenía a raya a los alemanes corrientes bajo el temor de que cualquier actuación que realizasen fuera de la norma podía caer en conocimiento de la Gestapo. La posibilidad de la denuncia daba origen a que fuesen los mismos ciudadanos quienes se controlaran a sí mismos. Un comportamiento que William Shirer pudo observar durante su estancia en Alemania:

Nadie, a no ser un loco, decía o hacía nada que pudiera interpretarse como «antinazi» sin tomar antes sus precauciones de que no iba a ser registrado por micrófonos ocultos del SD u oído por un agente de ese mismo servicio. Su propio hijo, o su propio padre, o su esposa, o su primo, o su mejor amigo, o su patrono, o su secretario, podía ser un confidente de la organización de Heydrich; uno nunca estaba seguro, y si era prudente, había que suponer siempre lo peor.⁵⁰

Ahora bien, cuando decimos que la población alemana cooperó con el régimen nazi, ello no significa que todos los ciudadanos se prestasen a presentar denuncias contra sus semejantes. Existió también otro tipo de participación que mantuvo en auge al gobierno nacionalsocialista: la colaboración pasiva. La mayoría de alemanes no participó en los crímenes del nazismo movidos por un deseo voluntario de dañar al prójimo, sino por una mezcla de cobardía, apatía y obediencia a la autoridad. Como recoge Salvador Giner, «en ciertas circunstancias la pasividad y la indiferencia de muchos ciudadanos entraña colaborar con la injusticia. Las víctimas del terror no son solamente las que sufren trabajos forzados o tormentos, sino la población acobardada y sumisa que no planta cara a los energúmenos. La infausta victoria del terror político se ejerce sobre todo el pueblo a través de la transformación de la gente en masa adocenada»⁵¹. Desde la comodidad que suponía no pertenecer a

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 580-581. A pesar de que, por lo dicho en las últimas líneas, Arendt parece tener más en mente el estalinismo que el nacionalsocialismo, sus reflexiones sobre el clima de sospecha y la colaboración de la población pueden aplicarse sin problemas al régimen de Hitler.

⁵⁰ SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Vol. I, pp. 388-389.

⁵¹ GINER, S., «La filosofía moral de Hannah Arendt», Prólogo a ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 21.

ninguno de los grupos victimizados, la mayoría de la población adquirió cierto grado de despreocupación moral por lo que pudiera ocurrirles a quienes sí eran perseguidos. Permaneciendo en silencio, contemplaban las deportaciones de judíos, la detención de los opositores políticos y simplemente no hicieron nada. Desde su posición relativamente cómoda prefirieron evitar cualquier tipo de peligro. Pasó a convertirse en norma general lo narrado por un opositor del nazismo, que «cuando regresaba a casa después de asistir a una representación teatral, se encontró con un colega que no tenía nada de nazi, y se dio cuenta de que llevaba una discreta insignia con una esvástica. ¿Por qué?, le preguntó. “Bueno, ¿por qué no? Prefiero evitar riesgos»⁵².

2.2. IDEOLOGÍA: LA NUEVA CONCIENCIA DE LA SOCIEDAD

A pesar de todos sus esfuerzos, la sola aplicación del terror total no basta para conseguir la meta de dominación plena que pretenden los regímenes totalitarios. Puede eliminar el espacio de libertad entre los hombres, pero no los conduce hacia ninguna parte ni inspira acción alguna; sólo estatiza al individuo. El totalitarismo se ve forzado entonces a buscar otro elemento que permita la movilización de las masas. «Lo que la dominación totalitaria necesita para guiar el comportamiento de sus súbditos es una preparación que les haga igualmente aptos para el papel de ejecutor como para el papel de víctima. Esta doble preparación, sustitutivo de un principio de acción, es la ideología»⁵³.

En términos arendtianos, la ideología se entiende como la lógica o el despliegue de una idea, que pretende haber encontrado la clave explicativa de toda la realidad deduciéndola de una sola premisa, sin necesidad de una ulterior contrastación efectiva; absolutamente todos los misterios del mundo y de la vida pueden ser esclarecidos bajo su óptica.

Su objeto es la historia, a la que es aplicada la «idea»; el resultado de esta aplicación no es un cuerpo de declaraciones acerca de algo que es, sino el despliegue de un proceso que se halla en constante cambio. La ideología trata el curso de los acontecimientos como si siguieran la misma «ley» que la exposición lógica de su «idea». Las ideologías pretenden conocer los misterios de todo el proceso histórico —los secretos del pasado, las complejidades del presente, las incertidumbres del futuro— merced a la lógica inherente a sus respectivas ideas.⁵⁴

Por lo tanto, se convierten también en el motor que dirige la acción política. Dentro del nacionalsocialismo, el antisemitismo se convierte en ideología en la medida que trata de explicar todo el

⁵² KOONZ, C., *La conciencia nazi*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 96.

⁵³ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 627.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 628.

curso de la Historia como una lucha de razas, en la que una conspiración judía internacional ha impedido el desarrollo pleno de la «verdadera Humanidad», la raza aria. El racismo consustancial a la ideología nazi no deja de ser así «la creencia de que existe un movimiento inherente a la misma idea de raza»⁵⁵.

La ideología obliga a todos los sujetos a marchar al paso que dicta el movimiento, penetrando en su mentalidad y haciéndoles ver que su vida y su muerte dependen de las acciones políticas. Una ideología que se mantiene rígida e inamovible y que el líder del movimiento lleva hasta sus últimas consecuencias.

Un estricto logicismo como inspirador de la acción permea toda la estructura de los movimientos totalitarios y los gobiernos totalitarios. El argumento más persuasivo, del que Hitler y Stalin eran igualmente entusiastas, es la insistencia en que quienquiera que diga *A* debe también decir necesariamente *B* y *C*, para acabar finalmente en la *Z*. Todo lo que se interponga en el camino de esta forma de razonar —la realidad, la experiencia, la trama cotidiana de relaciones e interdependencia humanas— es declarado impropio.⁵⁶

El peligro de la ideología es que trata de transformar el mundo que le rodea a imagen y semejanza de la ficción que ha concebido, poniendo en juego la propia realidad común y objetiva. Difumina las fronteras entre la verdad y la falsedad, tratando no ya de interpretar los hechos y acontecimientos que tuvieron lugar en el pasado, sino cambiándolos por unos nuevos. Igualmente, manipula todos los hechos presentes para que se muestren como fruto de una deducción lógica de esas leyes que rigen el curso de la Historia. Desde este punto de vista, destacan las reflexiones recogidas por Peter Fritzsche acerca del espacio audiovisual en el nazismo:

El III Reich se representaba como una película para que el régimen eliminara «las fronteras entre la realidad y la ficción». El Tercer Reich era «cinematográfico» en la medida en que los nazis querían que el pueblo alemán entendiera los acontecimientos que se estaban produciendo como hechos que entraban en el orden de la gran historia cuando escuchaban las transmisiones en la radio, veían las formaciones y las marchas en el cine y tomaban fotografías de su propia participación en la construcción de la comunidad del pueblo. El objetivo era conseguir que los espectadores adoptaran el punto de vista privilegiado de la cámara, desde el cual todo adquiriría tintes heroicos. Percibir la realidad como historia lista para ser filmada o fotografiada.⁵⁷

Lo verdadero y lo falso dejan de ser cuestiones objetivas para pasar a ser cuestiones de poder. Una vez que la realidad cotidiana se ha convertido en pura ficción ideológica, el líder totalitario tiene vía libre para realizar todas las acciones que crea convenientes, al amparo de las leyes del mo-

⁵⁵ *Ibid.*, p. 629.

⁵⁶ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», pp. 427-428.

⁵⁷ FRITZSCHE, P., *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 70-71.

vimiento. Tal y como señala Hannah Arendt, este punto se vuelve crucial en la medida que conecta la ideología con el régimen del terror:

Este arrogante emanciparse de la realidad y de la experiencia presagia, más que cualquier contenido efectivo, la conexión entre ideología y terror. Esta conexión no sólo hace del terror una característica omniabarcante del gobierno totalitario, en el sentido de que se dirige por igual contra todos los miembros de la población sin importar su culpabilidad o inocencia, sino que es también la condición misma de su permanencia. El pensamiento ideológico, en la medida en que es independiente de la realidad que existe, mira toda facticidad como siendo fabricada, con lo que desconoce ya todo criterio fiable para distinguir la verdad de la falsedad. [...] La cuestión radica en que la coherencia ideológica, que reduce todas las cosas a un solo factor que lo domina todo, entra siempre en conflicto con la incoherencia del mundo, por una parte, y con la impredecibilidad de las acciones humanas, por la otra. El terror es necesario para prestar coherencia al mundo y mantenerlo coherente; para dominar a los seres humanos hasta ese extremo en que ellos pierden, con su espontaneidad, también la impredecibilidad de pensamiento y de acción que es específica del hombre.⁵⁸

Esto no quiere decir, sin embargo, que el Partido Nacionalsocialista se lanzara de forma salvaje y fanática a implantar por la fuerza su ideología sobre la nación alemana; por el contrario, estuvieron más atentos que cualquier otro partido a la realidad política y social de su entorno, y sus campañas, aunque racistas y partidarias de un fuerte autoritarismo, atendían siempre a la sociedad, la historia y la tradición germanas. Entre otros muchos factores, una de las claves para comprender el éxito que alcanzaron los nazis reside en su habilidad para canalizar los sentimientos de la población y de contactar con el ciudadano de a pie, no restringiéndose a un colectivo del pueblo particular sino abriéndose y recibiendo entre sus filas a miembros de todas las clases sociales⁵⁹. Aparte de sus populares mítines –los cuales, al contrario que muchos de sus adversarios políticos, no eran celebrados en lujosos hoteles, sino en pabellones, salas de congresos, etc., con el objeto de acercarse al obrero y al trabajador medio–, las asambleas de barrio, sus actos de beneficencia o la embaucadora oratoria de Adolf Hitler, el Partido Nazi supo conectar y empatizar con el desánimo de la población, originado por la crisis que afectaba al país en todos los niveles. Gran parte de la población veía la República de Weimar como un caos político y social, marcada por la inestabilidad económica, el ocaso cultural y el recuerdo imborrable de una dolorosa derrota en la guerra seguido de un humillante tratado de paz. Los nazis aprovecharon para fomentar el cliché de inactivismo político que caracterizaba al parlamentarismo alemán –crítica que ya recogía Carl Schmitt en 1927 en *El concepto de lo político*–, al tiempo que Hitler se presentaba como el líder fuerte capaz de acabar con el «cáncer de la democracia» y el liberalismo político e instaurar de manera férrea la supremacía del Estado, prome-

⁵⁸ ARENDT, H., «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión», pp. 421-422.

⁵⁹ Es cierto que el nacionalsocialismo ensalzaba la figura del trabajador, tanto industrial como agrícola, pero ello no quiere decir que restringiese el acceso a otras clases sociales. Personas pertenecientes tanto a la burguesía industrial como al comercio, terratenientes, aristócratas, intelectuales, etc. se vieron fuertemente atraídos e ingresaron también en el movimiento nacionalsocialista.

tiendo devolver a Alemania al lugar que le correspondía. El desorden, la situación social, las altas cifras de desempleo y la sensación generalizada de haberse producido un retroceso en los valores morales, hacían que el pueblo viese con desprecio a los políticos de Weimar; desde esta perspectiva, al contemplar el fracaso que había supuesto la democracia, no les resultó muy difícil alejarse de ella y apostar por un modelo de gobierno declarado abiertamente autoritario.

El III Reich se presentó como una nueva era ante una población necesitada de estabilidad política y económica. Recogiendo el «mito de la comunidad nacional», creado en agosto de 1914 a raíz del estallido de la *Gran Guerra*, 1933 restauraba la promesa de una unión alemana y dejaba atrás la decadencia de Weimar y la vergüenza sufrida en 1918. Los nazis supieron recoger el espíritu del pasado pero mirando en esta ocasión hacia el futuro. No se trataba de recuperar los tiempos de los antiguos *Kaiser* o de Bismarck, sino de abrir una nueva época para la nación. Convencieron a la población de que la nueva Alemania era el sujeto fundamental de la historia y que el nacionalsocialismo constituía la culminación de un proceso de movilización sin precedentes que se había iniciado casi veinte años atrás, sólo paralizado temporalmente a través de la «puñalada por la espalda» sufrida a manos de los grupos socialistas y de los judíos. Fue la creencia generalizada de que Hitler y los suyos tenían razón a la hora de referirse a la historia, y de que repararían los agravios causados a Alemania, lo que hizo que la población se sintiera identificada con el III Reich, omitiendo en su valoración los crímenes que realizaban, vistos como el cumplimiento de un mal necesario que permitiría recuperar un próspero futuro. El Partido Nazi no sólo se presentó como el «partido del pueblo» sino que además transmitía un mensaje de dinamismo y movimiento, la sensación de una energía infatigable y de una fuerza que harían resurgir a Alemania de su letargo; al amparo de Hitler, el «Deutschland Erwache!» –¡Despierta Alemania!– recorría las calles.

El atractivo de los nazis descansaba en su visión de la nación, no como una Alemania en guerra, la recuperación de un II Reich o el regreso de una República de Weimar, sino basada en términos de *Volk*; un enfoque «que correspondía tanto con el nacionalismo popular de la clase media como con las sensibilidades socialistas de los trabajadores y que dejaba lugar tanto para los deseos individuales de movilidad social como para los reclamos colectivos de igualdad social»⁶⁰. En definitiva, lograron encarnar un deseo de renovación social que no habían sabido satisfacer ni la Alemania del *Kaiser* ni la República de Weimar.

Los nacionalsocialistas cautivaron la imaginación política de casi uno de cada dos votantes, porque desafiaron el legado autoritario del imperio, rechazaron la visión basada en la división de clases de la socialdemocracia y los comunistas, y honraron la solidaridad a la par que sostuvieron el chauvinismo de la nación en guerra. Trenzaron así hábilmente las hebras de la izquierda y la derecha políticas, sin ser leales a los preceptos de ninguno de los dos bandos. Movilizando enormes energías y profundas expectativas de

⁶⁰ FRITZSCHE, P., *De alemanes a nazis*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2012, p. 205.

un nuevo comienzo, imaginando la nación como un nuevo cuerpo ferozmente nacionalsocialista, capaz y dispuesto a ensangrentar las calles para realizar sus metas, los nazis tomaron el poder en enero de 1933, en lo que equivalió a una auténtica revolución nacional.⁶¹

En la medida en que la noción de *Volk* resultaba esencial para comprender la nueva comunidad que se pretendía establecer en Alemania, el concepto de raza se convertía en piedra angular de la ideología nacionalsocialista. Para Hitler el Estado no era más que un medio a través del cual alcanzar la conservación de la raza, de manera que el pilar sobre el que se basaba el movimiento nacionalsocialista no era en absoluto la idea de Estado sino en la idea de una *Volksgemeinschaft* cerrada: una *comunidad del pueblo* fundamentada sobre criterios raciales que abogaba por una igualdad natural de todos los alemanes, en tanto que arios, y que los distinguía del resto de pueblos. La idea de la *Volksgemeinschaft* no fue una idea original del nazismo, pero éste supo llevarla a su conclusión más radical, consiguiendo que la gente identificara sus expectativas y su destino individual con las expectativas y el destino de la comunidad. El pueblo se situaba por encima del individuo, pudiendo reclamar de él lo que necesitase, desde su cuerpo –para el mantenimiento de la raza– hasta el sacrificio de su propia vida. Del mismo modo, si la comunidad se encontraba en peligro, la persona individual también lo estaba, una idea que los nazis supieron explotar con vistas a fomentar el conflicto con aquellas naciones o enemigos que, para ellos, desafiaban a Alemania.

Por otra parte, la idea de *Volksgemeinschaft* apelaba a una «purificación» moral de la ciudadanía; en la medida en que se basaba en los principios de pureza y homogeneidad, implicaba la expulsión de todos aquellos «elementos no deseados» o «enemigos de la raza». Ello dio origen a lo que Claudia Koonz ha definido como la «conciencia nazi», es decir, «una conducta colectiva secular que hacía extensible la reciprocidad sólo a los miembros de la comunidad aria, definida de acuerdo a lo que, según los científicos raciales, eran los conocimientos más avanzados de su tiempo»⁶². La comunidad del pueblo pasó a estar guiada por la ciencia moderna, y a partir de este tipo de conciencia que generó, apoyado por el ideario racista que Hitler había expresado en *Mein Kampf*, los nazis excluyeron de la esfera moral a colectivos enteros de seres humanos que, a su modo de ver, se habían transformado en un peligro para la salubridad del *Volk*. Este *Volk* era concebido por la conciencia nazi como un organismo vivo, marcado por todas sus etapas –nacimiento, crecimiento, declive y muerte–, de modo que no sólo las necesidades colectivas se anteponían a las individuales, sino que también quedaba justificada toda agresión contra cualquier elemento perturbador que impidiera su correcto desarrollo. Ello incluía no sólo a potencias extranjeras, sino también a ciudadanos dentro de la propia nación, a los que podían arrebatárseles sus derechos y su protección legal y apartarles de la comunidad, tal y como ocurrió paradigmáticamente en el caso de los judíos. El bienestar de la

⁶¹ *Ibid.*, p. 209.

⁶² KOONZ, C., *La conciencia nazi*, p. 23.

comunidad étnica alemana se convirtió en el punto de partida del razonamiento moral en el III Reich y su lección principal quedó perfectamente clara: una *Volksgemeinschaft* sana debe librarse de sus elementos más débiles y «defectuosos», que minan la fuerza del *Volk*; los ajenos a la raza aria se encuentran fuera del horizonte de las obligaciones morales. El objetivo último era la creación de un «nosotros sin ellos», inculcar a la sociedad la visión excluyente un *unter uns* puramente ario.

Para poder infundir esta *Weltanschauung* en la mente de los ciudadanos y grabar a fuego la esvástica en sus corazones, el nacionalsocialismo recurrió a los dos grandes instrumentos ideológicos de todo régimen totalitario: el adoctrinamiento y la propaganda. Los nazis, que se habían descrito como un movimiento de regeneración, dedicaron desde el principio una gran atención a la formación y a la conducta de la población, en especial de los más jóvenes. Las Juventudes Hitlerianas, cuyo servicio se hizo obligatorio a partir de 1939⁶³, proporcionaban una instrucción política de acuerdo a los fines de Hitler. La educación en el III Reich se dirigió, como el *Führer* había reafirmado en *Mein Kampf*, a «convencer y luego arrastrar a la juventud al servicio de un “nuevo Estado nacional”»⁶⁴. En este sentido, los nazis se guiaban por el principio según el cual quien tenía a la juventud tenía también el futuro, un mensaje expresado por Hitler en su discurso del 6 de noviembre de 1933: «Cuando un opositor dice: “No me acercaré a vosotros”, yo le respondo sin inmutarme: “Tu hijo ya nos pertenece... Tú pasarás. Sin embargo, tus descendientes ya se significan en el nuevo campamento. Pronto no conocerán más que esta comunidad nueva»⁶⁵.

Las universidades y los centros escolares de Alemania fueron rápidamente nazificados, buscando poner fin a la «cultura decadente» de la era anterior, al individualismo y a la competitividad entre los camaradas étnicos. Lo que estaba en juego no era el destino del sujeto individual sino de toda la nación, de modo que el *Volk* debía permanecer unido contra el peligro racial se cernía sobre él. Los libros y los contenidos pedagógicos fueron modificados para introducir la enseñanza de las, así denominadas, «ciencias alemanas»⁶⁶, caracterizadas por un potente contenido racista –especialmente antisemita– recubierto por informaciones «objetivas» y un lenguaje neutro propio de la ciencia. Las materias se orientaban a exaltar el predominio de la *Volksgemeinschaft* alemana, la importancia de la conquista del *Lebensraum* y la superioridad de la raza aria, apuntando a la raza judía como origen de todos los males. Las lecciones de historia fueron adulteradas mostrando como legítimas las pre-

⁶³ La pertenencia a las Juventudes Hitlerianas se prolongaba desde los 6 a los 18 años de edad, dividiéndose en diferentes etapas y realizando una larga serie de actividades, excursiones y prácticas en campamentos con los que adquirir una determinada formación ideológica. Los varones, a los que se instaba a potenciar el ejercicio físico, eran finalmente destinados a la práctica del Servicio de Trabajo –en el que adquirirían madurez para su posterior rol en la sociedad– y después pasaban a servir en las fuerzas armadas. Por su parte, las mujeres recibían una educación similar a la de los hombres, pero recalcando su papel pasivo dentro de la comunidad, preparándolas para su papel de madres, amas de casa, etc.

⁶⁴ SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Vol. I, p. 354.

⁶⁵ KOONZ, C., *La conciencia nazi*, p. 157.

⁶⁶ Todos los contenidos científicos fueron purgados de las contribuciones realizadas por los «enemigos de la nación», especialmente de las investigaciones realizadas por personas de origen judío. Debía impartirse una «física alemana», una «química alemana», «matemáticas alemanas», etc.

tensiones de Mussolini sobre Etiopía o subrayando como la cultura grecolatina no era sino un producto del genio cultural ario⁶⁷. Las bibliotecas fueron limpiadas de autores judíos y de cualquier publicación que tratara favorablemente a grupos extranjeros. En las enseñanzas superiores se introdujo el *numerus clausus*, restringiendo el número de estudiantes judíos a los que se les debía permitir estudiar y preludiando con ello su expulsión de la universidad. Por último, los profesores —desde la educación básica hasta los catedráticos— se convirtieron en un factor imprescindible para dar forma al «cuerpo y alma» de los futuros miembros de la comunidad alemana. Considerados como «ejecutores de la voluntad del Estado», todo el personal docente estaba obligado a afiliarse a la Sociedad de Maestros Nacionalsocialistas, responsable de la coordinación ideológica y política de los jóvenes. Los profesores debían mostrar su compromiso con los principios del nacionalsocialismo, en especial con la visión de la naturaleza en términos de raza y lucha, la creencia en la superioridad aria y el carácter comunitario anclado en las nociones de *Volk* y veneración al *Führer*. Para fortalecer su vinculación con el régimen eran enviados a escuelas especiales donde reforzaban su convicción ideológica y eran imbuidos en las doctrinas raciales. Todo profesor que se negara a este sometimiento quedaba expulsado del ámbito de la educación y pasaba a ser considerado un individuo sospechoso de atentar contra el régimen. Las escuelas públicas quedaron así bajo el tenaz mando del ministerio de Educación. El objetivo último del aprendizaje consistía en enseñar a los jóvenes a amar al prójimo ario y expulsar al extraño. En 1933 el ministro del Interior alemán, Wilhelm Frick declaraba: «La obligación principal de la escuela es educar a la juventud al servicio del *Volk* e inculcar en ella el espíritu del nacionalsocialismo»⁶⁸. El mandato moral y doctrinario enviado a los jóvenes quedaba bastante claro: «honrar al *Führer*, apartar a los extranjeros, sacrificarse por el *Volk* y dar la bienvenida a los retos»⁶⁹.

El segundo elemento con el que se buscó ideologizar a la población fue a través del uso de la propaganda. Hannah Arendt describía la propaganda como uno de los principales instrumentos del totalitarismo, pero curiosamente lo vinculaba no a la ideología sino al terror, considerándolos dos caras de una misma moneda. Para la autora de *Los orígenes del totalitarismo*, la propaganda precede al dominio total, de manera que el terror necesita de ella «únicamente cuando se pretende que

⁶⁷ Usualmente se ha presentado a la cultura nazi como una cultura que tuvo una inspiración casi exclusiva del legado griego. Sin embargo, investigaciones como la de Johann Chapoutot en *El nacionalsocialismo y la Antigüedad* reflejan también la influencia que tuvo Roma a la hora de formar el ideario doctrinario nacionalsocialista. Ante la larga sombra que Grecia y Roma generaron sobre el resto de sociedades de la época, los historiadores nazis acabaron sosteniendo que los fundadores de ambas civilizaciones habían sido personas arias emigradas de las zonas de Alemania y los países escandinavos. Respecto a Roma, ante la mezcla racial que se produjo sobre todo en la época imperial, se estableció que debía hacerse hincapié únicamente en el período donde el «genio ario» se había manifestado con más potencia, entre los años 100 a.C. y 100 d.C., en figuras de «sangre nórdica pura» como de César, Augusto, Cicerón, Sila, Catón, etc. Por otro lado, la influencia de Roma se hizo especialmente notoria en la arquitectura, sobre todo de la mano de Albert Speer, quien trató de dar a las construcciones del III Reich la misma pervivencia en el tiempo que las edificaciones de la época imperial y dotarlas de un colosalismo todavía mayor.

⁶⁸ KOONZ, C., *La conciencia nazi*, p. 159.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 189.

coaccione no sólo desde fuera, sino también desde dentro, cuando el régimen político desea algo más que el poder»⁷⁰. Para Arendt, allí donde el totalitarismo ha conseguido un control absoluto la propaganda queda sustituida por el adoctrinamiento; mientras la propaganda se dirige hacia una esfera externa, hacia el mundo no-totalitario, el adoctrinamiento se encamina hacia una esfera interna, a aquellos que ya se han introducido en la ideología del movimiento. Efectúa por lo tanto una distinción entre «la doctrina ideológica para los iniciados en el movimiento, que ya no necesitan de la propaganda, y la pura propaganda para el mundo exterior»⁷¹. Con ello, Arendt parece subestimar el papel que juega la propaganda dentro de un gobierno totalitario. Evidentemente, antes de 1939, el III Reich utilizó herramientas propagandísticas con las que limpiar su imagen ante el resto de países; los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 conforman el ejemplo paradigmático de ello⁷². Sin embargo, no cabe ninguna duda de que la mayor parte de la propaganda del régimen se dirigía a los propios ciudadanos, concienciándoles día a día para dar su beneplácito al gobierno de Hitler. Allá donde mirasen los ciudadanos, allá donde posaran su oído, encontraban algún elemento que subrepticamente les iba inculcando las ideas de prosperidad del régimen, el progreso logrado de la mano del *Führer* y el privilegio que suponía la pertenencia al nuevo *Volk* alemán. La propaganda reforzaba diariamente y con vehemente fuerza el mensaje ideológico del nacionalsocialismo; si en algún momento el convencimiento del individuo flaqueaba, toda la maquinaria propagandística lo volvería a reencauzar de manera casi inmediata. Joseph Goebbels, el célebre ministro de Propaganda, lo había dejado bastante claro en su diario: «La mejor propaganda es la que opera de manera invisible, penetra en todos los aspectos de la vida sin que la gente se dé cuenta de la iniciativa propagandística»⁷³.

Las técnicas de propaganda nacionalsocialistas resultaron de lo más diversas y se dirigieron a todos los ámbitos de la sociedad.

Los logotipos con la esvástica decoraban banderolas, insignias, cadenas de reloj, botas, amuletos, placas, sujetalibros. Los fabricantes de cigarrillos [...] introdujeron nuevas marcas como Kommando, Alarma, Nuevo Frente, Tambor, Camaradería. [...] Con las cajetillas regalaban fotografías de Hitler y sus camaradas, y quienes las coleccionaban se las intercambiaban como si de cromos de fútbol se tratase. Los artesanos más habilidosos transformaban las insignias comunistas que no se vendían en esvásticas que la gente compraba en los estancos.⁷⁴

⁷⁰ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 475.

⁷¹ *Ibid.*, p. 477.

⁷² Durante los Juegos Olímpicos de 1936, el gobierno de Hitler limpió las calles de vagabundos y cualquier otro elemento considerado «asocial» y suspendió cautelarmente las medidas contra los judíos. Durante este período, se prohibieron los carteles antisemitas y se frenó el boicot a los comercios judíos. El resultado fue que muchos de los turistas que visitaron Alemania volvieron con la impresión de que los rumores raciales que corrían acerca de Partido Nacional-socialista no habían sido más que burdas exageraciones.

⁷³ KOONZ, C., *La conciencia nazi*, p. 30.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 89-90.

Los nombres de las calles se cambiaban por el de los grandes jerarcas nazis o por alusivos a ellos. El retrato del *Führer* estaba presente en escuelas, oficinas, despachos, comercios, sellos, carteles, etc. En las revistas, periódicos o exposiciones era una estrategia común la de poner juntos lo bueno y lo malo, lo sano y lo enfermo, lo nuevo y lo viejo, bajo el lema «¿esto o eso?» para que el espectador pudiera contemplar la remodelación del pueblo alemán. Por supuesto, gran parte de esta propaganda tenía el propósito antisemita de mostrar a los judíos como parásitos del pueblo, inferiores a la raza aria de la cual se aprovechaban; tales eran los mensajes de exposiciones como *Arte degenerado*, *El judío eterno* o *Sangre y Raza*. Unido a ello, lograron introducir en el habla cotidiana expresiones nacionalsocialistas —el conocido saludo «*Heil Hitler!*» se hizo obligatorio—, poniendo el lenguaje al servicio de su sistema, conquistando la palabra y haciendo de ella una herramienta propagandística más.

Aun así, si el III Reich obtuvo la enorme difusión que le caracterizó se debió fundamentalmente a la nueva fuente de poder que le conferían los medios de comunicación tecnológicamente avanzados. «Los descubrimientos técnicos y las innovadoras estrategias de *marketing* permitieron a Hitler traspasar los límites del Partido Nazi y dirigirse directamente a los votantes. Los ciudadanos llegaron a creer que podían captar al “Hitler real” —el que más se ajustaba a la imagen que tenían de él— a partir de sus apariciones en películas o en emisiones radiofónicas»⁷⁵. El de por sí potente trabajo oratorio de Hitler era apoyado por campañas de relaciones públicas, tales como los reportajes sobre sus visitas a escuelas, fábricas, instalaciones militares, etc., que junto a sus discursos eran proyectadas en las salas de cine. Los periódicos y revistas lanzaban campañas que ilustraban el progreso de Alemania gracias al esfuerzo de los nacionalsocialistas, a la vez que denigraban a los opositores del gobierno. La radio se convirtió en el principal instrumento de conquista de la opinión pública, situándose altavoces en algunas calles y llegando a medir los índices de audiencia para la programación de los distintos espacios⁷⁶. Se creó con ello una enorme marea de propaganda constante dirigida hacia la población, un hecho muy alejado del diagnóstico realizado por Arendt pero que sí es retratado por el periodista William Shirer:

Ninguno que no haya vivido durante años en un país totalitario puede concebir posiblemente cuán difícil es escapar a las terribles consecuencias de una calculada e incesante propaganda del régimen. A menudo, en un hogar alemán o en una oficina, durante una conversación casual con un extranjero en un restaurante, en una cervecería, en un café, podía oír las afirmaciones más ridículas de personas al parecer educadas e inteligentes. Estaba claro que repetían como un papagayo alguna tontería que habían oído en la radio o leído en los periódicos. A veces uno se sentía tentado a decirlo, pero en tales ocasiones se encontraba con una mirada de incredulidad tan completa, o con un silencio tan súbito y molesto, como si se

⁷⁵ *Ibid.*, p. 91.

⁷⁶ Prácticamente había una radio en todo hogar de Alemania. Incluso el propio gobierno otorgaba ayudas económicas para la adquisición de la famosa *Volksempfänger*, la radio del pueblo. Asimismo, la medición de los índices de audiencia servía para recabar información acerca de la opinión pública.

hubiera blasfemado contra el Altísimo, que se daba uno cuenta de cuán inútil era incluso tratar de establecer contacto con una mente que se había apartado del camino recto y para la cual los hechos de la vida habían llegado a ser lo que Hitler y Goebbels, con su cínico desprecio a la verdad, decían que eran.⁷⁷

Víctimas del fuerte adoctrinamiento y la incesante propaganda, la mayoría de la población cayó presa de la ideología nazi. Una vez vieron el mundo con los ojos del nacionalsocialismo, el régimen implantó en ellos la categoría del «enemigo objetivo». Como miembros de la *Volksgemeinschaft*, cualquiera que pusiera en riesgo al pueblo alemán amenazaba también las vidas individuales de los ciudadanos, por lo cual todos debían contribuir a la identificación y expulsión de aquellos «elementos nocivos» para la sociedad. El enemigo objetivo «es definido por la política del gobierno y no por su propio deseo de derrocar a este. Nunca es un individuo cuyos peligrosos pensamientos tengan que ser provocados o cuyo pasado justifique la sospecha, sino un “portador de tendencias”, como el portador de una enfermedad»⁷⁸; en este sentido, para el gobierno totalitario su muerte resulta legítima en la medida que es efectuada en defensa propia. Goebbels lo definía de la siguiente manera: «Quien se pone a sí mismo fuera de esta comunidad del pueblo, quien abiertamente contraviene a ella, sea consciente o inconscientemente –nos falta el tiempo para examinarlo–, ése es nuestro enemigo, al que odiamos a muerte de todo corazón y con todo nuestro fervor»⁷⁹. La introducción de esta noción es crucial para el sostenimiento del totalitarismo, pues hay una necesidad constante de encontrar nuevos «enemigos objetivos» para poder mantener la revolución permanente del régimen, el continuo movimiento, y hacer sentir en todo momento al pueblo salvaguardado. Sin embargo, el concepto tampoco tiene una identidad fija, sino que cambia según las circunstancias que se den, dado que el régimen totalitario «no es un gobierno en ningún sentido tradicional, sino un *movimiento* cuyo avance tropieza constantemente con nuevos obstáculos que tienen que ser eliminados»⁸⁰. A la manera del concepto de «enemigo» descrito por Carl Schmitt en *El concepto de lo político*, el enemigo objetivo es aquél que con su sola existencia amenaza el *modus vivendi* de la nación; a la hora de enfrentarse a él sólo subyace una cuestión: existir o no existir.

Dentro del nacionalsocialismo, este concepto de «enemigo objetivo» vino a ser llenado tanto por el bolchevismo como por el judaísmo. Los judíos eran vistos como la alteridad en su sentido más negativo, la metáfora más patente de la modernidad, la encarnación de la *Zivilisation* moderna –opuesta a la *Kultur* alemana–, caracterizada por una racionalidad calculadora que buscaba la estandarización de todas las cosas y que carecía de todo espíritu creador. A los ojos de la raciología nazi, se reducía a un virus que era necesario extirpar. Enzo Traverso recoge una lista realizada por Eber-

⁷⁷ SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Vol. I, p. 353.

⁷⁸ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 572.

⁷⁹ RÜHLE, V., «Pensar a la sombra de las víctimas. La reflexión filosófica y el “Tercer Reich”», p. 219.

⁸⁰ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 574.

hard Jäckel en la que figuran, de manera clara a la par que cruda, las caracterizaciones de los judíos contenidas en *Mein Kampf*:

El judío es el gusano en un cuerpo en descomposición, es una pestilencia aun más terrible que la peste negra de antaño, es el portador de bacilos de la peor especie, el eterno esquizomiceto de la humanidad, la araña que succiona lentamente la sangre del pueblo a través de sus poros, un grupo de ratas que luchan hasta ver sangre, el parásito en el cuerpo de los otros pueblos, la especie más acabada entre los parásitos, un gorrón que prolifera cada día más al igual que un bacilo dañino, la eterna sanguijuela, el vampiro de los pueblos.⁸¹

Por su parte, el bolchevismo era tenido como la consecuencia más actual del judaísmo, una forma de gobierno que contiene mensajes subversivos, fermentos de revolución y anarquía y moviliza a la población contra el Estado. Su presencia en el mundo suponía además una seria amenaza para el *Lebensraum* alemán, pues eran los países comunistas –pertenecientes a la órbita soviética– los que ocupaban el espacio vital que el III Reich reclamaba. La simbiosis entre ambos enemigos dio lugar a lo que pasó a conocerse como el «judeobolchevismo», concibiendo el aniquilamiento de ambos elementos como uno y el mismo objetivo.

Convencidos de que los comunistas soviéticos y los judíos atentaban contra la estabilidad de Alemania, e imbuidos por las imágenes estereotipadas que el Partido Nacionalsocialista difundía sobre ellos, la sociedad alemana vio limpia su conciencia cuando contemplaba las deportaciones de los que habían sido sus vecinos y conciudadanos, o cuando apoyaba la guerra que libraba su nación en el frente oriental. Contempló igualmente con buenos ojos su internamiento en campos de concentración –aquellos de los que la población tenía oficialmente constancia–, considerando que era necesario mantener a esos «enemigos» fuera de las calles⁸². Finalmente, el poder de la ideología había logrado que el pueblo viera a los judíos y a los comunistas como figuras deshumanizadas. Cuando los miraban, la única conclusión que extraían era «son ellos o nosotros».

⁸¹ TRAVERSO, E., *La violencia nazi*, p. 122.

⁸² A través de diversos reportajes, la propaganda del nacionalsocialismo presentaba los campos de concentración como instituciones legítimas y como una «desgraciada necesidad». A algunos como el de Dachau les otorgaban una buena fama, describiéndolos como lugares donde la prisión sólo era cautelar, sin ningún tipo de maltrato físico o psicológico y donde se trataba de reinsertar a los reclusos, a los que con su arresto se protegía también de la ira de las masas. Por otra parte, el Partido Nazi también mandaba el mensaje de que algunas personas estaban determinadas biológicamente a cometer acciones criminales y por lo tanto debían tomarse acciones preventivas para mantenerlos alejados del resto de la sociedad. En todo caso, la idea que lanzaban los campos quedaba patente: protegían al pueblo dado que la mayoría de los prisioneros que allí había no eran como los «buenos ciudadanos».

LABORATORIO DE DOMINACIÓN TOTAL: EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Los campos de concentración representaron, dentro del nacionalsocialismo, la forma más explícita de dominación y control de un ser humano sobre otro. Auschwitz, como paradigma del universo concentracionario nazi, introdujo definitivamente el concepto «genocidio» dentro del vocabulario de la humanidad. La perpetración de la *Shoah*, así como el asesinato de otros millones de personas en los *Lager*, dotó a los crímenes del nazismo de una cruel particularidad que desgarró a la humanidad, dejando en ella una herida cuya cicatriz nunca cerrará del todo. Sin embargo, los nazis no habían inventado los campos, como tampoco fueron los primeros en diseñar una muerte serializada en la que se establecía una distancia entre el verdugo y la víctima. Como afirma Enzo Traverso, en los siglos XVIII y XIX la guillotina ya había reemplazado la ejecución a manos de un hombre por la muerte a manos de una máquina. El artefacto creado por el doctor Guillotin revolucionó el terreno de la pena capital, permitiendo una muerte mecanizada, en cadena, impersonal, rápida, silenciosa y eficaz, donde el aparato realizaba la ejecución mientras el verdugo se limitaba a vigilar el proceso y cuidar el instrumento de muerte. Ello interponía ya una distancia entre la víctima y aquél que dejaba caer la cuchilla, quien no sentía responsabilidad moral alguna al no haber experimentado una violencia visible; la ejecución no se había realizado de manera directa, sino a través de una mediación. Las cámaras de gas nazis se regirían exactamente por el mismo principio.

Por otra parte, durante el siglo XIX también se había concebido un nuevo modelo de cárcel que conservaba la racionalidad autoritaria de la fábrica y el cuartel pero modificando su función. El trabajo carcelario no se concebía ya como fuente de beneficio, sino como fuente de tortura y de castigo. El nuevo mundo carcelario suponía una síntesis de disciplina panóptica y mecánica, de control total del detenido y sumisión de su cuerpo a las exigencias técnicas del dispositivo punitivo; ya no tenía una finalidad productiva, sino que fue ideado con un objetivo de persecución y humillación. Sin saberlo, sus creadores habían dado origen al antecedente histórico del sistema concentracionario. Las similitudes que existen entre ambos modelos se hacen bastante significativas: «lugares cerrados, trabajo coercitivo, “violencia inútil”, control de tipo militar, castigos, ausencia total de libertad, uniforme, marcas en los cuerpos, condiciones de vida inhumanas, humillación»⁸³. Primo Levi había definido el trabajo en Auschwitz como «un tormento del cuerpo y de la mente, mítico y dantesco», cuyo principio era «la violencia inútil, difusa, como fin en sí, que no pretende otra cosa que

⁸³ TRAVERSO, E., *La violencia nazi*, p. 40.

el dolor»⁸⁴. Pero los campos de concentración nazis no eran cárceles más duras, sino un fenómeno sin precedentes regido por una lógica diferente. Su carácter, desprovisto de toda utilidad práctica, programado con el solo fin de exterminar –bien a través del trabajo, bien a través de cámaras de gas o fusilamientos–, resulta todavía hoy día prácticamente imposible de comprender. Una incapacidad a la que Hannah Arendt dio una explicación: «nuestra sorpresa ante el carácter antiutilitario de la estructura del estado totalitario procede de la errónea noción de que al fin y al cabo estamos tratando con un estado normal –una burocracia, una tiranía, una dictadura–, noción debida a la poca atención prestada a las enfáticas afirmaciones de los dominadores totalitarios según las cuales consideran al país en donde se han apoderado del poder sólo como sede temporal del movimiento internacional en el camino hacia la conquista mundial»⁸⁵. Bajo el principio de «justo es lo que es bueno para el movimiento», los nazis consideraban que «para el “movimiento” era más importante demostrar que resultaba posible fabricar una raza aniquilando a otras que ganar una guerra de fines limitados»⁸⁶.

La verdadera singularidad histórica de los campos de concentración nazis fue su intento de elaborar una remodelación biológica de la humanidad concebida como fin en sí mismo, sin ninguna naturaleza instrumental. Hannah Arendt, en su brillante estudio sobre el campo de concentración contenido en *Los orígenes del totalitarismo*, consideraba los campos como el corazón del funcionamiento totalitario. Los definía como laboratorios en el experimento de dominación total «en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible»⁸⁷. El campo de concentración supone el compendio mismo del totalitarismo, su verdad más radical, pues en él es donde se lleva a cabo la modificación de la naturaleza y la realidad humanas, imperativo último del régimen. En ellos no sólo se extermina y degrada fría y sistemáticamente a las personas, sino que se erradica la diferencia, se elimina la espontaneidad como expresión del comportamiento humano y se transforma la personalidad para convertir a los sujetos en meras cosas, en algo que ni siquiera llega al estatus de animal. «La dominación total, que aspira a organizar la pluralidad y diferenciación infinitas de los seres humanos como si la humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones»⁸⁸.

La finalidad última del campo es la transformación del ser humano en lo que Primo Levi definió como *Muselmänner* –‘musulmán’–, esto es:

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 557.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 558.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 589.

⁸⁸ *Ibid.*

[...] los hundidos, los cimientos del campo, ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla. Son los que pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese encerrar todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen, que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una huella de pensamiento.⁸⁹

El *Muselmänner* era el individuo que había sido plenamente deshumanizado en el campo, un cadáver viviente, el prisionero cuya voluntad había sido totalmente aniquilada, tan debilitado que «arrojado de vuelta al momento de su mera existencia inmediata, había perdido toda voluntad de supervivencia y conexión con el mundo exterior»⁹⁰. Sin hálito vital alguno, no habla ni se comunica con su entorno, ha perdido todo rasgo humano y moral; es simplemente un ser vivo despojado de toda vida⁹¹. Es el producto esencial del campo de concentración, el ser inanimado.

Auschwitz, Dachau, Mathausen, Bergen-Belsen, Ravensbrück, etc. demostraron que el espíritu del ser humano puede ser destruido sin llegar a la destrucción física de su cuerpo. Los campos coronaban un proceso en el que el individuo queda reducido a un haz de reacciones animales, sin ningún rastro de su libertad o espontaneidad, a través de una triple destrucción. En primer lugar, el sujeto es destruido como persona jurídica. Se le arrebató toda protección legal, convirtiéndolo en apátrida y, por tanto, en un «fuera de la ley» que nadie reclama; se hace de él un *paria social* al que se priva de toda capacidad de actuar, se le mezcla con otras personas que pueden ser tanto inocentes como delincuentes y criminales, y se le acaba reduciendo a una vestimenta, una insignia en el pecho y un número marcado en su antebrazo. Después de esto, llega la destrucción moral del individuo, sometiendo a condiciones bajo las cuales la conciencia habitual deja de ser adecuada y la distinción entre el bien y el mal se hace imposible⁹²; se obliga a la persona a ser cómplice de los crímenes, formando parte de una muerte que se vuelve anónima, privada de significado y en la que no acabará habiendo ningún testigo que pueda dar testimonio. Por último, llega la destrucción de la individualidad, la anulación de la parte en que reside esencialmente la naturaleza humana. Esta aniquilación

⁸⁹ LEVI, P., *Si esto es un hombre*, en *Trilogía de Auschwitz*, El Aleph, Barcelona, 2012, pp. 120-121.

⁹⁰ RÜHLE, V., «Pensar a la sombra de las víctimas. La reflexión filosófica y el “Tercer Reich”», p. 229.

⁹¹ Una de las etimologías de *Muselmänner* señala que la palabra provendría de *Muschel* –mejillón– dado que estos seres biológicos parecen también carecer de vida.

⁹² Hannah Arendt señala el claro y duro ejemplo de una anciana griega a la que los nazis obligaron a elegir cuál de sus hijos moriría en primer lugar. Claude Lanzmann, en su obra *Shoah*, recoge también el testimonio de un padre de familia que se vio obligado a cortar el pelo a su mujer y a sus hijos sin poder decirles que iban a llevarlos a las cámaras de gas. El caso paradigmático, no obstante, es sin duda la figura del *Sonderkommando*, los judíos que eran seleccionados para realizar los trabajos más inhumanos del campo de concentración. Además de guiar a las futuras víctimas hacia su último destino, cortarles el pelo, etc., tras la ejecución debían limpiar las cámaras de gas de sangre, vísceras y excrementos, separar los cuerpos, buscar y arrancar las piezas de oro –generalmente en la dentadura–, recoger el pelo en sacos para su futuro uso –confeccionando alfombras, de relleno para almohadas o colchones, etc.–, ordenar las prendas de ropa, llevar los cuerpos a los hornos, incinerarlos y esparcir sus cenizas por los ríos o guardarlas para su posterior venta como abono para hacer jabón –existían incluso recetas para poder elaborarlos–.

comienza con las condiciones de la deportación, los hacinamientos en los vagones, los prolongados viajes sin agua ni comida, las enfermedades que se transmitían, las personas que morían y cuyos cadáveres viajaban con los vivos hasta el final del trayecto, las mujeres que daban a luz y se veían obligadas a lanzar a sus recién nacidos por las ventanas; continúa con el *shock* del tratamiento en los campos, con los golpes, las palizas, los insultos, las vejaciones, las torturas, las ocasionales violaciones⁹³, el hambre, la mala comida, las enfermedades⁹⁴, la ausencia de condiciones higiénico-sanitarias, el frío, las largas horas de trabajo, las picaduras de piojos y chinches, etc.; y concluye con el exterminio sistemático o con una larga y agónica muerte. A través de su brutalidad y su cruel administración, las SS buscaban la transformación del hombre en un mero haz de reacciones que en cualquier momento pudiera ser sustituido; perseguían la destrucción de su espontaneidad, de su capacidad para comenzar algo nuevo por sí mismos, para hacer de ellos puras y «fantasmales marionetas con rostro humano»⁹⁵. Este ser reducido a un conjunto de reacciones elementales, despojado de toda individualidad y sin pensamiento, es el ciudadano deseado por el estado totalitario.

El totalitarismo busca no la dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema en el que los hombres sean superfluos. El poder total sólo puede ser logrado y salvaguardado en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad. Precisamente porque los recursos del hombre son tan grandes sólo puede ser completamente dominado cuando se convierte en un espécimen de la especie animal hombre. [...] la individualidad, es decir, todo lo que distingue a un hombre de otro, resulta intolerable. Mientras todos los hombres no hayan sido hechos igualmente superfluos –y esto sólo se ha realizado en los campos de concentración–, el ideal de dominación totalitaria no queda logrado.⁹⁶

Los campos de concentración, expone Arendt, son lugares donde diariamente se fabrica el absurdo, en los que se establece un estilo de vida con el cual los hombres sufren un castigo que no tuvo delito, practican una explotación sin beneficio y realizan un trabajo sin producto. La vida pierde todo su valor, se torna completamente superflua y «el homicidio es tan impersonal como el aplastamiento de un mosquito»⁹⁷; cualquiera puede morir en cualquier momento por la tortura, la inanición o la ejecución, de la misma manera que puede reducirse el índice de mortandad si es necesaria mano de obra. Sin embargo, para la ideología totalitaria, tal actuación es sensible y lógica: los presos son enemigos, parásitos, gusanos, ratas, piojos, plagas que deben ser gaseadas para evitar que contagien al resto de la población⁹⁸. La agresividad que el totalitarismo pone en práctica con ellos

⁹³ Pese a que era delito que un alemán mantuviera relaciones sexuales con mujeres de origen judío o eslavo –un delito que podía llegar incluso a castigarse con la muerte dentro de las SS–, se registraron numerosos casos de violación en los diferentes campos de concentración del Reich, aunque no todos eran sobre los colectivos de mujeres mencionados. Para algunos nazis, se trataba de una forma más de dominio y humillación.

⁹⁴ Algunas como el escorbuto, la ictericia o la disentería se hicieron habituales en los campos de concentración.

⁹⁵ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 611.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 613.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 596.

⁹⁸ Una trágica y macabra casualidad del destino quiso que el *Zyklon B*, el gas empleado en los furgones y cámaras de gas, hubiera sido previamente utilizado por los exterminadores para erradicar las plagas de insectos de las casas.

no se debe a un anhelo de poder, de expansión ni de beneficio, sino a puros motivos ideológicos: hacer del mundo algo consecuente con la lógica de la idea.

Además de la producción en serie de un nuevo tipo de ser humano, los campos de concentración tenían en común con la fábrica su forma serializada de desempeñar su función, en este caso el exterminio de personas. En un sentido literal, eran *fábricas de la muerte*. Privando a los campos de toda función productiva o militar, el genocidio sistemático se convertía en un fin en sí mismo. Concebidos como «mataderos para seres humanos», en palabras del historiador Henry Friedländer, al igual que los mataderos originales, se situaban fuera de los centros urbanos y compartían las mismas características de la matanza industrial: masiva y anónima; técnica e indolora –en la medida de lo posible–; invisible e idealmente «inexistente», como si no tuviera lugar⁹⁹. Operando lejos de la vista de la población civil, la producción y eliminación industrial de cadáveres reemplazaba la tradicional producción industrial de mercancías. «Según los principios tayloristas del *scientific management*, el sistema de matar se dividía en varias etapas: concentración, deportación, expoliación de los bienes de las víctimas, recuperación de ciertas partes de su cuerpo, gaseado e incineración de los cadáveres; todo con el fin de aumentar el rendimiento»¹⁰⁰. Campos como Auschwitz distribuían sus tareas y racionalizaban el tiempo de manera similar a la fábrica taylorista: «Por la mañana, los trenes de carga llegaban y descargaban su cargamento de judíos deportados; los médicos SS procedían a la selección; una vez separados los aptos para el trabajo, se expoliaban los bienes a los deportados y se los enviaba a las cámaras de gas; por la noche, ya habían sido incinerados; sus ropas, valijas, anteojos, etc. se clasificaban y se almacenaban al igual que ciertas partes del cuerpo, como el cabello y los dientes de oro»¹⁰¹. Las víctimas estaban incluso jerarquizadas dentro del universo concentracionario, como si de meros artículos se tratase, en función de su «peligrosidad» y de su «degeneración racial»: en la cúspide se encontraban los civiles apresados procedentes de los países ocupados de la Europa Occidental –franceses, italianos, belgas, holandeses, etc.– y delincuentes habituales; les seguían los prisioneros de Europa del Este; a continuación se situaban los prisioneros de guerra soviéticos, destinados a un aniquilamiento rápido; y en el escalafón más bajo se encontraban los considerados «asociales», los homosexuales, los gitanos y, por debajo de todos ellos, los judíos.

Como toda empresa, estas *fábricas de la muerte* operaban sobre una administración racional, basada en principios de cálculo, especialización, división de tareas, coordinación y eficiencia; un aspecto resaltado por Zygmunt Bauman dentro de su obra *Modernidad y Holocausto*. La burocracia jugó un papel irremplazable dentro del genocidio nazi, procurando una organización que permitió concebir el exterminio como el método más viable y eficaz para acabar tanto con el «problema judío» como con los prisioneros del frente oriental y los enemigos del Estado; todo se redujo a térmi-

⁹⁹ Cfr. TRAVERSO, E., *La violencia nazi*.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 46.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 46-47.

nos de coordinación, planificación y eficacia¹⁰². Esta estructura y proceso burocráticos se conseguían como resultado de dos procedimientos. En primer lugar se establecía una meticulosa división funcional del trabajo, generando una distancia práctica y mental respecto del resultado final. Las órdenes dadas por uno eran ejecutadas por otro, generando con ello una distancia entre el «yo» y «mi acción» que impedían experimentar esta última de manera directa; tan solo podía generarse una idea abstracta del efecto final que tendría dicha acción. Asimismo, a través de la reducción de personas a números y gráficas y del lenguaje a una terminología de producción empresarial, se hacía difícil pensar que tras los números y las palabras se escondían seres humanos. El segundo procedimiento consistía en la sustitución de la responsabilidad moral por una responsabilidad técnica, olvidando que la acción es un medio para un fin que no está en ella misma; dicha acción se convierte en un fin en sí mismo. Queda establecida una disciplina organizativa según la cual deben obedecerse las órdenes de los superiores y eliminar cualquier otro estímulo de acción, como opiniones o preferencias personales. Es lo que Max Weber denominaba el «honor del funcionario»: «El honor del funcionario reside en su capacidad para ejecutar a conciencia las órdenes de las autoridades superiores, exactamente igual que si las órdenes coincidieran con sus propias convicciones. Esto ha de ser así incluso si las órdenes le parecen equivocadas y si, a pesar de sus protestas, la autoridad insiste en que se ejecuten»¹⁰³. A partir de ello, el individuo que lleva a cabo la acción se exime de toda preocupación moral; su acción es únicamente juzgada sobre los criterios de oportunidad y éxito. Lo que importa es que la acción se realice ajustándose al mejor procedimiento tecnológico posible y que el resultado sea eficiente, quedando la moral completamente desvanecida. El resultado último en el que desembocó la puesta en práctica de ambos métodos fue la deshumanización de las víctimas, invisibilizar todo atributo de humanidad y verlos, como decía Franz Stangl, *Kommandant* de Treblinka, como *cargamento*.

Sin embargo, los campos de concentración no quedaban limitados a eliminar la libertad, espontaneidad e individualidad de las personas, a borrar los límites entre víctimas y verdugos ni al exterminio físico de los seres humanos. Los nazis sabían que la dominación y la aniquilación que pretendían nunca serían completas siempre y cuando la memoria fuese preservada. Aquellos que cruzaban el umbral del *Arbeit macht frei* esperaban encontrarse al otro lado con lo peor que cabía concebir, pero estaba muy lejos de su imaginación que sus verdugos trataran de llevar a cabo lo imposible: el exterminio absoluto de su existencia sobre la faz de la Tierra, incluyendo la erradicación

¹⁰² Aunque Zygmunt Bauman acierta en este sentido a la hora de juzgar el papel que el aparato burocrático jugó para poder llevar a cabo el genocidio perpetrado por los nazis, por otra parte exagera su uso y los resultados que este proporcionó dentro del III Reich. Si bien indudablemente la Alemania nazi poseía una enorme organización burocrática, esta última dista de ser tan eficiente como sostiene Bauman. La multiplicación de organismos y su enfrentamiento a la hora de reclamar la potestad sobre las diferentes actividades generaban un enorme caos dentro de la administración del Reich. Un caos, por otra parte, nunca impedido por Hitler para poder situarse como el árbitro que dirimía todos los conflictos.

¹⁰³ BAUMAN, Z., *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2011, pp. 43-44.

completa de su recuerdo. Los campos se convertían con ello en el cumplimiento más radical del plan *Nacht und Nebel*, eliminando a los individuos de manera anónima, sin dejar ningún rastro de su identidad. No quedaba de ellos ni su cuerpo ni el dolor de sus conocidos, que podían ser también liquidados o no conocer el destino que le había sido deparado a la víctima. Desaparecían en el sentido más literal del término; simplemente, era como si nunca hubieran existido. El dominio totalitario buscaba generar lo que Hannah Arendt bautizó como «bolsas del olvido»¹⁰⁴, en cuyo interior no sólo desaparecían los hechos, sino también las huellas mismas de la matanza. Desde el momento en que la maquinaria de exterminio se puso en funcionamiento, los nazis marcaron el objetivo de que el resto de la humanidad nunca debía enterarse de los crímenes que estaban llevando a cabo. Las arengas de Himmler a las SS a este respecto son harto conocidas y reflejan explícitamente su intención. Sobre la liquidación de judíos decía: «Quiero hablaros francamente de una cuestión muy grave. Entre nosotros mismos tiene que mencionarse muy francamente, pero no hablaremos de ello en público». Refiriéndose al asesinato de la *intelligentsia* polaca llegaba a sostener: «...debéis oír esto, pero olvidarlo inmediatamente...»¹⁰⁵. Y en su discurso más famoso a los altos jefes de las SS y de la policía y a los comandantes de los *Einsatzgruppen* sobre la *Solución Final* afirmaba: «Esta es una gloriosa página de nuestra historia que jamás había sido escrita y que no volverá a escribirse»¹⁰⁶. Una vez que los campos de concentración y de exterminio hubiesen realizado su función, logrado un III Reich *judenfrei*, sin esclavos ni bolcheviques, aquellos habrían sido reducidos a escombros, quedando algunas piedras suyas como único recuerdo.

Lo más pavoroso del nacionalsocialismo fue su profunda insistencia en borrar las huellas de sus víctimas, a quienes usurpaban la posibilidad de prestar testimonio para lograr con ello su máxima pretensión: apoderarse totalmente de la historia. Amparados por la normalidad con que funciona el mundo, los nazis se sentían protegidos a la hora de realizar su genocidio. «Los hombres normales no saben que todo es posible»¹⁰⁷, recoge Hannah Arendt. La razón por la que el totalitarismo de Hitler pudo llegar tan lejos y comenzar a hacer realidad su ficción ideológica es porque el mundo no-totalitario puede eludir también la realidad frente al mundo normal; puede renunciar a creer lo monstruoso y lo terrorífico de unas acciones nunca antes concebidas por la mente humana. Los miembros de las SS sabían que la crueldad que habían puesto en práctica era tan desmedida que nadie podría darle crédito. Resueltos a cometer crímenes, lo hicieron de la manera más vasta e improbable posible, «no sólo porque ello torna inadecuados y absurdos todos los castigos previstos por el sistema legal, sino porque la misma inmensidad de los crímenes garantiza que los asesinos, que proclaman su inocencia con toda clase de mentiras, serán más fácilmente creídos que sus víctimas,

¹⁰⁴ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, DeBolsillo, Barcelona, 2011, p. 339.

¹⁰⁵ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 512.

¹⁰⁶ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, pp. 155-156.

¹⁰⁷ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 588.

quienes dicen la verdad»¹⁰⁸. Primo Levi da fe de este principio al comienzo de *Los hundidos y los salvados*. Allí señala que las primeras noticias de los campos de exterminio comenzaron a difundirse en 1942, y, aunque eran vagas, perfilaban un asesinato tan masivo y sádico que la gente tendía a rechazar su credibilidad debido a su enormidad. Sin embargo, los primeros en saber la negativa que generarían tales relatos habían sido los propios perpetradores, quienes de manera cínica se divertían advirtiéndolo a los prisioneros:

De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del *Lager*, seremos nosotros quien la escriba.¹⁰⁹

Tal es el poder del campo, tal es la atrocidad que dentro de sus vallas se comete, tan descarnados son los testimonios, que incluso el que vuelve vivo del horror duda de la sinceridad de su relato. Por un lado, sus vivencias no logran levantar la empatía que debieran, pues no llegan a concebirse como humanamente posibles. Por otro, su autor es atormentado por una culpa que nunca cesa, porque siente que si escapó del horror lo hizo a costa de vidas ajenas tan inocentes como la suya; si pudo contarlos es porque no conoció el auténtico rostro del terror. Ése es el sentimiento de Primo Levi:

Lo repito, no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda, de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo las memorias ajenas, y releendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlos, o ha vuelto mudo; son ellos, los «musulmanes», los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. Ellos son la regla, nosotros la excepción.¹¹⁰

En las últimas fases de la guerra, cuando la derrota se cernía ya sobre Alemania y las tropas retrocedían desde el frente ruso, las SS tampoco quisieron dejar rastro de sus actos. No sólo querían evitar que el enemigo encontrara la prueba que le permitiera legitimar su venganza e hiciera pasar a los alemanes por una penuria semejante, sino que sobre todo pretendían alterar la historia misma para que la humanidad nunca tuviera constancia de lo que habían llevado a cabo. Buscando encubrir sus crímenes, confeccionaron falsos documentos de identidad y trataron de destruir todo aquello que pudiera suponer una muestra de las matanzas. Pruebas que no se limitaban a quemar papeles donde

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 591.

¹⁰⁹ LEVI, P., *Los hundidos y los salvados*, en *Trilogía de Auschwitz*, El Aleph, Barcelona, 2012, p. 475.

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 541-542.

figurasen el transporte y exterminio de prisioneros, o a demoler edificios como las cámaras de gas y los hornos crematorios; las personas también eran pruebas que, vivas o muertas, podían dar testimonio de lo que ocurrió. Los cadáveres enterrados con anterioridad a la instalación de las cámaras fueron exhumados para ser incinerados; los últimos *Sonderkommandos* de los campos fueron en su mayoría liquidados; campos de concentración como Auschwitz aceleraron el número de ejecuciones hasta el momento de su cierre; si había un ataque sorpresa, los presos eran liquidados y sus cuerpos quemados. Y aquellos prisioneros a los que todavía no se había podido liquidar, pero que servían de mano de obra¹¹¹, eran evacuados a los campos que iban quedando disponibles en lo que los supervivientes bautizaron como «marchas de la muerte»¹¹².

Desde una última perspectiva, la política de genocidio nazi fue ideada como una «medida ecológica»¹¹³, en el sentido de desinfección y purificación de la *Volksgemeinschaft*. La destrucción de los judíos, así como de los polacos, rusos, ucranianos y cualesquiera otras «razas inferiores», debía ser efectuada en defensa de la naturaleza aria; su eliminación venía dada por el cumplimiento de una ley natural revelada por la ideología y que trabajaba en busca de la realización de una nueva humanidad homogénea. De esta forma, queda establecida una suerte de biopolítica que bien podría resumirse en la denominada «metáfora del jardín». Antes de la instalación del primer campo, Walter Gross, fanático nacionalsocialista y creador de la Secretaría Nacionalsocialista para la Instrucción sobre Políticas de Población y Bienestar Racial, había escrito lo siguiente en su artículo «*Politik und Rassenfrage*» (1933): «La rosa que no florezca será arrancada y arrojada al fuego, y el jardinero talará el árbol que no dé fruto»¹¹⁴. Pero seguramente haya sido Zigmunt Bauman quien mejor ha sabido recoger y expresar esta idea en el marco de su comparativa de la cultura moderna como cultura del jardín.

El *orden* artificial del jardín precisa de herramientas y de materias primas. También necesita defensas contra el incesante peligro que supone el desorden. El orden, concebido en primer lugar como diseño, determina lo que es una herramienta, lo que es materia prima, lo que es inútil, lo que es inoportuno, lo que es nocivo, lo que es una mala hierba o un animal dañino. Califica a todos los elementos del universo por su relación con él. Esta relación es el único significado que les concede y tolera y la única justificación de la actuación del jardinero. [...] El genocidio moderno, lo mismo que la cultura moderna en general, es el

¹¹¹ Hasta el último momento la cúpula del Partido Nazi, y sobre todo Hitler, confiaba en invertir la situación de la contienda. Por este motivo, en lugar de aniquilar a todos los prisioneros, se decidió desplazarlos a los campos de concentración cercanos a Alemania para explotarlos como mano de obra.

¹¹² La condición de muchos de los prisioneros, la escasa comida, la poca ropa que llevaban y la carencia de todo resguardo ante el frío y la intemperie —el invierno comprendido entre 1944 y 1945, época de estas evacuaciones, fue el más duro de los últimos años— convirtieron muchas de aquellas marchas en auténticas masacres. Las SS, además, fusilaban a todo aquel que no pudiera caminar y retrasase el ritmo de la expedición. En total, se calcula que en estas «marchas de la muerte» fallecieron entre 9.000 y 15.000 personas. Por otra parte, muchos prisioneros, enfermos o en condiciones no aptas para viajar, fueron abandonados a su suerte en los campos de concentración con el propósito de que fallecieran antes de la llegada de los ejércitos de las potencias aliadas.

¹¹³ Cfr. TRAVERSO, E., *La violencia nazi*.

¹¹⁴ KOONZ, C., *La conciencia nazi*, p. 136.

trabajo de un jardinero. Es simplemente una de las muchas tareas que necesita acometer aquellos que piensan que la sociedad es como un jardín. Si el diseño del jardín define a sus malas hierbas, entonces hay malas hierbas ahí donde hay un jardín y hay que exterminarlas. Arrancar el hierbajo es una actividad creativa, no destructiva. No se diferencia de las otras actividades que requieren la construcción y el mantenimiento del jardín perfecto. Todas las visiones de la sociedad como jardín definen partes del hábitat social como malas hierbas humanas. Y, como el hierbajo, hay que separarlas, contenerlas, evitar que se propaguen, arrancarlas y mantenerlas fuera de los límites de la sociedad. Si todos estos medios demuestran ser insuficientes, hay que exterminarlas. Las víctimas de Hitler y Stalin [...] fueron asesinadas porque no se ajustaban, por una u otra razón, al esquema de la sociedad perfecta. Su eliminación no fue un trabajo de destrucción sino de creación. Fueron eliminadas para poder establecer un mundo objetivamente mejor, más eficiente, moral y hermoso: un mundo comunista o un mundo ario, racialmente puro.¹¹⁵

Dentro de la cosmovisión nazi, existen por naturaleza determinados grupos de personas que resisten cualquier tipo de control; que poseen, en términos empleados por Himmler, un «alma de esclavos» y a los que no tiene sentido tratar de reeducar, reorientar ni reintegrar dentro de la sociedad. Semejantes individuos, por su propia esencia, son inmunes a cualquier tipo de mejora; por el contrario, son seres degenerados a los que no debe permitírseles contaminar al resto de la población, un tumor canceroso al que no debe dejársele infectar al resto del organismo. El nacionalsocialismo estableció una ingeniería social, marcada por una imaginería de raza, donde el genocidio respondía a la delirante planificación de un mundo utópico y ficticio en el que la sociedad perfecta únicamente podría lograrse destruyendo a una parte de la misma. El exterminio era, simplemente, una medida de higiene. Para lograr la salud del *Volk*, el médico debía erradicar el foco de infección; para conseguir el jardín más bello posible el jardinero tenía que arrancar las malas hierbas.

¿Pudo permanecer la población alemana ajena a esta operación quirúrgica social? ¿Ignoraron desde el interior de sus hogares la labor que afuera realizaba el jardinero? En contra de lo que muchas veces se ha pensado, la respuesta a ambas preguntas es la misma: no. Los miembros de la sociedad del III Reich tenían constancia de que su régimen sacrificaba vidas humanas y la gran mayoría no alzó la voz ni realizó movimiento alguno para impedirlo. Permanecieron igual que una persona aguardando el final de una intervención en la sala de espera del hospital, o como la familia que realiza su vida normal en el salón mientras escucha de fondo el ruido del cortacésped. La pregunta acerca de si la población conocía la existencia de los campos de concentración resulta pecar de una inocente ingenuidad. La verdadera cuestión es qué tipo de conocimiento tenían de ellos y cómo les llegó dicha información.

Hitler y la cúpula del Partido Nacionalsocialista habían ordenado abordar la *Solución Final* y el exterminio de otros pueblos como un secreto de Estado, dando orden a los organismos correspondientes de no hablar públicamente de ello. Por otra parte, el III Reich había dado una propaganda

¹¹⁵ BAUMAN, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2011, pp. 117-118.

favorable a algunos de los campos de concentración que había establecido, anunciándolos como centros de reclusión para la seguridad del pueblo que proporcionaban además una mano obra industrial barata para aquellas zonas que los acogieran. Una vez iniciada la guerra, también se hicieron frecuentes en la prensa los reportajes sobre individuos ejecutados en los campos por motivos como «resistencia», «sabotaje», «insubordinación», «negarse a trabajar en unas obras», etc., o por la peligrosidad que antaño habían supuesto para el Estado; ejecuciones tras las cuales el lector avezado podía comenzar a entrever los primeros síntomas del genocidio. Pero al margen de las versiones oficiales, poco a poco comenzó a escapar al control de la Alemania nazi la proliferación de fuentes de información que advertían de sus crímenes. Muchos soldados de la *Wehrmacht* presenciaban los desgarradores acontecimientos o se enteraban de ellos en el frente, comunicándoselo posteriormente a sus familias por carta o al regresar de permiso a sus hogares¹¹⁶. Lo mismo ocurría con los miembros de los *Einsatzgruppen* o con los alemanes corrientes de reserva que pasaban semanas o meses en el frente asesinando judíos para más tarde volver a su vida cotidiana¹¹⁷. Emisoras de radio extranjeras como la BBC o Radio Moscú, las cuales se podían sintonizar con prácticamente cualquier transmisor –y que estaban prohibidas por el régimen, no sólo por ser emisoras del bando enemigo, sino sobre todo por su alto nivel de audiencia–, transmitían información del curso de la guerra, de la existencia de los campos de concentración y exterminio, y de las víctimas que eran capaces de registrar. Aviones y grupos de oposición –como la famosa «Rosa Blanca», liderada por los hermanos Hans y Shopie Scholl y por Alexander Schmorrel– distribuían panfletos para avisar a la población del gobierno criminal al que estaban sujetos.

Pero sobre todo fue la presencia que tuvieron los campos dentro de la vida cotidiana lo que impedía que la población permaneciese ajena a lo que verdaderamente estaba ocurriendo. Los habitantes veían en sus ciudades y pueblos las largas y constantes deportaciones de los que tiempo atrás habían sido sus amigos, vecinos y conocidos, a los que nunca volverían a ver. Los campos de concentración, aun situados en el extrarradio de las zonas pobladas, tampoco podían ocultar la presencia de los prisioneros y trabajadores esclavos que contenían, ni evitar que los lugares de alrededor distinguiesen el fuego y el humo de los crematorios o el olor de carne incinerada. Miles de alemanes civiles encontraban trabajo en los campos y sus cercanías, donde diversas empresas privadas como Siemens, Porsche, BMW, etc. se instalaron para conseguir mano de obra; empresas que, además, no tenían escrúpulos en pedir prestados a los prisioneros, alojándolos en sus fábricas o en campamentos próximos a ellas. El propio campo de Auschwitz, a raíz del exterminio sistemático de judíos, convirtió a la región en una ciudad próspera y modélica:

¹¹⁶ Para evitar tanto la filtración de este tipo de noticias como que se transmitiera a la población una sensación de desánimo, dentro del ejército se implantó una censura por medio de la cual no podían plasmarse por escrito ni los crímenes realizados ni los sentimientos negativos de abatimiento o derrota por parte del soldado. «¡Hay cosas que deben quedar guardadas para uno!», decían los superiores.

¹¹⁷ Cfr. GOLDHAGEN D.J., *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 2008.

Durante la ocupación alemana, Oswiecim, una localidad a la que antes de la guerra se conocía como la pequeña «Jerusalén» [...] y a la que las nuevas autoridades rebautizaron como Auschwitz, se convirtió en gran medida en una ciudad industrial modelo, con residencias unifamiliares y garajes y una colonia alemana cada vez más grande formada por industriales, oficinistas y oficiales de las SS con sus esposas e hijos. Surgieron tiendas, escuelas, consultorios médicos y odontológicos para atender las necesidades de los alemanes. La población tenía un campo de fútbol y una piscina propios. Un tabernero de Wuppertal manejaba al Gasthaus Ratshof, en el mercado de Auschwitz, y la guía Baedeker recomendaba el Hotel Zator a los visitantes que fueran a pasar una noche en la localidad.¹¹⁸

Asimismo, incluso los campos de concentración más pequeños crecieron demasiado como para ser ignorados por la población, generando a lo largo y ancho de Europa toda una serie de diversos campos satélite que hacía imposible que los miembros de la sociedad alemana no tuvieran constancia de al menos alguno de ellos.

Podemos hacernos una idea de la presencia pública de los campos enumerando simplemente los centros principales y la cantidad de subcampos asociados con cada uno de ellos que había al final de la guerra. Dachau, por ejemplo, con el tiempo llegó a crear 197 subcampos situados en pueblos y ciudades de todo el sur de Alemania, o en sus cercanías. Sachsenhausen, al noroeste de Berlín, en Oranienburg, llegó a administrar 74 subcampos, geográficamente tan dispersos como los controlados por Dachau. Este mismo esquema fue el que siguió Buchenwald, en el centro de Alemania, que contaba con 129 subcampos al final de la guerra, diseminados por ciudades tan distantes como Braunschweig, Dessau, Düsseldorf, Essen, Leipzig y Weimar. De la misma forma, Flossenbürg, al noreste de Nuremberg, controlaba 97 subcampos. Mauthausen, en Austria, no lejos de Linz, con el tiempo llegó a controlar 62 subcampos, y Ravensbrück, al norte de Berlín, otros 45. Neuengamme, al sur de Hamburgo, controlaba en un momento dado 90 campos externos. En su momento de mayor esplendor, Gross-Rosen (cerca de Breslau) contó con un total de 118 subcampos, y el centro principal de Mittelbau-Dora (justo al norte de Buchenwald, también cerca de Weimar) llegó a tener 32 subcampos [...] Prescindiendo de Birkenau, Auschwitz estableció una red de 50 subcampos, y sus prisioneros fueron obligados a desplazarse muy lejos para trabajar en la industria, la agricultura y la retirada de los escombros producidos por los bombardeos. [...] Majdanek dispuso de 14 centros secundarios y se convirtió en parte en campo de exterminio, compartiendo esta infamia con otros como los de Auschwitz-Birkenau, Belzec, Chelmno, Sobibor y Treblinka.¹¹⁹

A la vista de estas pruebas, sería una infamia para las víctimas admitir que los alemanes ignoraban la existencia del Holocausto. Las fuentes de información eran tan numerosas, tan detalladas y proporcionaban tantas pruebas, que todo aquél que hubiera estado dispuesto a afrontar la verdad podría haberse enterado de ella sin problemas. El conocimiento del genocidio estaba al alcance de quien quisiera interesarse por averiguarlo. Victor Klemperer, un judío que pudo evitar las deportaciones a través de su matrimonio con una mujer no judía, pero que se vio obligado a enclaustrarse en su casa para evitar cualquier tipo de peligro, confiesa en sus diarios que supo de la existencia de

¹¹⁸ FRITZSCHE, P., *Vida y muerte en el Tercer Reich*, pp. 209-210.

¹¹⁹ GELLATELY, R., *No sólo Hitler*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 279-280.

Auschwitz en 1942, si bien desconocía la dolorosa magnitud de lo que allí acontecía. Si él, una persona que se enteraba de lo que ocurría en el mundo a través de la lectura de periódicos censurados por un gobierno totalitario, de las escuchas de una radio y de los rumores a los que tenía acceso, pudo enterarse de lo que ocurría, cualquier ciudadano de a pie podría haberlo hecho con suma facilidad. Bastaba con abrir los ojos a la realidad. En lugar de eso, la sociedad alemana asfaltó el camino hacia los campos con su silencio. Sabían de su existencia, pero también sabían que el asunto era tan delicado y tan peligroso de abordar, incluso con los seres de confianza, que decidieron que lo mejor era no saber. Los campos de concentración se convirtieron en un secreto a voces del que nadie quería tener conocimiento, que se negaron a creer y ante el cual prefirieron mirar para otro lado. A falta de un conocimiento específico que se negaban a obtener, los ciudadanos preferían pensar que las masacres no eran más que pogromos puntuales, sin un carácter sistemático; querían creer que a lo sumo podían destruirse comunidades enteras, pero no exterminar a una población. A pesar de que conocían la necesidad de ayuda de las víctimas, cayeron en la trampa de la complicidad civil que buscaban Hitler y los suyos. De esta manera, cuando la fortuna dio la espalda a Alemania en la guerra, viéndose también como perpetradores, la población prefirió seguir apoyando a su gobierno y vivir con el conocimiento de sus crímenes a hacer frente a una derrota que les haría reconocer su colaboración y que podría transformarlos en las mismas víctimas que antes habían ignorado. La vergüenza y el miedo triunfaron sobre la culpa. El Partido Nazi había logrado convencerles de que también ellos, también el pueblo, la *Volksgemeinschaft*, había sido perpetradora de los crímenes.

Los campos de concentración revelaron la terrible verdad de que la *natalidad* del ser humano, su capacidad para emprender y llevar a cabo nuevas acciones, podía traer, además de un nuevo comienzo, el principio del fin para muchos. La existencia de Auschwitz demostró que la presencia del Infierno en la Tierra no requiere de intervención divina ni de apocalipsis alguno, sino que puede ser construido por la mano del hombre. «El infierno totalitario –nos dice Arendt– demuestra sólo que el poder del hombre es más grande de lo que se habían atrevido a pensar y que el hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra se abra»¹²⁰. El nacionalsocialismo, como haría el estalinismo, descubrió al mundo la existencia de nuevos crímenes para los que no había castigo ni perdón posibles. «Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía»¹²¹. Sin embargo, Arendt abandonaría muy pronto el uso del término «mal radical» para referirse a lo que quería expresar. El nacionalsocialismo había presentado al mal bajo un nuevo rostro, más subrepticio, peligroso y difícil de detectar para los demás: el «mal banal».

¹²⁰ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 600.

¹²¹ *Ibid.*, p. 615.

UN NUEVO ROSTRO DEL MAL: LA *BANALIDAD DEL MAL*

Susan Neiman destaca que todas las descripciones del mal contemporáneo resaltan su radical diferencia con todo cuanto ha ocurrido antes. «Hay algo en los crímenes y los infortunios del presente que nos escandaliza en tal forma que apenas describirlos parece una torpeza»¹²². Las formas del mal desarrolladas a lo largo del siglo XX han ido presentando una serie de exigencias que la conciencia moderna no ha podido o no ha sabido afrontar. Auschwitz supone el mejor ejemplo de ello. Emmanuel Lévinas declaró que Auschwitz había roto de manera definitiva con las teodiceas, pues nadie lograba encontrar un significado para el mal que allí se había engendrado. Lyotard, recordando el acontecimiento de Lisboa, lo había comparado con un terremoto que destruyó «no solamente vidas y edificios, sino también los instrumentos empleados para medirlo, de modo que la devastación no puede ser debidamente evaluada»¹²³. Auschwitz no sólo hizo que la humanidad perdiera la fe en sí misma; también la dejó conceptualmente aniquilada al revelar una posibilidad en su naturaleza que hubiera preferido no conocer. El terror y la inhumanidad del nacionalsocialismo rebasaron cualquier expectativa, logrando de la manera más cruenta que lo imposible se hiciera realidad.

En su prólogo a *Los orígenes del totalitarismo* Hannah Arendt escribía: «Y si es verdad que en las fases finales del totalitarismo éste aparece como un mal absoluto (absoluto porque ya no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles), también es cierto que sin el totalitarismo podríamos no haber conocido nunca la naturaleza verdaderamente radical del mal»¹²⁴. En su correspondencia con Karl Jaspers, Arendt habla de este «mal radical» como aquél para el cual las prohibiciones morales tradicionales no se muestran adecuadas para evaluarlo ni castigarlo; es un mal allende los motivos pecaminosos e inteligibles del ser humano. En la misma carta, Arendt lo cataloga además de la siguiente manera:

No sé lo que el mal radical sea en realidad, pero me parece que de algún modo tiene que ver con esto: hacer que los seres humanos en tanto seres humanos se vuelvan superfluos (no usarlos como medios para un fin, lo que deja intacta su esencia humana y sólo choca con su humana dignidad; en cambio, volverlos superfluos en tanto seres humanos). Esto sucede apenas se elimina toda impredecibilidad (la cual, en los seres humanos, es el equivalente de la espontaneidad). Y todo esto, a la vez, surge a partir de –mejor dicho, se da junto con– el delirio de omnipotencia (no simplemente el afán de poder) del hombre individual.

¹²² NEIMAN, S. *El mal en el pensamiento moderno*, FCE, México D.F., 2012, p. 305.

¹²³ *Ibid.*, p. 320.

¹²⁴ ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, p. 27.

Si un hombre *qua man* es omnipotente, entonces no hay motivo, en efecto, para que existan los hombres en plural, así como en el monoteísmo es la omnipotencia de Dios la que lo hace ser el Único. De la misma forma, la omnipotencia de un hombre individual vuelve superfluos a los hombres.¹²⁵

Recogiendo el análisis de Richard Bernstein para analizar estos tres rasgos apuntados por Arendt, en primer lugar observamos que dentro de la ideología del nacionalsocialismo las leyes de la Naturaleza y de la Historia trascienden cualquier aspiración particular, de modo que permiten sacrificar a todos los individuos que vean necesarios para su causa. Es más, los propios líderes del régimen no sólo contemplan a las víctimas como superfluas sino que ellos mismos también son superfluos en tanto en cuanto se ven como meros vehículos de dichas leyes. Con los campos de concentración esta superfluidad adquiere su sentido más profundo y chocante, arrebatando al hombre toda su dignidad y transmutando su naturaleza a través de tres pasos de dominación: la muerte de la persona jurídica, el asesinato de la persona moral y, por último, la destrucción de la individualidad. Cumplidos estos tres requisitos la persona queda carente de toda libertad, espontaneidad y solidaridad humana, tornándose en un haz de reacciones fácilmente intercambiable. Esto es la superfluidad.

Estrechamente vinculado a este aspecto se encuentra, por tanto, la eliminación de la *impredecibilidad*, una noción que en Arendt se encuentra ligada al concepto de «natalidad», esto es, la capacidad del hombre para iniciar algo nuevo, algo impredecible. Espontaneidad, impredecibilidad, individualidad, libertad, pluralidad, natalidad, etc., son rasgos propios de la acción humana, es decir, es lo que hace la vida propiamente *humana*. Arrebatárselos al hombre, es decir, volverle superfluo, significa de manera literal transformar a los seres humanos de tal modo que dejen de ser humanos. Quedan reducidos a algo que ni siquiera es animal, se convierten en *Muselmänner*.

El último «tren de ideas» arendtiano, el cual se encuentra también a los anteriores, es la reflexión sobre la omnipotencia y la pluralidad. La «pluralidad» para Arendt es entendida como algo más que la simple «otredad» o «diferencia», pues no sólo resalta la singularidad del individuo, que se resiste a dejarse reducir a una esencia común, sino que también es el espacio de la vida política, la mirada distinta y particular, sólo suya, que cada uno tiene sobre el mundo. En su *hybris* de omnipotencia, viéndose como los nuevos dioses del mundo capaces de moldear a la humanidad, los nazis pensaron que todo era posible y buscaban eliminar la pluralidad de sus víctimas. Su total dominación pretendía organizar la infinita diversidad y pluralidad de los hombres como si toda la humanidad fuera un solo individuo, lo cual únicamente podía lograrse reduciendo a todas las personas a un haz invariable de reacciones que pudiera ser azarosamente intercambiados por cualquier otro.

Sin embargo, Arendt no tardó en abordar el problema del mal desde una nueva perspectiva. A pesar de que el totalitarismo, especialmente con los campos de concentración, había mostrado su faceta más asoladora y radical, quedaba la duda de cómo había podido irrumpir en el mundo, de qué

¹²⁵ BERNSTEIN, R., *El mal radical*, Lilmod, 2012, p. 317.

medios se había valido para hacer su aparición. A través de los diversos juicios realizados en Núremberg y en todas las regiones importantes de Alemania, Arendt se percataba de que los acusados no eran seres excepcionales. Los miembros de la Gestapo, la policía, las SS, etc. eran en su mayoría personas normales y corrientes; no mostraban ningún atributo que los hiciera intrínsecamente malignos. El mayor mal cometido en la historia de la humanidad había sido perpetrado por individuos que «sólo habían obedecido órdenes», no movidos por impulsos asesinos ni sádicos. El problema que surgía entonces es el de cómo explicar que hombres perfectamente normales, sin ningún tipo de intención malévola, aceptaran y llevaran a cabo la muerte de sus semejantes. A esto es a lo que trata de responder la idea «banalidad del mal».

Respondiendo a la feroz crítica lanzada por el historiador israelí Gershom Scholem a raíz de la publicación del libro *Eichmann en Jerusalén*, donde se plasma la tesis del «mal banal», Hannah Arendt afirma lo siguiente: «En efecto, ahora opino que el mal nunca es “radical”, que sólo es extremo, y que no posee ni profundidad ni dimensiones demoníacas. Puede crecer anormalmente y asolar el planeta porque se esparce como un hongo por la superficie. Es “desafiante para el pensamiento”, como dije, porque el pensamiento trata de llegar a algo profundo, de ir hasta la raíz, y cuando se ocupa del mal, se frustra, porque no encuentra nada. Ésa es la “banalidad”»¹²⁶. Ahora Arendt hace hincapié en que el mal es extremo, no radical, llamando la atención acerca de que no posee profundidad sino que, por el contrario, se encuentra en la superficie. El término «radical» ya no es concebido como un «ir hasta sus raíces más profundas», y es por eso precisamente que resulta «desafiante para el pensamiento», porque éste siempre va en busca de algo que tenga profundidad. El nuevo significado que confiere al término «radical» es completamente independiente de éste, pues queda ahora asociado a la «superfluidad». Según Arendt, el mal del siglo XX es aquél que vuelve superfluos a los hombres y cuyas motivaciones no deben rastrearse hasta insondables deseos ni recónditos anhelos, sino que están a flor de piel, en la superficie, formando parte de cada uno de nosotros.

Sin duda alguna, el juicio realizado a Adolf Eichmann en la ciudad de Jerusalén en 1961 fue el factor detonante en este cambio de planteamiento. Miembro del cuerpo de la Gestapo, Eichmann estaba al mando de la Subdirección IV-B de la RSHA –Oficina Central de Seguridad del Reich–. Su posición no era alta ni especialmente destacada pero se volvió una figura clave al tener el control de los transportes y las deportaciones dentro de la *Solución Final*. Manchadas sus manos con la sangre de casi seis millones de judíos –parece ser que incluso él mismo presumía en Argentina de haber estado al mando de esas deportaciones–, todo el mundo esperaba encontrarse a un ser sádico y despreciable, alguien en cuyo rostro se reflejase el sello distintivo del mal. Sin embargo, el hombre que acudió al juicio era una persona completamente normal, «de estatura media, delgado, de mediana

¹²⁶ *Ibid.*, p. 334.

edad, algo calvo, con dientes irregulares, y corto de vista, que a lo largo del juicio mantuvo la cabeza, torcido el cuello seco y nervudo, orientada hacia el tribunal (ni una sola vez dirigió la vista al público), y se esforzó tenazmente en conservar el dominio de sí mismo, lo cual consiguió casi siempre, pese a que su impasibilidad quedaba alterada por un tic nervioso de los labios, adquirido posiblemente mucho antes de que se iniciara el juicio»¹²⁷. De la misma forma,

[...] seis psiquiatras habían certificado que Eichmann era un hombre «normal». «Más normal que yo, tras pasar por el trance de examinarle», se dijo que había exclamado uno de ellos. Y otro consideró que los rasgos psicológicos de Eichmann, su actitud hacia su esposa, hijos, padre y madre, hermanos, hermanas y amigos, era «no sólo normal, sino ejemplar». Y, por último, el religioso que le visitó regularmente en la prisión, después de que el Tribunal Supremo hubiera denegado el último recurso, declaró que Eichmann era un hombre con «ideas muy positivas».¹²⁸

Quedó así patente que el acusado no padecía ninguna enajenación ni tenía ninguna insania moral. De igual manera, tampoco constituía un caso de odio anormal hacia los judíos ni era un fanático antisemita; de hecho, era bastante probable que hubiese tenido una amante judía. Cualquiera podía darse cuenta de que aquel hombre no era el monstruo que se esperaba. Y con todo, seguía siendo directamente responsable del envío de millones de judíos a los campos de concentración y exterminio.

Podía pensarse que sus motivaciones respondían a un soterrado sentimiento de odio salvaje, al ansia de ver sufrir a sus semejantes, al deseo de sentirse dominador sobre los demás o a profundas motivaciones ideológicas. Sin embargo, la realidad volvía a desmentir este posible supuesto. Eichmann no fue de los primeros en ingresar en el Partido Nacionalsocialista y cuando se afilió no lo hizo movido por íntimas convicciones. Asimismo, como revelaron los psicólogos, tampoco era un loco ni ningún enfermo. Su única motivación había sido la ambición, el deseo de ascender en su carrera, de contentar a sus superiores y de albergar el sentimiento de pertenencia a una comunidad; era incapaz de plantearse cualquier otra alternativa. Acudir a la *Conferencia de Wannsee* en enero de 1942 suponía para él, más que ninguna otra cosa, un triunfo dentro de su trabajo, pues siendo el individuo de menor rango que acudió a aquella reunión sentía que había progresado lo suficiente como para poder compartir unas palabras, además de mesa y mantel, con algunos de los grandes jerarcas del nacionalsocialismo. El retrato de Eichmann seguía siendo tan humano como el de cualquiera de nosotros, y sus motivos se reducían a la banalidad de querer alcanzar una mayor progresión dentro de su profesión. «Fue el impacto de ver a Eichmann “en persona” lo que llevó a Arendt

¹²⁷ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, pp. 16-17.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 46.

a pensar que la gran malicia no era una condición necesaria para perpetrar (o para ser cómplice de) grandes crímenes. El mal podía asumir una forma “banal”, como en el caso de Eichmann»¹²⁹.

Durante el juicio, entre las muchas fórmulas y clichés que repetía hasta la saciedad, hubo uno que destacó por encima de todos los demás: Eichmann «sólo había obedecido órdenes»; su única culpa era su obediencia. De hecho, acusaba a aquellos que ostentaban el poder de haber abusado de la que tenía por su más alta virtud: «El súbdito de un buen gobierno es un ser afortunado, el de un mal gobierno es desafortunado. Yo no tuve suerte»¹³⁰. También argumentó que la única salida que hubiera tenido a su obediencia era el suicidio, algo que, como en su fuero interno sabía, resultaba rotundamente falso. Las investigaciones históricas revelan que para todo el personal dedicado a las labores de exterminio era relativamente fácil abandonar su puesto de trabajo sin sufrir graves consecuencias; Hitler y la cúpula de Partido querían para esta misión únicamente a hombres decididos y voluntariosos, por lo que no se ponían trabas a quien quisiera dejar de realizar su función. En cualquier momento uno de estos empleados podía solicitar su traslado, recibiendo a lo sumo un castigo de orden disciplinario o viendo impedida la posibilidad de seguir ascendiendo, pero en ningún caso su vida corría peligro. Eichmann lo sabía y su único temor era ver frenada su carrera.

Eichmann se veía a sí mismo como un ciudadano fiel y cumplidor de la ley: «tal como dijo una y otra vez a la policía y al tribunal, él cumplía con su *deber*; no sólo obedecía *órdenes*, sino que también obedecía la *ley*»¹³¹. Precisamente por ello nunca se vio a sí mismo como un canalla ni como un criminal; sus remordimientos habrían llegado de no haber cumplido las órdenes que obedecían la ley a la que él era fiel: la palabra del *Führer*¹³². Durante el juicio, Eichmann llegó incluso a declararse como un lector aficionado de las obras morales de Immanuel Kant, del que decía tener un conocimiento *de andar por casa*, o según sus propias palabras, «para uso casero del hombre sin importancia»¹³³. Afirmaba vivir según los preceptos éticos del filósofo prusiano, prestando especial atención a la definición kantiana del deber reflejada en el imperativo categórico. Sin embargo, bajo el III Reich, la máxima a la que debía obedecer había sido sustituida por la voluntad del *Führer*, de manera que el imperativo quedaba modificado para decir: «compórtate como si el principio de tus actos fuese el mismo que el de los actos del legislador o el de la ley común. O, según la fórmula del “imperativo categórico del Tercer Reich” debida a Hans Franck, que quizá Eichmann conociera: “Compórtate de tal manera, que si el *Führer* te viera aprobara tus actos”»¹³⁴. Dentro de su mentali-

¹²⁹ BERNSTEIN, R., *El mal radical*, p. 339.

¹³⁰ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 256.

¹³¹ *Ibid.*, p. 198.

¹³² Dado el odio que tenía Hitler hacia la burocracia y a las labores oficinistas, como la firma de documentos, su sola palabra llegó a tener *fuera de ley* en todo Reich, sin necesidad de que constase por escrito ninguna de sus órdenes. De hecho, en los escasos documentos que se conservan acerca de la *Solución Final*, la firma de Hitler no figura en ninguno.

¹³³ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 200.

¹³⁴ *Ibid.* La propia Hannah Arendt estalló contra esta interpretación del imperativo categórico kantiano, reflejando en su obra una crítica que se hace digna de mención: «Kant, desde luego, jamás intentó nada parecido. Al contrario, para él

dad, el éxito que Hitler había conseguido era motivo suficiente para obedecerle. Además, en caso de que lo necesitara, le bastaba echar un vistazo a su alrededor para tranquilizar su conciencia: ningún alto mando del Partido Nazi había puesto un solo «pero» a la *Solución Final* y, asimismo, la reacción que mostraba la «buena sociedad» era la misma que la suya. «No tuvo Eichmann ninguna necesidad de “cerrar sus oídos a la voz de la conciencia”, tal como se dijo en el juicio, no, no tuvo tal necesidad debido, no a que no tuviera conciencia, sino a que la conciencia hablaba con voz respetable, con la voz de la respetable sociedad que le rodeaba»¹³⁵. Desde esta perspectiva, Eichmann se concibió a sí mismo como una especie de Poncio Pilato, eludiendo toda responsabilidad. ¿Quién era él para juzgar las acciones de sus superiores, como Himmler, Heydrich, Göring o Bühler? Su único cometido, su única misión, era obedecer los mandatos que le encomendaban; y así actuó, decidiendo el destino de millones de inocentes.

Sin embargo, Eichmann no fue el único individuo que manifestó la nueva faceta del mal. Si pensáramos en él como una figura anómala o excepcional, cuyo comportamiento fue elevado a norma general entre los ciudadanos del III Reich exclusivamente a raíz de la popularidad de su proceso judicial, estaríamos en un craso error. Al igual que él, hubo otras personas que manifestaron la «banalidad del mal». Tal fue el caso de Franz Stangl. Stangl había nacido en un pequeño pueblo de Austria en 1908 y su vida profesional y personal no sólo había sido normal sino que era considerada ejemplar. Tras la muerte de su padre, cuando contaba con ocho años de edad, su madre volvió a casarse con un viudo que tenía dos hijos y se volvió inseparable de uno de sus hermanastros. De joven aprendió a tocar la cítara y pudo ganar algo de dinero dando lecciones particulares de dicho instrumento. Con tan sólo dieciocho años se convirtió en el maestro tejedor más joven de toda Austria. Tras superar unas duras pruebas ingresó posteriormente en la policía, donde su carrera tuvo un ascenso meteórico y gozó de enorme éxito profesional, llegando a trabajar como investigador en el espionaje de asuntos gubernamentales. En lo que refiere a su vida privada, en 1935 se casó con la mujer con la que estaba comprometido desde hacía mucho tiempo, una católica devota. Stangl adoraba a su esposa y respetaba su opinión; su matrimonio estaba caracterizado por la unión y la devoción que se profesaban ambos cónyuges. Fruto de su unión nacieron sus dos hijos, en los que volcó

todo hombre se convertía en un legislador desde el instante en que comenzaba a actuar; el hombre, al servirse de su “razón práctica”, encontró los principios que podían y debían ser los principios de la ley. Pero también es cierto que la inconsciente deformación que de la frase hizo Eichmann es lo que éste llamaba la versión de Kant “para uso casero del hombre sin importancia”. En este uso casero, todo lo que queda del espíritu de Kant es la exigencia de que el hombre haga algo más que obedecer la ley, que vaya más allá del simple deber de obediencia, que identifique su propia voluntad con el principio que hay detrás de la ley, con la fuente de la que surge la ley. En la filosofía de Kant, esta fuente era la razón práctica; en el empleo casero que Eichmann le daba, este principio era la voluntad del *Führer*. Gran parte de la horrible y trabajosa perfección en la ejecución de la Solución Final —una perfección que por lo general el observador considera como típicamente alemana, o bien como obra característica del perfecto burócrata— se debe a la extraña noción, muy difundida en Alemania, de que cumplir las leyes no significa únicamente obedecerlas, sino actuar como si uno fuera el autor de las leyes que obedece. De ahí la convicción de que es preciso ir más allá del mero cumplimiento del deber». *Ibid.*, pp. 200-201.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 186.

todo su amor y por quienes siempre fue querido. La suya fue en todo momento una familia ejemplar, el soporte afectivo y psicológico de su vida, hacia la que siempre se mostró leal y protector. A todas luces, Franz Stangl no sólo aparecía como un hombre común, sino modélico. Un hombre normal bajo cuyo mando estuvo el campo de exterminio de Treblinka, en el cual, durante los diecisiete meses que estuvo en funcionamiento, fueron asesinados entre 800.000 y 900.000 judíos.

Al igual que ocurrió con millones de personas, Stangl se había sentido identificado con el Partido Nazi y sus medidas autoritarias antes del *Anschluss* de 1938. Como todos los que apoyaron la anexión de Austria, no era ningún demente ni un ser sanguinario; tan sólo creía que el III Reich ayudaría a restaurar el orden de su nación y a imponer la autoridad del Estado. Cuando en 1939 la sección política de la policía austriaca fue absorbida por la Gestapo, recibió el rango de *Kriminalassistent*, puesto que consideraba inferior al que se merecía, y tras una enérgica protesta fue ascendido a *Kriminalbeamter*. En 1940 se le ordenó asumir, como encargado de la policía, la dirección de un instituto especial donde los nazis habían puesto en funcionamiento el programa secreto de eutanasia *Aktion T-4*, un centro en el que fueron asesinadas personas consideradas enfermas mentales incurables y, en su fase final, prisioneros políticos. La prueba resolutoria para saber que Stangl no sufría ningún tipo de enfermedad psicológica ni que tampoco disfrutaba con el sufrimiento ajeno fue su acción reacia a aceptar el puesto, una vez supo en qué consistía el programa. Sin embargo, Stangl fue convencido a través de la promesa de importantes ascensos y de su papel clave, el cual consistiría exclusivamente en mantener la ley y el orden dentro de la instalación. A su vez, también se le recordó que su renuncia traería consigo un peor puesto, el freno de su intachable carrera y el destino de aquellos de cuya lealtad se dudaba¹³⁶. A pesar de que no tardó en descubrir que todo lo que le habían dicho sobre el programa y sus garantías resultaba falso, Stangl permaneció en su puesto y lo desempeñó con la corrección que le caracterizaba; hasta tal punto, que jamás llegó a contarle a su esposa en qué consistía su nuevo trabajo.

En 1942, interrumpido el programa de eutanasia, Stangl fue enviado a Polonia bajo las órdenes del cruel *Polizeiführer* –Jefe de Policía– y General de las SS a cargo de los campos de exterminio Odilo Globocnik, quien lo introdujo en la denominada «Operación Reinhardt»¹³⁷:

Su misión iba a ser la de organizar la construcción de lo que se decía era una instalación de abastecimiento en Sobibor, y que, cosa que por entonces Stangl desconocía, se convertiría en uno de los varios campos de exterminio. Pero descubrió que el campo tenía una cámara de gas. La reconoció porque era idéntica a la utilizada en el programa de eutanasia. Por lo tanto, Stangl supo en aquel momento que no es-

¹³⁶ Al igual que en el caso de Eichmann, Stangl era plenamente consciente de que su vida no corría peligro en ningún momento. De haberse negado, su máximo castigo habría sido una sanción de orden disciplinario, nunca uno que acabara poniendo su vida, o la de su familia, en juego.

¹³⁷ Tras este nombre eufemístico, la «Operación Reinhardt», dirigida por Globocnik, escondía el propósito de asesinar a los judíos del Gobierno General de Polonia a través de métodos más efectivos que los fusilamientos de los *Einsatzgruppen*. El objetivo era que los campos de Belzec, Sobibor y Treblinka acabaran con la vida de tres millones de judíos. Se estima a través de esta acción fueron gaseadas 1.500 personas diarias.

taba construyendo un campamento de abastecimiento. Para ese entonces fue enviado a Belzec, un campo de exterminio que ya estaba en funcionamiento, y se enfrentó directamente a los horrores que se estaban cometiendo allí. Stangl le dijo a su superior en Belzec que no se sentía capaz de continuar con esta misión. El superior le respondió que informaría de aquello a las oficinas centrales y le ordenó que regresara a Sobibor. Stangl no supo nada más del asunto y continuó trabajando en la construcción de Sobibor. Cuando ésta terminó, empezó a funcionar como campo de exterminio al mando de Stangl. Durante los primeros dos meses de su existencia fueron asesinadas allí unas cien mil personas. Luego fue convocado a las oficinas centrales y, de la misma manera siniestra y ambigua que antes con el programa de eutanasia, Globocnik le dio una nueva misión: la de dirigir Treblinka. Se le plantearon nuevamente —y cara a cara— la posibilidad de un ascenso, como otras recompensas por su lealtad y la eficacia en los servicios, junto con las acostumbradas veladas amenazas en caso de deslealtad. Nada de esto se le dijo claramente, pero se lo insinuaron de tal manera que la amenaza cierta pudiera ser desmentida. Globocnik ignoró completamente su anterior pedido de que le asignaran otra tarea, y Stangl aceptó el trabajo de *Kommandant* de Treblinka.¹³⁸

Pese a los llantos y las súplicas de su mujer cuando se enteró del trabajo que desempeñaba su marido —a la que sin embargo logró convencer para que volviera a Austria haciéndole creer que sus actividades eran puramente administrativas— e inclusive de angustia después de contemplar con sus propios ojos el terror y la muerte de aquellos campos de exterminio, Franz Stangl obedeció con sumo celo las órdenes encomendadas por su superior. Bajo su dirección, Treblinka liquidó en menos de un año y medio a casi un millón de personas. Con tanta eficiencia desempeñaba Stangl su cometido que en enero de 1944 el propio Heinrich Himmler propuso su condecoración con la *Cruz de Hierro*, definiéndole como «el mejor *Kommandant* de campo en Polonia»¹³⁹.

Después de ser capturado en Brasil en 1968, extraditado a Alemania y condenado a cadena perpetua por el Tribunal de Düsseldorf en 1970, en la entrevista que concedió a la periodista húngara Gitta Sereny¹⁴⁰, Stangl no se tenía a sí mismo como un asesino de masas sino por un hombre normal y corriente. Nunca había tenido la intención de asesinar o mandar ejecutar a nadie y para él la ausencia de esa intención era suficiente para eximirlo de toda culpa y responsabilidad. Desde la posición de Stangl, la intención requería de la concurrencia de dos factores: conocimiento y elección. Él siempre tuvo el conocimiento de todo lo que ocurría en el campo de exterminio, pero lo que a su juicio nunca tuvo fue la posibilidad de elegir, sino que sus opciones le vinieron impuestas desde arriba. La defensa de Stangl mantenía que no podía responsabilizársele por ser un asesino de masas puesto que él nunca decidió serlo. Curiosamente, la argumentación del que fuera *Kommandant* de Treblinka guarda fuertes similitudes con la del que fuera director de la Subdirección IV-B de la RSHA, Adolf Eichmann. Ninguno de ellos tenía sobre su conciencia el peso de ser un criminal por-

¹³⁸ KEKES, J., *Las raíces del mal*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2006, pp. 91-92.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 88.

¹⁴⁰ Cfr. SERENY, G., *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Edhasa, Barcelona, 2009.

que ambos se habían limitado a obedecer órdenes y consideraban que habían carecido de toda posibilidad de elección. Sin embargo, Stangl, al igual que Eichmann, sabía que semejante razonamiento resultaba falaz. Durante su estancia en Belzec solicitó a su superior que lo apartaran de las tareas que allí se realizaban al no sentirse capacitado para continuar adelante con ellas. De haber estado en peligro su vida, como supuestamente le insinuaban las veladas amenazas, nunca habría presentado tal renuncia. No fue el miedo lo que hizo que Stangl dirigiera Sobibor o Treblinka, ni tampoco un impulso despiadado y cruel. Lo que permitió a Stangl realizar su trabajo de una forma que levantó la admiración de sus jefes fue su ambición. Como Eichmann, su deseo de seguir ascendiendo en su carrera, de progresar y de ganarse el respeto de todos sus superiores venció a la culpa por la realización de sus horrendos crímenes. Fue la promesa de nuevos ascensos, de grandes emolumentos y de un mayor renombre entre las filas de los altos mandos del nacionalsocialismo lo que siempre convencía finalmente a Stangl para aceptar el puesto que le ofrecían. Una vez allí, su forma de ser le hacía desempeñar su trabajo con meticulosa eficiencia: «Tenía que hacerlo tan bien como pudiera. Así es como soy», le confesó a Gitta Sereny¹⁴¹.

Eichmann y Stangl no fueron excepciones dentro del III Reich, sino muestras o ejemplos de la actitud de la población. Aquellos que participaban en las persecuciones raciales también eran personas normales, padres de familia, trabajadores ejemplares, madres cariñosas con sus hijos y jóvenes prometedores, que sucumbían a una ideología y se dejaban modelar por una cultura basada en una jerarquía marcada por la raza, la unidad de la *Volksgemeinschaft*, el culto al *Führer* y la conquista del *Lebensraum*. Durante el proceso de desnazificación en Alemania, la mayor parte de los miembros que habían formado parte de la Gestapo sostenía que no ofrecieron resistencia a su afiliación al temer por su vida y la de sus familiares –para no ser condenados por deslealtad y enviados a un campo de concentración– y porque debían cumplir con su deber de oficial. Se veían como víctimas de un régimen que les había obligado a adherirse al cuerpo de la Gestapo y al Partido Nacionalsozialista, y sometidos a una cadena jerárquica de mando. Otros también argüían que no habían colaborado solos sino con ayuda de la población; e incluso algunos afirmaban que su actuación había servido para interceder por ciertas personas y salvarles la vida. Sin embargo, la triste realidad es que sus motivos no eran distintos a los que ya hemos visto. De no haber formado parte de la Gestapo o de la policía sus vidas no se habrían visto amenazadas; su mayor perjuicio habría sido tener que buscar otro trabajo. Quienes colaboraron en la persecución y en el exterminio nazi lo hicieron, en su mayoría, por motivos banales, en su sentido de motivos corrientes y comunes: algunos vieron la ocasión para seguir ascendiendo en su carrera, otros querían conservar su puesto, y muchos, simplemente, querían tener una vida serena y acomodada, libres de toda perturbación.

¹⁴¹ KEKES, J., *Las raíces del mal*, p, 101.

Si podemos poner a las figuras de Adolf Eichmann y Franz Stangl como ejemplos de ello, es porque reflejan paradigmáticamente el mal que la ideología, unido a la banalidad de sus motivaciones, pudieron ocasionar. Ambos eran perfectamente conscientes de lo que ocurría, los dos sabían de primera mano que lo que estaban haciendo era contribuir al asesinato frío y sistemático de millones de personas en Europa, y aún así fueron partícipes de ello. Lograron crear una barrera psicológica y un distanciamiento del mundo a partir del cual podían levantarse todas las mañanas para acudir a su puesto de trabajo como si de un puesto de oficina o de supervisor de un almacén se tratara. Eichmann logró esto con la mediación que le proporcionaba la burocracia. Personalmente era incapaz de matar, pero no de mandar a la muerte; nunca dio una orden directa para asesinar o no a los judíos, pero sí colaboró para permitir y posibilitar la realización de las matanzas. Eichmann sabía perfectamente que la inmensa mayoría de personas que viajaban en los trenes de cargamento que él regulaba tenían la muerte como destino. En sus diversos viajes de supervisión pudo contemplar ejecuciones en caminos de gas en Chelmno, fusilamientos en Minsk o las instalaciones de Auschwitz y Treblinka. No obstante, rehusó siempre presenciar cualquier tipo de ejecución masiva y sus visitas tenían un gran impacto psicológico para él. Sobre su visita a Chelmno dijo en el juicio:

No sé cuantos judíos entraron, apenas podía mirar la escena. No, no podía. Ya no podía soportar más aquello. Los gritos... Estaba muy impresionado, y así se lo dije a Müller cuando le di cuenta de mi viaje. No, no creo que mi informe le sirviera de gran cosa. Después, seguimos al camión en automóvil, y entonces vi la escena más horrible de cuantas recuerdo. El camión se detuvo junto a un gran hoyo, abrieron las puertas, y los cadáveres fueron arrojados al hoyo, en el que cayeron como si los cuerpos estuvieran vivos, tal era la flexibilidad que aún conservaban. Fueron arrojados al hoyo, y me parece ver todavía al hombre vestido de paisano en el acto de extraerle los dientes con unos alicates. Aquello fue demasiado para mí. Volví a entrar en el automóvil y guardé silencio. Después de haber presenciado esto era capaz de permanecer horas y horas sentado al lado del conductor de mi automóvil, sin intercambiar ni una sola palabra con él. Fue demasiado. Me destrozó. Recuerdo que un médico con bata blanca me dijo que si quería podía mirar, a través de un orificio, el interior del camión, cuando los judíos aún estaban allí. Pero rehusé la oferta. No podía, tan sólo me sentía con ánimo para irme de allí.¹⁴²

Y de su visita a Minsk declaró:

«Tan solo vi a unos cuantos jóvenes que se ejercitaban disparando sobre las cabezas de los muertos que se encontraban en el hoyo». Sin embargo, Eichmann también vio, «y esto fue demasiado para mí, una mujer a la que le estaban rompiendo los brazos; entonces mis rodillas flaquearon, y salí corriendo de allí».¹⁴³

Resulta claro que Eichmann estaba lejos de ser un sádico o el monstruo infernal que todos auguraban. Simplemente vio lo justo para estar bien enterado acerca de cómo funcionaba la maquinaria

¹⁴² ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 130.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 131

de exterminio —cámaras, camiones, fusilamientos, engaño a las víctimas, etc.— y así poder realizar de la manera más correcta posible su función, tras la mesa de su despacho. Su personalidad refleja paradigmáticamente lo que Bauman quiso expresar con el término weberiano «honor del funcionariado». Eichmann estaba imbuido por una responsabilidad única y exclusivamente técnica, convirtiendo su acción en un fin en sí mismo que era evaluada únicamente según un baremo de éxito o fracaso, es decir, según un criterio de eficiencia. Su única motivación era la orden de sus superiores, y su sola misión, el cumplimiento más eficaz de la misma. Unido a ello, la división del trabajo proporcionada por el procedimiento burocrático le ayudaba a establecer una distancia moral y psicológica con las víctimas, reducidas para él a cifras que debía ordenar y ubicar en cuadrantes para las deportaciones. La conciencia de Eichmann eludió toda responsabilidad, guiada bajo el precepto burocrático de acatar las órdenes típicas de su cargo. Por ende, para él, el contenido de dichas órdenes no le incumbía, pero sí el mandato «cumple órdenes».

«Ninguna relación tuve con la matanza de judíos —declaró en el juicio—. Jamás di muerte a un judío, ni a persona alguna, judía o no. Jamás he matado a un ser humano. Jamás di órdenes de matar a un judío o a una persona no judía. Lo niego rotundamente». Más tarde matizaría esta declaración diciendo: «Sencillamente, no tuve que hacerlo». Pero dejó bien sentado que hubiera matado a su propio padre, si se lo hubieran ordenado.¹⁴⁴

Inclusive llegó a alegar que, para él, el pecado imperdonable no era matar, sino el de causar sufrimiento innecesario, como hacían los *Einsatzgruppen*. En este sentido, consideraba las cámaras de gas como una mejora del gobierno para los judíos. Matarlos por medio del gas era para Eichmann tratarlos de una manera «humanitaria», como humanos, al contrario que hacían el ejército o los grupos de operaciones. Tal era su convencimiento, que nunca pareció caer en la cuenta, por inverosímil que parezca, de que los judíos seguían muriendo igual o de que las condiciones de los campos, el engaño antes de su muerte, los instantes previos a la entrada de los judíos a las cámaras, etc. desmentían esa supuesta «humanidad».

Por su parte, Franz Stangl consiguió elaborar una coraza protectora entre él y sus operaciones fundamentalmente a través de la rutina de su trabajo. Uno de los operarios de las SS llegó a decir que lo que más le preocupaba era que el campo de exterminio funcionara como un reloj: que los trenes llegasen a su hora, se descargara a los judíos, se los separara en hombres y mujeres, se recogieran sus ropas y objetos de valor, se los condujeran a las cámaras de gas y se incineraran sus cuerpos. En *Las raíces del mal*, John Kekes recoge el testimonio que ofreció a Gitta Sereny acerca de un día normal en su trabajo:

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 41.

«Estaba trabajando en mi oficina –había mucho papeleo– hasta aproximadamente las 11 de la mañana. Entonces hacía mi siguiente recorrida, comenzando por la *Totenlager* (la cámara de gas). A esa altura, estaban muy adelantados con el trabajo». Sereny explica: «Quería decir que en ese momento las 5.000 o 6.000 personas que habían llegado aquella mañana ya estaban muertas: el “trabajo” era el traslado de los cuerpos, que tomaba la mayor parte del resto del día y durante algunos meses continuaba durante la noche». Stangl continúa: «A esa altura de la mañana todo estaba casi terminado en el campamento de más abajo. Un cargamento se resolvía normalmente en dos o tres horas. A las 12 almorzaba –generalmente teníamos carne, papas y algunas verduras frescas, como coliflores, que en poco tiempo cultivamos nosotros mismos– y después del almuerzo me tomaba un descanso de media hora. Después, otra recorrida y más trabajo en la oficina».¹⁴⁵

Stangl llevaba a cabo una vida normal e incluso monótona. A la vista de su testimonio, contemplando su actitud y su vocabulario, nadie diría que a su alrededor estaban siendo exterminadas diariamente miles de personas. En su interior Stangl sabía que colaboraba con el mal; por eso mintió a su mujer sobre su trabajo y su grado de compromiso con el campo, separó a su familia de Treblinka y trataba de justificarse continuamente ante su conciencia con lo que le habían enseñado en la academia de policía. Sin embargo, logró confeccionar una serie de estratagemas para insensibilizarse y protegerse a sí mismo del horror que dirigía y que se estaba produciendo. La primera de ellas fue negar la humanidad de las víctimas. Llegó a convencerse de que aquello con lo que trataba no eran seres humanos, sino *cargamento*; no los contemplaba como individuos sino como una inmensa masa de carne pudriéndose. La segunda de sus estrategias fue ver el horror como rutina, llevando a cabo, como hemos visto, una vida llena de hábitos que le permitieron acabar por habituarse a las eliminaciones. Y por último, trataba de idear otras tareas y actividades de diversa índole –pero alejadas de su actividad principal– con los que mantener la mente ocupada y distraer su atención. A la pregunta de si sería acertado decir que se acostumbró a las ejecuciones, él mismo respondía:

A decir verdad, uno se acostumbraba a ellas... Pasaron meses antes de que pudiera mirar a uno de ellos a los ojos. Reprimí todo tratando de crear un lugar especial: jardines, nuevas barracas, nuevas cocinas, todo nuevo... Había cientos de maneras de apartar la mente del asunto, las usé todas... Por supuesto, los pensamientos venían. Pero los apartaba con fuerza. Me concentré en el trabajo. Trabajo y trabajo, una y otra vez.¹⁴⁶

Stangl llegó a elaborar una barrera psicológica tan potente que nunca llegó a ver la importancia simbólica que tenía el hecho de que, mientras los miembros de las SS del campo vestían con uniformes grises y negros, él lo hiciera de un blanco inmaculado. Mientras los judíos que llegaban a la estación de Treblinka lo veían como la figura del ángel exterminador, el único razonamiento que era capaz de hacer es que se confeccionó aquel traje porque «hacía calor». Stangl «consiguió funcionar

¹⁴⁵ KEKES, J., *Las raíces del mal*, p. 88.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 103.

en otro nivel, donde podía impedir que sus conocimientos y sentimientos influyeran en sus actos. Podía dirigir el horror porque no se permitía verlo como horror»¹⁴⁷.

Adolf Eichmann y Franz Stangl pasaron a encarnar un nuevo tipo de criminal que nada tiene que ver con lo que habitualmente asociamos a ellos. Lo más grave de sus casos es que precisamente hubo muchos hombres como ellos «y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales»¹⁴⁸. No tenían ninguno de los rasgos subjetivos que asociamos a los malhechores, no eran engendros despiadados e inhumanos, ni tampoco actuaban con alevosía y premeditación, como dispone la jurisprudencia ordinaria para evaluar los crímenes por asesinato; y sin embargo sus crímenes fueron los más atroces conocidos por la faz de la humanidad. «El problema no es que los asesinos nazis hayan sido particularmente brutales o particularmente desalmados, sino precisamente que, con mucho, no lo eran»¹⁴⁹. La conciencia de todos quedaría más tranquila si Auschwitz hubiera sido únicamente un problema nacional, un producto típicamente alemán cuyos crímenes probarían algo acerca de una nación en un tiempo determinado, pero que no mostrarían nada acerca de la humanidad en su conjunto. Ojalá esto hubiera sido así. Lo que nos horroriza es que fueron los seres humanos los responsables de esta atrocidad. Sería más sencillo concluir, como hicieron en Jerusalén, que personas como Eichmann eran unos embusteros y tenían una conciencia criminal de sus actos; pero no eran así. Para la humanidad hubiera sido más fácil si los nazis se hubieran delineado como los villanos de Sade, personas sedientas de violencia, sangre, crueldad y horror, que encarnaran en sus rostros el estigma de la maldad pura. Los hombres querrían por lo menos haberse enfrentado a una imagen prototípica del mal, a los modelos que encontraban en las novelas, el teatro y las películas, alguien fácil de señalar al grito de: «¡Ellos son los malos! ¡Ésa es la maldad!». Querrían haber tenido ante sí a un enemigo que se identificase bajo la consigna de «¡Vengo a declarar la guerra a la paz y a la felicidad!». Ello les hubiera ayudado a explicar el horror que sacudió al mundo. Sin embargo, estos villanos de Sade o las personas malignas por naturaleza son relativamente infrecuentes. No solemos encontrarnos en nuestra vida cotidiana a personas movidas exclusivamente por el odio, la codicia, el deseo de hacer daño a los demás, amantes de la destrucción y que además se designen a sí mismos como «malvados». El mal adopta en la realidad otras formas, lejanas a las folclóricas y clásicas representaciones del mal diabólico o de la figura de Lucifer. «Es más frecuente que estemos amenazados por quienes tienen intenciones indiferentes o mal orientadas que por quienes las tienen malignas; aun las formas deliberadas de maldad son a menudo tan insignificantes que nos desconciertan»¹⁵⁰.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 104.

¹⁴⁸ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 402.

¹⁴⁹ NEIMAN, S. *El mal en el pensamiento moderno*, p. 322.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 356.

El peligro de este nuevo mal, del «mal banal», es justamente que se oculta tras las acciones, las motivaciones y, sobre todo, tras de los hombres absolutamente normales, haciéndose con ello más difícil de detectar y suponiendo una amenaza todavía mayor para la humanidad. Esta inédita apariencia del mal es lo que para Hannah Arendt constituía su mayor amenaza:

Desde el punto de vista de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros criterios morales, esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las atrocidades juntas, por cuanto implicaba que este nuevo tipo de delincuente –tal como los acusados y sus defensores dijeron hasta la saciedad en Núremberg–, que en realidad merece la calificación de *hostis humani generis*, comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad.¹⁵¹

Y sentencia con la siguiente pregunta: «¿Alguno de los acusados habría sentido remordimientos de conciencia, en caso de ganar la guerra?»¹⁵².

Caracterizando esta «banalidad del mal», la autora de *Eichmann en Jerusalén* apunta que a la hora de referirse a él lo hacía sólo a un nivel «estrictamente objetivo», limitándose a señalar un fenómeno que en el juicio se había mostrado hartamente evidente:

Eichmann no era un Yago ni era un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que «resultar un villano», al decir de Ricardo III. Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su personal progreso. Y, en sí misma, tal diligencia no era criminal; Eichmann hubiera sido absolutamente incapaz de asesinar a su superior para heredar su cargo. Para expresarlo en palabras llanas, podemos decir que Eichmann, sencillamente, no supo jamás lo que se hacía.¹⁵³

Arendt menciona entonces la «banalidad del mal» como algo puramente fáctico, resaltando que Eichmann no se percató en ningún momento de lo que estaba haciendo ni de las consecuencias últimas que desencadenaría su acción. No quiere decir que no se diera cuenta de que estaba enviando a millones de personas a la muerte, no era estúpido, sino que ello no implica que los motivos que le empujaban a actuar fuesen malvados o demoníacos¹⁵⁴. Diez años después del juicio, en su ensayo «Pensamiento y consideraciones morales» Arendt volvería a insistir en que la «banalidad del mal» no se refiere a ninguna doctrina o teoría sino al «fenómeno de malas acciones cometidas a escala gigantesca y que no podía remitirse a ninguna malicia, patología o convicción ideológica peculiar por parte del implicado, cuyo único rasgo distintivo era quizás una extraordinaria superfluidad»¹⁵⁵.

¹⁵¹ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, pp. 402-403.

¹⁵² *Ibid.*, p. 403.

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 417-418. El destacado es de la propia Arendt.

¹⁵⁴ Bernstein hace bien en subrayar en una nota a pie de página de *El mal radical* que Arendt subestima el fanatismo ideológico de Eichmann, recordando que aun cuando la cúpula del Partido Nacionalsocialista dictaminó el fin de las deportaciones y del exterminio, dada la situación de la guerra, él siguió colaborando para formar Consejos Judíos como el de Budapest con el fin de facilitar y proseguir con las deportaciones. No obstante, también destaca que es preciso «distinguir la cuestión histórica de la exactitud de la caracterización que hace Arendt de Eichmann de la cuestión conceptual de que los individuos pueden cometer malas acciones a escala gigantesca sin que esos hechos remitan a motivos monstruosos, demoníacos o malignos». BERNSTEIN, R., *El mal radical*, p. 336.

¹⁵⁵ BERNSTEIN, R., *El mal radical*, p. 337.

Con ello lo que se pone en cuestionamiento es la larga tradición filosófica, teológica, moral y legal de que las malas acciones presuponen malas intenciones y malos motivos, así como que el grado de maldad manifestado por los actos se encuentra en correspondencia con el grado de malicia de los motivos. Los actos más monstruosos podían cometerse sin un móvil monstruoso.

Auschwitz y el nacionalsocialismo revelaron al mundo que los crímenes más inmensos podían perpetrarse conducidos por motivos que resultaban *banales*. Las malas acciones no necesitaban ya de malas motivaciones. Fue de hecho la creencia de que una acción malvada necesitaba de una motivación maligna la que le permitió al III Reich convencer a su población para que hiciera caso omiso a las objeciones morales que distribuía la propaganda aliada; sus actos, aunque aparentemente pudieran parecer criminales, estaban orientados por motivos nobles y aceptables, ergo no podían ser malvados. A partir de este razonamiento los nazis lograron producir, con menos maldad, más mal de cuanto hasta entonces había conocido la civilización. Su maquinaria del terror consiguió demostrar que a través de una serie de estructuras burocráticas, formadas por gente corriente que no llega a advertir con exactitud lo que está haciendo, pueden cometerse las más pavorosas tropelías. Lo que se pone así en juego es lo que resulta más atroz: «los crímenes más inimaginables pueden ser cometidos por la gente más ordinaria. [...] En el mal contemporáneo, las intenciones de las personas rara vez corresponden a la magnitud del mal que son capaces de causar»¹⁵⁶. Más adelante, Neiman vuelve a decir: «Auschwitz puso de manifiesto las brechas entre las piezas de nuestros conceptos de lo que es la intención. Ni la maldad ni la premeditación fueron suficientes para dar cuenta de todos los males que debían explicar»¹⁵⁷. Quedaban así refutados siglos de conjeturas acerca de la intencionalidad.

Lo que había convertido a personas como Eichmann o Stangl en los mayores asesinos de la historia de la humanidad no era una maldad intrínseca de sus corazones ni una mente demoníaca, sino su «irreflexividad», su nula habilidad para pensar y emitir juicios propios. Era este tipo de personas, carentes de todo pensamiento crítico y autónomo, el que el totalitarismo nazi pretendía construir. Fue su incapacidad para pensar desde el lugar de otros lo que permitió los mayores estragos conocidos por el mundo.

Situando a Eichmann como paradigma de esta irreflexividad, Arendt decía sobre él:

No, Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión –que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez– fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo. Y si bien esto merece ser clasificado como «banalidad», e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, también es cierto que tampoco podemos decir que sea algo normal o común. No es en modo alguno común que un hombre, en el instante de enfrentarse con la muerte, y, además, en el patíbulo, tan solo sea capaz de pensar en las frases oídas en los

¹⁵⁶ NEIMAN, S. *El mal en el pensamiento moderno*, pp. 347-348.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 356.

entierros y funerales a los que en el curso de su vida asistió, y que estas «palabras aladas» pudieran velar totalmente la perspectiva de su propia muerte. En realidad, una de las lecciones que nos dio el proceso de Jerusalén fue que tal alejamiento de la realidad y tal irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana. Pero fue únicamente una lección, no una explicación del fenómeno, ni una teoría sobre el mismo.¹⁵⁸

Durante el juicio Eichmann confesó que su único lenguaje era el lenguaje burocrático. A lo largo de todo el proceso se expresó básicamente a través de clichés y frases hechas, dando la sensación de que era incapaz de pensar y formular una frase propia; y cuando lo hacía, la repetía todas las veces que era necesario hasta que la convertía en un tópico. A pesar de la memoria deficiente que decía tener, siempre expresaba lo mismo y a través de las mismas palabras, lo que llevó a los jueces a pensar, equivocadamente, que tras la vacuidad de sus palabras se ocultaba algún pensamiento. Arendt llegó así a la conclusión de que su «incapacidad para hablar» se encontraba estrechamente unida a su «incapacidad para *pensar*», en especial desde la perspectiva de otra persona. Era imposible comunicarse con él, no porque fuera un hábil mentiroso, sino porque la ideología que le había sido inculcada le daba una segura protección contra las palabras y contra la propia realidad. Por lo tanto, le bastaba recordar su pasado para convencerse de que no se engañaba a sí mismo, pues él y el mundo en el que vivió habían estado en perfecta armonía. La sociedad alemana «había sido resguardada de la realidad y de las pruebas de los hechos exactamente por los mismos medios, el mismo autoengaño, mentiras y estupidez que impregnaban ahora la mentalidad de Eichmann. [...] La asombrosa facilidad con que Eichmann, tanto en Argentina como en Israel, admitía sus crímenes se debía no tanto a su capacidad criminal para engañarse a sí mismo como al aura de mendacidad sistemática que constituyó la atmósfera general, y generalmente aceptada, del Tercer Reich»¹⁵⁹. Adoctrinado, ideologizado, sin juicio propio ni herramientas para desarrollar una reflexión autónoma o un pensamiento crítico, veía compatible, a través de sus frases hechas, su colaboración activa dentro de la *Solución Final* y su falta absoluta de responsabilidad. Una actitud ante la cual Arendt sólo pudo decir: «a pesar de los esfuerzos del fiscal, cualquiera podía darse cuenta de que aquel hombre no era un “monstruo”, pero en realidad se hizo difícil no sospechar que fuera un payaso»¹⁶⁰.

Sin embargo, Hannah Arendt nunca quiso negar la responsabilidad que Eichmann había tenido en los crímenes; de hecho siempre estimo que la pena de muerte había sido justa, pese a que en el juicio moral que ella misma elaboró al final de su obra centraba su culpabilidad en que, aun teniendo mala suerte —como él mismo dijo—, quedaba el hecho de que cumplió y apoyó activamente una política de asesinato masivo. Lo que verdaderamente pretendía era demandar ante el mundo la necesidad de entender un nuevo tipo de responsabilidad. Una responsabilidad que, como apunta John

¹⁵⁸ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 418.

¹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 82-83.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 85.

Kekes, no puede pivotar ya exclusivamente sobre la intencionalidad, sino en la que debe tenerse en cuenta su combinación con otros factores y circunstancias, como puedan ser la falta de fortaleza moral, la personalidad o la renuncia a hacer uso del pensar para sólo obedecer órdenes.

De la misma forma, Arendt insiste en subrayar que precisamente durante el III Reich el mal perdió su característica distintiva de constituir una tentación. Sin embargo, la fórmula con la que lo refleja no alcanza a dar el significado que pretende. Evidentemente el gobierno de Hitler trató de realizarse a través de una inversión de los valores y transmitió a la conciencia de todos sus súbditos que el mandamiento judío «no matarás» debía ser transmutado por el «debes matar al enemigo de la nación». El mal se convertía así en norma, dejó de ser la prohibición que todos estamos tentados de realizar y nunca efectuamos; fue eliminada de la conciencia la barrera entre lo que debíamos hacer y lo que queríamos hacer, la voz que nos dicta «aunque quisieras hacer esto debes contenerte porque es inmoral». Sin embargo, es ineludible hacer notar un detalle crucial para esta reflexión, que permea el pensamiento arendtiano aunque no sea aquí expresado. Este planteamiento no quiere significar que la tentación del mal se diluyera entre la sociedad como una gota de aceite en medio del océano; lo que pretende destacar es que fueron los grandes males, como matar, los que dejaron de identificarse con las grandes tentaciones. Es en ese sentido en el que el mal abandonó su atributo de tentación, en el sentido que le atribuimos como tentación clásica y reconocible. Durante el nacional-socialismo, el mal, convertido en regla, dejó de ser una gran tentación y pudo pasar a ocultarse detrás de cualquier cosa, de las acciones más pequeñas y de los motivos más banales. La «tentación» tradicionalmente entendida dejó de poder distinguirse y la población cayó sumida en el embrujo del nazismo:

Muchos alemanes y muchos nazis, probablemente la inmensa mayoría, tuvieron la tentación de *no* matar, de *no* robar, de *no* permitir que sus semejantes fueran enviados al exterminio (que los judíos eran enviados a la muerte lo sabían, aunque quizá muchos ignoraban los detalles más horrendos), de no convertirse en cómplices de estos crímenes al beneficiarse de ellos. Pero, bien lo sabe el Señor, los nazis habían aprendido a resistir la tentación.¹⁶¹

Fue imponiendo el mal como norma, haciendo del bien la excepción, la manera en que la tentación fue eliminada de un bando para pasar a situarse en el otro. La palabra de Hitler, su ley, aquella en cuya dirección había que trabajar, impuso como nueva moral lo que siempre había ido contra los normales deseos e inclinaciones de la mayoría y la tentación de no obedecerlo era lo que ahora había que resistir. Haciéndose ahora habitual y filtrándose por todos los recovecos de la sociedad, el mal dejó de tener su poder de seducción y pasó a formar parte de la vida cotidiana de los hombres. Arendt estaba convencida de que sólo podríamos vencer la batalla contra el mal una vez hayamos empezado a reconocer que puede aplastarnos a través de maneras nimias y diminutas. Las grandes

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 219-220.

tentaciones siempre han sido las más fáciles de reconocer y, en ese sentido, más fáciles de resistir. El peligro del mal contemporáneo reside en que comienza mediante pequeños pasos triviales, imperceptibles pero insidiosos, de manera que para cuando queremos darnos cuenta del horror que hemos causado ya es demasiado tarde. El «mal banal» pretende dar cuenta de esta proporción: las causas más pequeñas, los móviles más banales, pueden dar lugar a las consecuencias más vastas y a los crímenes más grandes de la humanidad.

CONCLUSIÓN: UNA ADVERTENCIA A LA HUMANIDAD

El nacionalsocialismo causó la muerte aproximada de seis millones de judíos, 500.000 gitanos, 2.270.000 prisioneros de guerra soviéticos, 1.500.000 prisioneros alemanes, 125.000 personas por eutanasia y 3.000 suicidios de personas que prefirieron morir antes de ser atrapadas por el régimen. Por supuesto, no hay cifras claras ni definitivas sobre las muertes acontecidas durante el III Reich; muchos datos se mezclan, otros son muy difíciles de calcular y en otros existe amplia controversia, como en el caso de los judíos asesinados¹⁶². Aun así, con estos datos que hemos proporcionado, y siendo conscientes de que quedan sin incluirse diversos grupos, podemos realizar un simple cálculo. El nacionalsocialismo es culpable de haber acabado vilmente con la vida de, como mínimo, once millones de personas. Durante 12 años de gobierno esto significa más de 916.000 muertes por año, 76.400 muertes al mes, 17.628 muertos a la semana, 2.518 muertos cada día, 105 muertos cada hora, casi dos muertos por minuto, durante todos los minutos de todas las horas de todos los días de todas las semanas de todos los meses de todos los años del período contemplado, como decía Jonathan Littell en *Las benévolas*. Por supuesto, si añadimos a los soldados alemanes y aliados caídos en combate, el cálculo se dispara. Con ello no queremos hacer un nuevo baile de cifras. Queremos señalar que tras esos números, tras esas cifras, había personas, seres humanos con una vida, una familia, un pasado, un presente y un futuro como el nuestro, alguien que les quería, como tenemos nosotros; tenían sueños, esperanzas, deseos y anhelos, como los nuestros. Tenían una vida. Una vida que un gobierno asesino redujo con crueldad, de manera fría y sistemática a un hueco en una fosa o a humo expulsado por una chimenea. Imaginemos por un instante a nuestros seres queridos, a todos nuestros conocidos, sin faltar ninguno. Dentro de un minuto faltan dos, tu padre y tu madre; al minuto siguiente, tu hermano y tu hermana; al siguiente, tu hijo y tu hija; al siguiente, tu pareja y tu mejor amigo. Y así sucesivamente. Pongamos rostro a las víctimas, y nos aproximaremos sólo un poco más, pues experimentarlo como hicieron las víctimas es imposible, al horror del nazismo.

El III Reich y su consolidación mandaron un mensaje amenazante al mundo: el mensaje de la dominación, del control del ser humano a manos del propio ser humano, del alcance del terror, del poder de la ideología, de que el mal nunca descansa sino que aprende a camuflarse mejor en el entorno. Goebbels llegó a decir que los nazis pasarían a la historia como los mayores estadistas de

¹⁶² El historiador Raul Hilberg, al que nadie tacharía de antisemita, en *La destrucción de los judíos europeos* reduce el número de judíos a 5.100.000, cifra casualmente cercana a la proporcionada por Adolf Eichmann. Con esto queremos señalar sólo un ejemplo del debate que existe sobre las cifras de muertes en el nacionalsocialismo; en ningún momento se trata de apoyar ni simpatizar, nada más lejos, con las fraudulentas tesis negacionistas y revisionistas que a partir de estudios pseudocientíficos han tratado de reducir el horror causado por los campos de concentración.

todos los tiempos o como los mayores criminales. No se equivocaba, y afortunadamente quedaron retratados como lo que eran: los mayores asesinos de la humanidad. A pesar de esto, no hemos de infravalorar el poder y la eficacia con la que supieron organizar el Estado y dotarlo de una autoridad incontestable. Canalizando de la manera más acertada posible los sentimientos de la población y encontrando el equilibrio político que necesitaba en su idea de *Volksgemeinschaft*, el nazismo pasó a establecer un auténtico *anillo de hierro* sobre una masa sometida. Su sistema del terror aniquiló cualquier espacio que posibilitase al individuo cualquier opción la libertad. A través de su brazo más poderoso, la Gestapo, logró tener acobardados e intimidados a millones de personas. Ésta no era el gran hermano orwelliano deseado por todo sistema totalitario, pero eso no era lo importante; lo verdaderamente relevante es que los ciudadanos sí creían en su omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia, y la inspiración de ese miedo bastaba para que el conjunto de la población se mostrara dócil y sumiso. Por supuesto, esto tampoco quiere decir que la Gestapo fuera ineficaz, ni mucho menos, sino que ella misma, a través de la brutalidad de sus métodos y de sus nuevos conceptos de la ley y orden, supo crear la fama que le precedía. Si bien no todos los grupos de personas estaban igual de amenazados, sino que había colectivos mucho más victimizados que otros, e incluso algunos podían vivir relativamente tranquilos mientras no frecuentaran «malas compañías» ni buscasen problemas, en el fuero interno de todos ellos moraba el temor de que un agente con su característica gabardina llamara a la puerta de su casa para «invitarlo» a acudir a la jefatura.

Mientras el terror atenazaba a los alemanes por un lado, la ideología lo hacía por el otro. El Partido Nacionalsocialista elaboró una visión ficticia del mundo que colmaba el vacío espiritual de muchos alemanes gracias a la fácil y comprensible respuesta que daba a las preguntas que albergaban sobre el mundo. Gracias a esa ideología los ciudadanos vieron su época como una nueva era, una revolución que rompía con la decadencia que estaban atravesando; creyeron que la historia del mundo había sido una lucha de razas donde la suya, la suprema raza aria, se había visto siempre impedida por una subhumanidad cuyo único motivo de existencia era la destrucción: el judío. De la misma forma, asimilaron que Alemania requería de un *Lebensraum* para su plena realización que en ese momento se encontraba bajo el dominio de razas inferiores y que, en base al principio socialdarwinista de la ley del más fuerte, tenían derecho a conquistar. A través de su ideología, el nazismo supo dibujar un enemigo claro y definido, al que atribuía todas las cualidades malévolas y el origen de todas las desgracias. Los alemanes no se volvieron nazis por ser antisemitas o racistas, sino al contrario, se hicieron antisemitas y racistas por ser nazis. A través del adoctrinamiento y de la propaganda la ideología permeó todas las capas de la sociedad, llegó a cada individuo y lo reclutó para su movimiento. El «buen ciudadano» era aquel que apoyaba las medidas de su gobierno, rendía culto al *Führer* como líder del movimiento y salvador de Alemania, y ofrecía su ayuda para proteger a la nación de los enemigos que la acechaban. Terror e ideología quedaban así unidos para ejer-

cer un control total sobre la población y dar lugar a una *Gleichschaltung*, la coordinación o nazificación de todos los sectores de la sociedad alemana y su adecuación a los patrones del nazismo. El Partido Nacionalsocialista animaba a todos sus ciudadanos a presentar una denuncia contra cualquier individuo cuyas acciones pusieran o pudieran poner en peligro la integridad del *Volk* alemán. Se generó un ambiente inextinguible de sospecha mutua, en el que cualquiera podía ser un espía o informante en favor de la Gestapo; una simple riña entre amigos o familiares, una opinión dicha sin precaución o un comentario desafortunado eran susceptibles de dar origen a una investigación. Quizá el castigo no fuese muy grave si el acusado era un ciudadano «normal»; puede que incluso lograra salir airoso. Pero el miedo de que su caso fuera excepcional o que cualquier vecino, amigo, conocido o extraño pudiera interponer una denuncia mantuvo a la población amedrentada y autocontrolada. Un paso en falso podía suponer su perdición. Como ocurre en todo totalitarismo, por el hecho de pensar cualquier individuo era sospechoso, y en caso de acusación era culpable hasta que se demostrase lo contrario.

El campo de concentración significó el punto culminante del control totalitario, una ruptura antropológica que trataba de modificar la naturaleza humana y exterminar una de sus partes. El ser humano había presenciado grandes horrores en su historia: había visto matanzas, guerras, pogromos, pueblos devastados... La masacre de Babi Yar en 1942, en la que se acorraló a 50.000 judíos en un foso lleno de explosivos para hacerles volar por los aires y así no tener que enterrarlos, fue casi imposible de asumir para los alemanes que tuvieron noticia de ello. Los horrores del campo de concentración quedaban entonces muy lejos de lo que la mente y el corazón humanos podían y pueden hoy concebir. Durante el juicio a Eichmann, «los jueces dijeron explícitamente que los sufrimientos, a tan gigantesca escala, quedaban “fuera de la humana comprensión”, que eran “tema para los grandes escritores, los grandes poetas”, y que no podían ser objeto de la justicia de un tribunal»¹⁶³; pero ni siquiera los escritores y los poetas han podido dar verdadera voz a lo que allí ocurrió. Auschwitz se ha hecho inefable. No sólo fue el fin del mundo para una parte de la humanidad, como dijo Globocnik a Stangl¹⁶⁴; fue también el fin de un modo de ser de la humanidad.

El nacionalsocialismo se convirtió en el colapso de la civilización occidental a todos los niveles. Demostró cuán fácilmente las reglas de la moral y de la ética tradicional, las costumbres, los hábitos y los principios de libertad, igualdad, dignidad, respeto o fraternidad podían invertirse por sus opuestos, y como el mal podía aguardar de manera imperceptible allí donde menos lo esperásemos. Ésta es la advertencia que dio a la humanidad; una advertencia que no debemos permitir que caiga

¹⁶³ ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, p. 308.

¹⁶⁴ En su entrevista con Gitta Sereny, Stangl recoge la siguiente conversación con Odilo Globocnik: «“Es el fin del mundo”, le dije, y le conté sobre los miles de cadáveres pudriéndose. Dijo: “Se supone que es el fin del mundo para ellos”». KEKES, J., *Las raíces del mal*, p. 86.

en el olvido, como pretendían. Nunca hemos de callar sobre la herida y la mancha que el nazismo dejó en el alma de la humanidad. Porque nuestro silencio significa su triunfo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDT, H., *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996.
- ARENDT, H., *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós Editores, Madrid, 2005.
- ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2010.
- ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén*, DeBolsillo, Barcelona, 2011.
- BAUMAN, Z., *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2011.
- BENZ, W., *El Tercer Reich. 101 preguntas fundamentales*, Alianza, Madrid, 2009.
- BERNSTEIN, R., *El mal radical*, Lilmod, 2012.
- BRACHER, K.D., *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Alfa, Barcelona, 1983.
- CHAPOUTOT, J., *El nacionalsocialismo y la Antigüedad*, Abada, Madrid, 2013.
- DIDI-HUBERMAN, G., *Imágenes pese a todo*, Paidós, Barcelona, 2004.
- FORTI, S., *El totalitarismo. Trayectoria de una idea límite*, Herder, Barcelona, 2008.
- FRITZSCHE, P., *De alemanes a nazis*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2012.
- FRITZSCHE, P., *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2010.
- GELLATELY, R., *La Gestapo y la sociedad alemana*, Paidós, Barcelona, 2002.
- GELLATELY, R., *No sólo Hitler*, Crítica, Barcelona, 2002.
- GOLDHAGEN D.J., *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 2008.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Los totalitarismos*, Síntesis, Madrid, 2012.
- HITLER, A., *Mi lucha*, Colección Ave Fénix «Histórica», Barcelona, 2003.
- JOHNSON, E.A., *El terror nazi*, Paidós, Barcelona, 2002.
- KEKES, J., *Las raíces del mal*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2006.

- KOONZ, C., *La conciencia nazi*, Paidós, Barcelona, 2005.
- LANZMANN, C., *Shoah*, Arena Libros, Madrid, 2003.
- LEVI, P., *Trilogía de Auschwitz*, El Aleph, Barcelona, 2012.
- LOZANO, A., *La Alemania nazi*, Marcial Pons, Madrid, 2012.
- NANCY, J.L., *La representación prohibida*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.
- NEIMAN, S. *El mal en el pensamiento moderno*, FCE, México D.F., 2012.
- ORESTES AGUILAR, H. (ed.), *Carl Schmitt, teólogo de la política*, FCE, México D.F., 2001.
- PRIETO, E., «Intenciones, Funciones y Estructuras: Bosquejo de una anatomía del Poder Nacional-socialista», *En prensa*.
- RÜHLE, V., «Pensar a la sombra de las víctimas. La reflexión filosófica y el “Tercer Reich”», en Duque, F. & Rocco, V. (eds.), *Filosofía del Imperio*, Abada, Madrid, 2010.
- SAFRANSKI, R., *El mal o el drama de la libertad*, Tusquets, Barcelona, 2000.
- SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2014.
- SHIRER, W.L., *Auge y caída del Tercer Reich*, Planeta (col. Booket), Barcelona, 2013.
- TRAVERSO, E., *El totalitarismo*, Eudeba, Buenos Aires, 2001.
- TRAVERSO, E., *La violencia nazi*, FCE, Buenos Aires, 2002.
- TRAVERSO, E., *A sangre y fuego*, Publicaciones de la Universitat de València, Valencia, 2009.

